

ENTREPASADOS
REVISTA DE HISTORIA

ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA - AÑO I - Nº I - COMIENZOS DE 1991



ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA

ANA LIA REY
ZAPICIA 3040
4.4.1793

Consejo de dirección

Ema Cibotti

Patricio Geli

Sergio Lischinsky

Mirta Zaida Lobato

Lucas Luchilo

Gustavo Paz

Leticia Prislei

Juan Suriano

FERNANDO ROCCHI

Director

Juan Suriano

Diseño Gráfico

Luis Golfar

Dirección

Arévalo 2240 (1425) Capital Argentina

ENTREPASADOS es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El comité de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Composición, armado e impresión

Estudio RPR sa Cabrera 3856 (1186) Capital Argentina

Registro de la propiedad intelectual en trámite.

Indice

EDITORIAL

- ¿Por qué Entrepasados? 3

ARTICULOS

- Anibal VIGUERA
Participación electoral y prácticas políticas en los
sectores populares en Buenos Aires 1912/1922 5

- Susana O. BANDIERI
Espacio, economía y sociedad regional. Neuquén: el auge del
ciclo ganadero y la organización social del espacio 1879/1930 35

GALERIA DE TEXTOS

- Eric HOBBSBAWM
El trabajo en la gran ciudad 79
Traducción: Silvia Gojman y Gustavo Paz

HISTORIA Y EDUCACION

- Silvia FINOCCHIO
Una reflexión para los historiadores. ¿Qué llega de nuestra
producción a la escuela media? 93

ENTREVISTA

- Adolfo PRIETO 107
por Ema CIBOTTI y Mirta Zaida LOBATO

EN DEBATE

- Susana BIANCHI Y María Esther RAPALLO comentan a:
Fortunato Mallimacci
El catolicismo integral en la Argentina (1930-1946) 121

FUENTES DE ARCHIVO

- Mirta Zaida LOBATO y Fernando ROCCHI
Industria y Trabajadores: el valor de los archivos
como fuente documental. 131

RESEÑA DE LIBROS

- Robert DARNTON, La gran matanza de gatos y otros
episodios en la historia de la cultura francesa 143
Horacio Botalla

- Pablo POZZI, Oposición obrera a la dictadura (1976-982) 147
Sergio Lischinsky

¿Por qué ENTREPASADOS?

Durante el año 1988 un grupo de historiadores pertenecientes a la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires comenzamos a elaborar una utopía riesgosa para un tiempo de crisis: hacer una revista de historia que sea ámbito de encuentro de aquellos que nos sentimos atraídos por esta disciplina y que en estos últimos años hemos desarrollado nuestras tareas en los espacios abiertos a partir de la vigencia del sistema democrático, a pesar de las dificultades.

Creemos que es necesario multiplicar los espacios dedicados a reflexionar sobre las formas de hacer historia y pensar el pasado y que **Entrepasados** puede (y debe) contribuir a ello.

Por eso queremos una revista de historia que no sólo atienda a la difusión de los resultados de investigación sino también a reflexionar sobre las condiciones y calidad en que se desarrolla la enseñanza de historia, el estado de nuestros archivos y las dificultades de actualización bibliográfica. En definitiva, movilizar el interés de todos los profesionales dedicados a los diversos ámbitos de la producción y difusión del saber histórico.

Somos conscientes de las dificultades que hallaremos. Sin embargo pensamos que una revista impulsada por un mosaico de individuos procedentes de experiencias disímiles, tanto por nuestra formación como por nuestra inserción institucional, así como también por los matices de nuestras posturas historiográficas, permitirá trascender las pertenencias a determinados lugares de producción y encarar una tarea común tendiente a resolver los problemas que se plantean.

Nos seduce, también, la posibilidad de convertirnos en promotores de la interpretación histórica generando un espacio donde tengan cabida todos aquellos historiadores jóvenes, o no tanto, preocupados por desentrañar los hilos del pasado y los problemas de la sociedad actual y de nuestro propio trabajo intelectual convirtiendo a la revista en un ámbito de encuentro y reflexión. Un lugar desde donde fomentar la "batalla de las ideas" y redefinir el saber académico evitando las compartimentaciones y el provincianismo al que somos tan afechos. Se trata de contribuir a democratizar la producción histórica ampliando la nómina de los que escriben e impulsando el debate y la discusión se-

ria, franca y respetuosa en y entre las distintas áreas de las Ciencias Sociales.

En suma, pretendemos construir un vehículo donde se analicen y debatan las diversas formas de mirar la Argentina desde una perspectiva histórica. Esto no implica una revista de Historiadores exclusivamente. Por el contrario, dicha perspectiva puede y debe ser enfocada desde ámbitos multidisciplinarios; único camino posible de interpretación y análisis para soslayar la amnesia y rescatar una memoria mediante la cual se puedan reconstruir los fragmentos de identidad tanto personal como colectiva.

Los diversos aspectos de nuestra profesión se reflejarán en una serie de secciones: la primera de ellas estará dedicada a la publicación de artículos originales provenientes de avances o resultados de investigación; de ponencias en jornadas y congresos o de esfuerzos personales sin apoyos institucionales que merezcan su difusión.

La segunda sección se relaciona con la enseñanza de la historia en los diversos niveles educativos, especialmente el secundario, tan olvidado y degradado. Es sabido que la enseñanza de la historia en el nivel medio se caracteriza por su anquilosamiento y anacronismo así como la desjerarquización de la profesión docente.

Entrepasados intentará examinar exhaustivamente la situación actual efectuando un análisis de los diversos programas de estudio, del contenido de los libros de texto y de la formación y condiciones en que los profesores desempeñan su labor. Asimismo tratará de convertirse en vehiculizador de propuestas alternativas y en férreo

defensor de la profesión docente. Particularmente cuando, desde algunos sectores de la sociedad, se ha implementado una campaña que tiende a desvalorizar y vaciar la educación estatal horadando seriamente la libertad de enseñanza, la producción de conocimientos y la discusión crítica.

La localización, preservación y difusión de archivos y el análisis de dichos reservorios documentales con el objetivo de lograr un mayor conocimiento de los mismos y las posibilidades que la incorporación de fuentes escasamente transitadas por los historiadores abre a la investigación, constituyen los temas centrales de la tercera sección.

Un lugar destacado será ocupado por entrevistas y reportajes a historiadores locales y extranjeros que, a veces, excederá el marco de la historia para ubicarse en el vasto territorio de la cultura. Con ellos intentaremos reflejar las diversas posturas historiográficas así como también desentrañar el oficio del historiador a través de la explicitación del aparato teórico-metodológico y las técnicas empleadas para construir el entramado de la producción histórica.

Por último traducciones de artículos novedosos y originales y críticas bibliográficas completarán el espectro de las cuestiones que nos interesa difundir.

“PARTICIPACION ELECTORAL Y PRACTICAS POLITICAS DE LOS SECTORES POPULARES EN BUENOS AIRES, 1912-1922”

Aníbal VIGUERA
(CONICET-U.N.L.P.)

Introducción:

En 1912 la sanción de la ley Sáenz Peña genera una nueva situación política global al replantear sobre bases diferentes un juego electoral hasta entonces virtualmente ficticio, determinado por los mecanismos del fraude y la maquinaria del “Régimen”. Las elecciones se convierten ahora en un campo de lucha efectivo en el que partidos, candidatos y agrupaciones deberán disputarse realmente el apoyo de un electorado al que, en gran medida, tendrán incluso que constituir en tal. Si hasta ese momento suscitaban una escasa movilización, los comicios comienzan ahora a provocar una renovada participación que comprende no sólo una mayor asistencia a las urnas sino también la realización de campañas electorales que asumen características y proporciones antes desconocidas.

Esta apertura del sistema político supone, para los sectores populares porteños en particular, una nueva alternativa posible que se suma a las distintas modalidades y ámbitos de participación política de que ya dis-

ponían. Lo novedoso es, específicamente, la posibilidad de obtener resultados efectivos de una acción electoral antes de hecho inoperante para ellos si de influir sobre las esferas del poder se trataba. Hasta ese momento las alternativas vigentes pasaban fundamentalmente por la actividad huelguística, la agitación callejera o la participación en núcleos celulares tales como sociedades mutuales, de resistencia o sindicales. En ese marco la inserción de los partidos políticos en los medios populares era escasa, siendo sobrepasada por la influencia del sindicalismo y especialmente del anarquismo; hasta la primera década del siglo éste manifiesta, en efecto, una notoria incidencia no sólo en cuanto al control del “movimiento obrero” sino también en la acción destinada a concientizar y educar a los sectores populares, descartando de plano toda actividad que tuviera que ver con el aparato estatal -salvo que apuntara a destruirlo-. Limitado por la estrechez del sistema político al que apela como medio fundamental de lucha, el Partido Socialista tiene todavía una presencia menos clara en la participación popular, y que se manifiesta cen-

tralmente también en la faz cultural y educativa (aunque no deja de ejercer un considerable poder de convocatoria en algunas circunstancias, como por ejemplo las celebraciones del 10. de mayo). Por su parte el radicalismo tiene escaso predicamento antes de 1912, al estar autoexcluido de la participación electoral y no desarrollar otro tipo de actividad tendiente a insertarse entre los núcleos sindicales o culturales de los trabajadores. Los grupos políticos de la elite porteña, en cambio, sí movilizan en cierta medida a los sectores populares, como instrumento al servicio de elecciones en las que se ven llamados a dirimir enfrentamientos entre fracciones de esa elite. Por otro lado, un gran porcentaje de la población -mas del 50% en el caso de Buenos Aires- está radicalmente excluida del sistema político por su condición de extranjera, antes que por el funcionamiento viciado del mismo. En suma, la actividad electoral no constituye antes de 1912 una alternativa real para la participación popular; es con la ley Sáenz Peña que los sectores populares tienen la posibilidad -y la obligación en el caso de los argentinos varones- de convertirse efectivamente en ciudadanos, y ante esta circunstancia los partidos y agrupaciones que apelen a ellos deberán readaptar su funcionamiento y sus estrategias electorales.

¿Qué ocurre concretamente, entonces, con la participación de los sectores populares porteños en las elecciones a partir de 1912? Para abordar el tema hemos "recortado", como período a analizar, los diez primeros años de vigencia de la reforma electoral, que creemos marcan además una transición entre una etapa claramente contestataria y "tumultu-

aria" y otra de relativa apatía y escasa movilización que sigue al último gran ciclo agitativo de 1917-1921.

El tema no ha sido encarado global y directamente en los términos en que lo planteamos. Los estudios que directa o lateralmente se refieren a él se ciñen en general a la cuestión de las "bases sociales" de los partidos políticos, y desde esta óptica tratan de encontrar alineamientos políticos relacionados con la posición "de clase" -y a menudo "determinados" por ella-, entendiendo además a esta última como "posición en la estructura ocupacional". Así se relaciona la ocupación con la adhesión a determinado partido o corriente política en explicaciones donde la relación parece ser automática y constante; en este sentido se afirma generalmente que a partir de la ley Sáenz Peña los trabajadores menos calificados seguirían siendo anarquistas, los calificados votarían por los socialistas y las "clases medias" por los radicales. Esta interpretación es discutible desde el punto de vista teórico pero además no coincide con lo que eran las ideas de la época: Botana y Rock, entre otros, han mostrado cómo las perspectivas conservadoras acerca de los posibles efectos de la reforma suponían que los partidos tradicionales seguirían canalizando a la mayoría del electorado, mientras que "concedían" a radicales y/o socialistas una limitada integración como minorías legales⁽¹⁾. Esto implica que las visiones contemporáneas no esperaban un vuelco tan natural del electorado "popular" a estos dos últimos partidos; de hecho, los triunfos radical y socialista de 1912 y 1913 sorprendieron a los observadores políticos llevándolos a ensayar todo tipo de explicaciones⁽²⁾. Por otra

parte, la distinción entre "trabajadores" o "clase obrera" y "sectores medios" no parece muy apropiada para abordar este período y está hoy cuestionada por un nuevo paradigma que propone el uso de la categoría "sectores populares" para designar a un heterogéneo conjunto de identidades en formación que se encuentran por debajo de la elite y en el que pueden cruzarse comportamientos políticos diversos⁽³⁾.

En este trabajo se aborda el tema desde otra perspectiva considerando que la anterior, si bien puede constituir un elemento más para el análisis, de ninguna manera agota la cuestión de la participación electoral, e incluso si es tomada como único aspecto puede llevar a simplificaciones equivocadas. Aun si las correlaciones mostraran una tendencia fuerte y definida entre votos y ocupaciones, es necesario introducir nuevas preguntas que en conjunto apunten a construir una respuesta más compleja a la cuestión global de la participación electoral de los sectores populares y de las prácticas políticas conexas con ella.

Se trata entonces de determinar en lo posible por quién votan los sectores populares porteños -previo establecer en qué medida participan electoralmente- pero fundamentalmente por qué y cómo lo hacen. Las respuestas predominantes que mencionábamos más arriba deberían reconvertirse en realidad en una pregunta: ¿es un proceso automático el de pertenencia a un sector socioeconómico y la elección de una alternativa política determinada? Aquí partimos de la hipótesis de que el comportamiento electoral es el resultado de un complejo haz de impulsos y factores que no se agotan en aquellos que provi-

enen de la inserción productiva sino que incluyen otras experiencias y ámbitos a través de los cuales los ciudadanos se constituyen en tales construyendo sus adhesiones políticas: entre ellos están los mecanismos y mediaciones específicamente relacionados con las elecciones, a los cuales apuntamos en este artículo. En efecto, en él analizamos brevemente los resultados de las mismas pero especialmente las campañas electorales, indagando en ellas sobre las formas de interpelación a los sectores populares por quienes aspiran a sus votos y los mecanismos y mediaciones que ellas suponen, y rastreando hasta donde es posible los efectos observables que tienen dichas apelaciones (es decir, las respuestas concretas de los sectores populares en la calle, en la conferencia, en el comité, y en el comicio mismo). Esto nos permite analizar el tema de la participación electoral en el marco más amplio de las prácticas políticas y formas de representación en que ella se inserta e intentar reconstruir aspectos de la conformación de una "cultura política" entre los sectores populares.

Finalmente cabe aclarar que en este trabajo utilizamos el concepto "sectores populares" asumiendo deliberadamente su ambigüedad e imprecisión, entendiéndolo no como un sujeto histórico definido, sino como un área vagamente delimitada de la sociedad en la que se constituyen históricamente sujetos diversos. Esto, más allá de su justificación teórica que no cabría desarrollar aquí⁽⁴⁾, resulta especialmente adecuado para encarar el estudio de la sociedad porteña durante las primeras décadas del siglo; en efecto, en ella conviven una gran heterogeneidad de

actores sociales que están además en proceso de formación y en los que se opera un alto grado de movilidad, lo que haría improcedente realizar "a priori" recortes muy precisos para analizar luego su comportamiento político. Tomamos entonces ese vasto conjunto en el que se incluyen obreros fabriles, trabajadores de los servicios públicos, artesanos, jornaleros, trabajadores a domicilio, cuentapropistas, desocupados, "malevos", peones semirurales de los distritos periféricos, empleados de comercio y administrativos, etc, como un campo de la realidad donde buscar, en el proceso histórico, identidades y actores más definidos.

El grado de participación

La ley Sáenz Peña se dictó en un momento de claro reflujo de la participación política global de los sectores populares. En efecto, el año 1910 había marcado la culminación de un período en que la participación en general podía considerarse intensa; como dijimos esa clarificación no cabía para los aspectos electorales de la misma, pero sí para la actividad gremial, las huelgas y las manifestaciones callejeras organizadas especialmente por las federaciones sindicales. Signada por la represión y la consiguiente violencia, la participación popular había culminado en los hechos del Centenario y la sanción de la "Ley de Defensa Social". En 1911 el número de huelgas ya ha comenzado a decaer notablemente⁽⁵⁾ y la imagen que predomina en las fuentes es la de la paralización y debilidad de la organización gremial y también de la actividad partidaria socialista -imagen que es corroborada por la tranquili-

dad manifiesta que revela la mirada de la prensa conservadora-. Es el Partido Socialista el que denota especialmente signos de decaimiento en la intensidad de su acción cotidiana, que se manifiesta en la disminución del número de centros, la deserción de afiliados, el fracaso de las asambleas y conferencias y en una consecuente añoranza de los buenos viejos tiempos⁽⁶⁾. Si bien todo esto se refiere fundamentalmente a una crisis de militancia, la que supone un nivel de participación diferente al que nos ocupa, sirve para dar cuenta del clima político general del momento.

En este marco la apertura política generó ciertamente cambios muy notorios. A partir de enero de 1912 la situación de relativa quietud que describimos se ve rápidamente transformada, en la Capital Federal, frente a la inminencia de las primeras elecciones a realizarse bajo la nueva ley el 7 de abril de ese año. La primera campaña electoral suscitó un notable salto en los niveles de movilización política que fue registrado con beneplácito -forzado o sincero según los casos- por el conjunto de la prensa porteña⁽⁷⁾. El proselitismo preelectoral, organizado fundamentalmente en torno a conferencias, mitines y manifestaciones callejeras, no dejará a partir de entonces de suscitar importantes concentraciones de participantes. La organización partidaria, especialmente en el Partido Socialista y la UCR, crece y se desarrolla multiplicándose notablemente la red de centros y comités por los distintos barrios porteños. Las quejas socialistas sobre el decaimiento de la militancia desaparecen, aunque esto no significa que la participación permanente haya sido a partir de entonces

masiva; las elecciones lograron revitalizar una institución en decadencia, la conferencia, que vuelve a concitar el interés de un número regular de asistentes. El radicalismo tardó algún tiempo en establecer su red de comités, la que ya para 1916 es sin embargo tan nutrida como la de su principal contrincante en Buenos Aires. En cuanto a los grupos conservadores, la época preelectoral será en realidad el momento del año en que los comités se abren a una actividad que en general no reviste el carácter permanente de los otros dos partidos.

El salto se dio también, por supuesto, en el número de inscriptos y votantes en las elecciones, como puede verse en el Cuadro 1. Sin embargo, la tendencia en cuanto al porcentaje de votantes no fue claramente ascendente: el pico del 84% de 1912 no se volvió a alcanzar hasta 1928. Y si bien el número de inscriptos en el padrón no dejó de aumentar, el porcentaje de votantes disminuyó en 1913 para estabilizarse desde 1914 en un promedio del 73% con leves oscilaciones en más o en menos.

Si bien no tiene porque darse una correlación necesaria, puede ser ilustrativo comparar esta tendencia con lo que ocurre en otro ámbito fundamental de la participación popular como es el de la actividad huelguística: allí la crisis continuó hasta 1916, manteniéndose el bajo número de huelgas y huelguistas hasta que comienza la recuperación en 1917 para alcanzar un nuevo climax en 1919 (que culmina con los hechos CUADRO 1 de la "semana trágica")⁽⁹⁾. En general se ha explicado esta tendencia a partir de la evolución de la situación económica y política: la

recuperación de los altos niveles de ocupación tras la crisis comenzada en 1911, sumada a la mayor flexibilidad que implicaba el gobierno de Yrigoyen, en un marco de deterioro salarial, habrían provocado la nueva oleada de agitación⁽¹⁰⁾. Las tendencias de la actividad gremial y electoral no son, como vemos, paralelas: los años 1912-16 marcan una suerte de apogeo de la movilización político-electoral mientras que la participación sindical y las huelgas alcanzan su mínima expresión en muchos años. Sin embargo el "estallido" de 1918-19 no parece ser el comienzo de un nuevo período tumultuario sino un tardío remezón de un ciclo ya terminado⁽¹¹⁾ que será reemplazado en la década del 20 por una etapa de marcada apatía y tranquilidad en Buenos Aires; la apertura electoral corre paralela a una relativa integración de los sectores populares al orden establecido, a la cual probablemente contribuye.

Ahora bien, si la movilización generada por la ley Sáenz Peña es claramente observable, esto no significa que comprenda a la mayoría de la población porteña y mucho menos de los sectores populares en particular. En efecto, los inscriptos en el padrón electoral (argentinos varones, mayores de 18 años) no representan en 1914 más del 20% del total de los varones adultos censados en Buenos Aires, y los votantes efectivos no más del 18%⁽¹²⁾. Esto se debe fundamentalmente, por supuesto, al hecho de que, en el momento de realizarse el tercer Censo Nacional, el 49,3% de la población porteña sigue siendo extranjera y por lo tanto está excluida de la participación electoral (si tomamos sólo a los varones, los extranjeros constituyen el 53,5% de ellos)⁽¹³⁾. Los

inmigrantes no respondieron a la nueva situación adquiriendo masivamente la condición de ciudadanos; en 1914 sólo 18.450 se habían naturalizado (todos varones), y no fueron muchos los que se agregaron en los años siguientes⁽¹⁴⁾.

La participación electoral en estos años excluye de hecho, entonces, a la gran mayoría de la población de Buenos Aires, y dentro de ella, a la mayor parte de lo que serían los sectores populares (conformados en gran medida por inmigrantes). Sin embargo el electorado efectivo es, en su mayor porcentaje, globalmente "popular"; en efecto, si hacemos un cálculo basado en la cantidad de varones adultos argentinos censados discriminadamente por ocupaciones en 1914, nos queda un conjunto que, en número de entre 85.000 y 100.000 personas, se encuentra en el marco de lo que podemos llamar en sentido amplio sectores populares de acuerdo al criterio ya señalado⁽¹⁵⁾.

Los resultados de las elecciones

Entre 1912 y 1922 hubo en Buenos Aires 11 elecciones incluyendo las presidenciales, legislativas y municipales⁽¹⁶⁾. Dentro del espectro político que opera alrededor de ellas podemos distinguir cuatro grandes grupos: los socialistas (el Partido Socialista y sus desprendimientos de 1915 y 1917, el Partido Socialista Argentino y el Partido Socialista Internacional, luego Comunista, respectivamente), el radicalismo, los anarquistas y un conjunto de partidos, agrupaciones y candidatos independientes que podemos englobar bajo la denominación de

"conservadores"⁽¹⁷⁾.

Apelando a las estadísticas de los resultados de estos comicios podemos obtener una primera aproximación a las cuestiones que nos ocupan. En tal sentido conviene analizar en particular las elecciones de 1912 y tomarlas como punto de partida para observar la evolución posterior. En ellas la reforma pareció demostrar una capacidad transformadora que muchos no esperaban: el radicalismo resultó triunfante conquistando la mayoría de las bancas en juego (ver Cuadro 2). "Sin embargo el triunfo de la UCR disimula una realidad electoral mucho más compleja y todavía muy tradicional cuya comprensión requiere tener en cuenta las características del sistema vigente: un amplio mecanismo de borratinas y agregados (cuya única limitación era que no se votara por más nombres que los que correspondieran a dos tercios de los lugares en disputa, en el caso de los diputados) permitía mezclar libremente en una misma boleta candidatos de varias listas, por lo que el número de votos de cada partido varía considerablemente según se tome el más votado o el menos votado de su lista. Y así se observa que los ganadores son en realidad los "más notables", representados en este caso por los candidatos que ocupan el primer o segundo puesto en todas las listas y que obtienen una cantidad de sufragios muy pareja -y en general muy distante de la conquistada por los demás integrantes de ellas-. El caso de Palacios es muy claro al respecto: de sus votos sólo un 40% correspondería a electores que votaron la lista socialista completa⁽¹⁸⁾, y el resto a los que restaron un voto a otra agrupación (espe-

cialmente a las listas conservadoras, en las que las diferencias entre primero y último son también muy grandes). Muchos sufragios de los más votados corresponden a electores que mezclaron en su boleta candidatos de los partidos más diversos, tal como muchas agrupaciones "independientes" formadas "ad hoc" durante la campaña proponían⁽¹⁹⁾, actitud en la que, cabría inferir, subyace la concepción de elegir "notables" más que "representantes"⁽²⁰⁾. Estas consideraciones nos permiten apreciar, por ejemplo, que el triunfo de la UCR no está dado tanto por la cifra absoluta de votos sino por la mucho menor diferencia que hay entre todos sus candidatos respecto a la que se observa en otras listas (lo que indica que hay más votos "totalmente radicales" que cívicos o socialistas); y también que la performance del Partido Socialista es todavía muy pobre si dejamos al margen los votos de Palacios y Justo. La elección de senador, por CUADRO 2 ser un solo puesto en juego, permite apreciar mejor la posición relativa de cada partido, y allí el socialismo ocupa el anteúltimo lugar.

Hasta aquí observamos entonces una tendencia clara a la dispersión de los votos entre todos los partidos y la relativa paridad de fuerzas en la que los conservadores, si pierden por primera vez, mantienen todavía una importante presencia electoral. En las elecciones complementarias de 1913 el resultado "asustó" en un primer momento a los sectores dominantes porteños ante el imprevisto ascenso -y triunfo- del Partido Socialista, que conquistó un 45% del electorado llevándose las tres bancas en disputa (frente a una leve disminución radical y una baja mucho mayor de los grupos

conservadores representados ahora solamente por la Unión Cívica y por el independiente Zeballos). Sin embargo una rápida mirada a las cifras sugiere ya la explicación que los observadores políticos contemporáneos no tardaron en formular con tono tranquilizador: no sólo el Partido Socialista no era tan "peligroso" sino que en realidad, como en 1904, había triunfado con el voto de un vasto sector conservador que lo había preferido en este caso a un radicalismo con mayores posibilidades de ascenso propio⁽²¹⁾.

A partir de aquí podemos señalar ciertas tendencias generales que se observan en las elecciones siguientes. En primer lugar, una creciente disminución del caudal conservador (así como del número de partidos y candidatos provenientes de ese sector) y una paralela polarización de los sufragios entre la UCR y el PS (salvo en las elecciones comunales donde el voto vuelve a dispersarse en diversas agrupaciones del comercio e industria local, por ejemplo). Si en 1914 todavía triunfa claramente el socialismo, en la mencionada polarización será la UCR la que se imponga a partir de 1916, aunque la relación entre ambas fuerzas conocerá alternativas variables que no excluyen nuevos triunfos socialistas; el apogeo de la polarización y del éxito radical se sitúa en marzo de 1918 para después disminuir rápidamente. Ahora bien, el caudal socialista baja notablemente entre 1914 y 1916 pero luego se estabiliza alrededor de un 34% de promedio y es con ese mismo porcentaje que obtiene sus triunfos cuando lo hace. Las escisiones producidas en el partido no le acarrearón a éste pérdidas significativas de votos; el

Socialismo Argentino fue siempre un fantasma que ocultaba una candidatura individual, la de Palacios, que seguía concitando adhesiones diversas (nótese las abismales diferencias con el segundo candidato de la lista); por otra parte los escasos votos que obtiene el Partido Socialista Internacional muestran que no logra arraigar en los sectores populares a los que se presenta como alternativa frente al socialismo tradicional (el hecho de tener candidatos "obreros" no influye en un electorado que sigue aceptando como representante a la vieja y "notable" elite partidaria).

Si el voto socialista se mantiene estable, los sufragios oscilan fundamentalmente entre radicales y conservadores, especialmente cuando éstos repuntan con la aparición en escena de Lisandro de la Torre y el Partido Demócrata Progresista. Así se explica en parte, por ejemplo, la enorme disminución de los votos radicales entre marzo y octubre de 1918, ya que en las elecciones municipales una agrupación de propietarios como el Comité Comunal del Comercio que en otras ocasiones apoyara a la UCR cosechó un importante porcentaje de sufragios seguramente restados a aquel partido⁽²²⁾; lo mismo ocurre con el Partido Demócrata Progresista a partir de 1919, el que aparentemente quita más votos a los radicales (afectados también por la ya manifiesta oposición del antipersonalismo). En este sentido la Semana Trágica no parece haber tenido más influencia electoral que un repunte del partido de De La Torre derivado del repliegue temeroso de grupos dominantes hacia sus propias fuerzas políticas.

Si este apretado panorama global de los resultados electorales permite apreciar ciertas tendencias generales de los mismos, nada aporta sobre el voto de los sectores populares en particular salvo el imprescindible marco en el cual insertar su análisis. Al respecto puede inferirse que en 1912 los votos "populares" (tomando como base el censo de 1914 un 80% del padrón serían "trabajadores" en sentido amplio) se reparten por partes semejantes entre socialistas (su lista completa obtiene sólo 14.000 sufragios sobre 106.000 votantes), radicales, conservadores y abstenciones, sin que se pueda discriminar más profundamente entre ellos. Más adelante quedan como vimos comprendidos en la polarización PS-UCR. Una posibilidad de indagar sobre la relación entre partidos y sectores sociales es la que brinda el análisis "ecológico", pero este escapa a los límites de este artículo. De todas maneras los intentos que se han hecho al respecto no resuelven ni agotan el problema, a lo que deben sumarse las limitaciones propias de dicho método⁽²³⁾. En todos los casos surgen correlaciones bastante clásicas entre los barrios más "populares" -la Boca- y el voto socialista, los barrios "de empleados y profesionales" -Flores- y los éxitos radicales y las secciones más "aristocráticas" -la 14a. y la 20a.- y las victorias conservadoras. Sin embargo pensamos que ellas no son lo suficientemente contundentes en muchos casos, y que no se puede sostener tan tajantemente que "la posición social era un factor crucial para determinar a qué partido apoyaba un elector porteño en cualquier elección"⁽²⁴⁾. Vimos que en 1912 esto no es así de ninguna manera, y en los años siguien-

tes las tendencias no se definen lo suficiente como para afirmarlo; hipótesis como la anterior pasan por alto no sólo las mediaciones existentes entre ambas instancias sino también los cambios y oscilaciones que seguramente conocieron las inclinaciones electorales. Por otra parte, las correlaciones ecológicas, para dejar de ser meramente "barriales", suponen la agregación de los habitantes en conjuntos definidos como "obreros" o "clases medias" que, dijimos, no dan cuenta de una realidad mucho más compleja. El propio diario socialista reconocía en 1920, por ejemplo, que "todavía mucha gente pobre" votaba a los radicales, aunque estos se apoyaban más que nada en los "empleados estatales"⁽²⁵⁾ -y esto último es un lugar común en las fuentes de la época-. Ahora bien, ¿son éstos algo "aparte" de los demás trabajadores como se supone al hablar de una postulada "clase media" como principal soporte del radicalismo? En dicha categoría entran empleados administrativos calificados pero también y sobre todo carteros, peones de aduana, barrenderos, tranviarios, etc., que no son tan diferentes a los considerados más específicamente "obreros" (como tampoco lo son los empleados de comercio que en sus marchas sindicales entonan "La Internacional"...)⁽²⁶⁾.

En suma, el mero análisis de los resultados de los comicios no permite ahondar demasiado sobre el tema de los sectores populares y su comportamiento electoral, o por lo menos no puede agotar por sí mismo el problema. Nos lleva sí a descartar explicaciones mecánicas y reforzando nuestra hipótesis inicial acerca de la complejidad que caracteriza a la

determinación de los votos, revela la necesidad de indagar sobre otros aspectos -cualitativos- de la participación electoral, que permitan una mejor aproximación a la cuestión.

¿Quiénes apelan al voto de los sectores populares y cómo lo hacen?

Los diversos partidos, agrupaciones y candidatos independientes que concurren a las elecciones interpelan en mayor o menor medida, con mayor o menor especificidad, a los sectores populares, convocándolos al sufragio y apelando a variados mecanismos para captar su adhesión. Estas interpelaciones y mediaciones implementadas podrían ser consideradas a su vez diferentes formas de constituir a los sectores populares en ciudadanos, ya que apuntan a un sujeto aún no constituido; en efecto, ese mercado potencial de votantes por el que todos compiten ahora efectivamente es en 1912 un mundo complejo y heterogéneo en el que las adhesiones políticas y electorales están prácticamente aún por construirse aunque operan sobre ellas una serie de tradiciones ya vigentes.

Estudiar quiénes y cómo los convocan e intentan movilizarlos, a través de qué formas y mecanismos se procura captar el voto popular, constituye una primera aproximación hacia el conocimiento de la participación concreta de los sectores populares en las elecciones; en primer lugar porque resulta imprescindible partir del marco de posibilidades ofrecidas en que aquella se desenvuelve; y en segundo término porque cada forma

de apelación supone una imagen de los sectores populares que en parte se nutre de la realidad pero que también actúa sobre el sujeto contribuyendo a conformar su identidad⁽²⁷⁾.

El Partido Socialista dirige su apelación en forma claramente específica a los "trabajadores" o a los "obreros", sin que por eso deje de buscar el apoyo de otros sectores. Sin embargo dentro de los sectores populares su discurso hace siempre una tajante división entre una parte "sana", "cult", "consciente", rechazando a lo que llaman "elementos de los bajos fondos", "malevaje", etc. A éstos no procura atraerlos electoralmente; por el contrario, denuncia permanentemente a quienes sí lo hacen:

"Somos la fracción más consciente del pueblo (...) Nuestra propaganda se dirige al pueblo obrero, entidad homogénea, definida, orgánica y consciente de sus necesidades, y queremos iluminar, en la doctrina y en la práctica, el largo y escabroso camino de su ascensión histórica y social. Y no nos dirigimos al populacho, entidad amorfa, híbrida, heterogénea e indefinida, sin conciencia ni rumbo, materia prima para la explotación de todos los charlatanes y demagogos. Tal la diferencia entre socialistas y radicales"⁽²⁸⁾.

No sabemos hasta qué punto esta distinción se nutre de una diferencia realmente observable en la realidad social porteña, pero da cuenta de dos tipos opuestos de movilización y participación que veremos aparecer constantemente y supone una imagen determinada de "lo que deben ser" los sectores populares sobre la cual

trabajan los socialistas: la del trabajador consciente, comprometido y organizado que vota por convicción política y no llevado por otro tipo de mecanismos, y para quien el voto es una herramienta de lucha. Los socialistas interpelan al trabajador "culto", partiendo de la idea de que en el principio está la educación, la adquisición de una determinada "cultura" como medio imprescindible para "elevar" políticamente a los potenciales ciudadanos a la altura del modelo citado; en este sentido se construye la imagen de la "aristocracia obrera" que ellos mismos utilizan⁽²⁹⁾.

La campaña socialista consiste entonces en intensificar la tarea permanente de "concientizar" y "educar" políticamente para de esta manera, como resultado natural, atraer a los votantes; esta es una de las consignas más autoproclamadas por el propio partido pero reconocida también por la prensa conservadora, y da cuenta adecuadamente del tipo de participación que los socialistas procuran generar. El PS llama a informarse y votar, organizando con mucha antelación mítines, manifestaciones y especialmente incrementando el número de las conferencias -a las que el diario de los Lainez describía en 1919 como "conferencias didácticas dentro de un tipo de propaganda electoral"⁽³⁰⁾- también se convoca a los afiliados de cada centro a pegar carteles, distribuir volantes, y a la propaganda "individual" en talleres, cafés, etc. El discurso y el mensaje son los elementos claves del proselitismo electoral socialista, que excluye de plano todo otro tipo de mecanismos de captación de votos tales como el clientelismo o los repartos de alimentos, -esto lo confirman los más

diversos observadores de la época⁽³¹⁾.

Para los conservadores la forma clásica de apelación a los sectores populares es la que en aquél momento se conoce como "política criolla" y que en la Capital Federal se prolonga claramente por lo menos hasta las elecciones de 1914. En ella el mensaje y la propuesta quedan relegados por una serie de mecanismos y mediaciones que incluyen la compra del voto (hay nuevas trampas para superar los reaseguros de la ley) y la acción de los caudillos barriales que combina la venalidad con el favor personal, el clientelismo y el atractivo de la figura paternal y hábil en el discurso. Si formalmente la campaña también consiste en montar una red de conferencias (no incluye casi manifestaciones callejeras de importancia antes del surgimiento del Partido Demócrata Progresista que sí las organiza), el eje fundamental pasa por el reclutamiento de los "elementos electorales" que aparecen así como "instrumentos" de cada candidatura. Esta interpelación supone una imagen del elector popular que ve y tiende a constituir a éste como un individuo que se ofrece como instrumento de los candidatos a cambio de dinero o favores, pero que también es pasible de ser "conquistado" por la figura del caudillo parroquial y convertirse en parte de su clientela, siendo en este caso su voto el resultado de su lealtad personal. Ahora bien, si la política criolla es en un sentido la continuidad de la vieja "maquinaria electoral" -aunque ya sin el complemento del fraude oficial-, también forma parte de ese otro sesgo fundamental que adoptó la política oligárquica desde principios de siglo y

que ya señalamos como la elección de "notables" y no de "representantes" de determinados sectores o intereses.

El siguiente párrafo del diario socialista sintetiza críticamente una imagen -la más venal- de esa política conservadora que aparece también en las denuncias formuladas desde ángulos no tan claramente parciales:

"...las hordas de los Carlés, de los Villanueva, de los Luro y demás santones de la política criolla se agolpan en los dinteles de los clubs electorales, a la espera del ansiado botín. Qué puede importar a esta turba venal del éxito de los comicios sino por lo que le aportará de impunidad futura, de momentáneo lucro, de favores, de protecciones obtenidas a cambio de su cobarde renunciamento? Absolutamente nada. Es por ello que en las llamadas asambleas que se efectúan en esas cuevas, los caudillos pueden prescindir perfectamente de todo programa y aún mofarse de la ingenuidad de quienes se lo pidan (...) Es, pues, contra esa horda reclutada en los burdeles de los bajos fondos sociales, contra la que el 7 de abril próximo tendrá que arreciar el empuje de los socialistas".⁽³²⁾

No es lo más común que los partidos tradicionales se presenten a sí mismos como alternativas "populares" en sus discursos. Sin embargo surgen, dentro del campo conservador, quienes sí parecen dirigir más específicamente su interpelación a los sectores populares intentando explotar la vertiente más netamente "caudillesca" de la política criolla. Uno es Manuel Carlés, futuro dirigente de la Liga Patriótica quien ya en 1912, al

frente de la "Unión Comunal", se ocupa especialmente de conquistar a los "sencillos criollos"; así por lo menos lo manifiesta él mismo en un reportaje:

-¿Qué impresiones ha recogido en sus giras por las parroquias?

-Muy satisfactorias: el criollaje se muestra encantado de verme entremezclado en sus filas, confraternizando con ellos vestido de rigurosa etiqueta. Porque ha de saber que yo voy a esas asambleas populares de levita, guante blanco y un tubo, el más grande que he encontrado en las sombrererías de Buenos Aires.

-¿Y por qué tanto lujo, doctor?

-Oh, cómo se conoce que ustedes los periodistas no son hombres de lucha... electoral; no conocen la psicología de las multitudes, no saben auscultar el alma popular. Si supieran no ignorarían el poder sugestivo que tiene esa indumentaria, especialmente entre nuestros sencillos criollos, que se conmueven al ver que voy a ellos y les tiendo mi diestra enguantada entre sus rudas manos dignificadas por la labor honrada".⁽³³⁾

Aquí la política conservadora excede, como vemos, la mera compra del voto, y juega a explotar una relación personal y paternalista que aún se cree efectiva. En 1920 Carlés sigue apuntando, según dice en otro reportaje, a captar la adhesión del "sencillo criollo", al que quiere ahora "sereno y bravo, dispuesto a jugarse por Dios y la patria de esta tierra"⁽³⁴⁾.

Otro caso especial es el del Partido Constitucional, expresión política de la Iglesia, los sectores clericales y los "círculos de obreros católicos", que aparece en las elecciones de 1914 y

luego en las municipales de 1918 y 1920 logrando cierto éxito. Se presenta a sí mismo en los afiches como "partido de los obreros", aunque específicamente como "obrero y anti-socialista"; una circular de su comité de la sección 18a. decía por ejemplo que el Partido Constitucional venía a "luchar por el bienestar general, y en primer término por el bienestar del obrero"⁽³⁵⁾; según las críticas socialistas sus métodos no excluyen la compra de votantes ni las reuniones con "asado y cerveza", cuyas invitaciones suele reproducir La Vanguardia⁽³⁶⁾.

En estos últimos ejemplos observamos la tendencia, en ciertas expresiones políticas conservadoras, a evolucionar de la política de elegir "notables" a la forma que parece empezar a imponerse mejor tras la ley electoral y que ya veíamos en el Partido Socialista: es la política como representación, en este caso con candidatos de la elite que comienzan a presentarse como "representantes de los obreros" o de los sectores populares en general. Ya en 1912 observamos por ejemplo cómo la Unión Cívica recurría al trabajo proselitista de un tal Castiñeyra -antiguo anarquista según La Vanguardia- quien al año siguiente aparece liderando un "comité obrero" instalado en un conventillo al servicio de la candidatura de Zeballos y de la de él mismo, el "único hombre capaz de representar a la clase obrera en el Parlamento"⁽³⁷⁾. La elite fracasará en estos intentos de tímido corte "populista", pero el intento mismo muestra ciertos cambios que parece imponer el nuevo clima político. Cuando aparezca en escena el Partido Demócrata Progresista lo hará ya

dentro del nuevo estilo; y si bien no apelará específicamente a los sectores populares, un periódico que lo apoya explícitamente en su campaña podrá decir que el partido representa a "la clase media, desprovista hasta hoy de amparo", y a la "burguesía liberal e inteligente constructora del progreso..."⁽³⁸⁾.

Al margen del resultado efectivamente obtenido, la "política criolla" sigue siendo, al final de nuestro período, un mecanismo que los conservadores aunque ya no sólo ellos procuran utilizar despojándola de sus aspectos más venales. En 1918 un analista político señalaba que "unos partidos siguen con la caudillesca costumbre de comprar votos de gente que acuartelan en los respectivos comités y de llevarlos hasta cerca de la mesa electoral con una boleta en la libreta cívica..."⁽³⁹⁾, aunque las denuncias al respecto han disminuido notablemente desde 1914⁽⁴⁰⁾. En 1922, tras la presencia de dos expresiones políticas conservadoras diferentes se advierte la coexistencia de formas nuevas y viejas de movilización política: la "Concentración Nacional" parece seguir apelando a los antiguos métodos criollos mientras que el Partido Demócrata Progresista procura constituirse en un partido conservador "moderno" y "representativo" (y es la primera la que consigue los mejores resultados electorales)⁽⁴¹⁾.

Pero como dijimos, en la Capital Federal los conservadores están perdiendo el dominio exclusivo de los mecanismos electorales que sin embargo les siguen dando resultado en zonas tan cercanas como Avelaneda. Es que la política "caudillesca" parece haber sido retomada y desar-

rollada por el radicalismo, cuya interpelación podemos situar en una forma intermedia entre la de socialistas y conservadores. En las conferencias y actos, el discurso radical apela generalmente a sectores indefinidos y amplios que incluyen a los trabajadores pero no se agotan en ellos ni los constituyen en el eje central del mensaje. Los radicales sí aparecen como "representantes", aunque sin precisar a un sector en particular como el representado específicamente por ellos: en realidad apuntan a serlo de la sociedad en su conjunto. Si alguien queda afuera son los extranjeros, excluidos implícitamente a través de la fraseología y simbología nacionalista que impregna el discurso radical. Ahora bien, si en 1912 el "otro" a combatir era fundamentalmente la "oligarquía" beneficiaria del Régimen y sus expresiones políticas, en los años siguientes el adversario principal pasará a ser el socialismo. Y es en relación a esta rivalidad que aparecen las interpelaciones a los trabajadores que se incluyen cada vez con más frecuencia en el discurso de la UCR: no es el PS, formado por "burgueses", el genuino representante de aquellos, ya que es el radicalismo el que mejor puede garantizar sus intereses⁽⁴²⁾.

Un analista político describía en 1913 el carácter de la propaganda radical, a la que consideraba exactamente opuesta a la del socialismo:

"El partido radical representa en la propaganda política precisamente ese espíritu metafísico de que he hecho mérito. En ella no hay ideas concretas, principios prácticos de gobierno, pero se repiten con insistencia esas palabras símbolos que tan bien

suenan y que estimulan la adoración de las masas que lo siguen. Hay en ella frases que tienen todas las sugerencias de los ritos religiosos y que son por sí solas capaces de electrizar el auditorio en boca de un orador fogoso: frases que han hecho su época y que conservan la evocación de hechos heroicos (...) a lo menos para la tradición partidista, y de nombres ilustres (...) Otro de los elementos de su propaganda política lo constituye el retrato del ilustre tribuno doctor Alem, que tiene para sus partidarios todos los atractivos de una imagen sagrada a la que siguen con ardiente y entusiasta devoción"⁽⁴³⁾.

Sin entrar en un "análisis del discurso" de los partidos, cabe rescatar esta apelación a cierta mística oratoria y personal como característica de la interpelación radical y que pretende llegar a los sectores populares en sentido amplio (no solamente a una postulada clase media). En ella juega un papel fundamental la figura de Yrigoyen, cuyas apariciones ocasionales en un balcón durante las manifestaciones radicales constituyen un elemento central en éstas: detenerse frente a él para saludarlo y cantar el Himno se convierte en un verdadero ritual⁽⁴⁴⁾. En este sentido el contraste con el socialismo -la propaganda "educadora" de éste frente al "electoralismo" radical- es una constante en las críticas a la UCR, tanto desde el campo del propio socialismo como del lado conservador⁽⁴⁵⁾; si bien es obvio el carácter parcial de dichas visiones, ellas no dejan de dar cuenta de un estilo político particular que el radicalismo hace suyo.

Esto se comprende mejor si consideramos que, además de las clásicas conferencias y actos que ellos tam-

bién organizan en una densa red barrial, la actividad de los comités radicales va incluyendo en forma creciente otros tipos de mecanismos de atracción para los potenciales electores: a partir de 1915 se instalan consultorios jurídicos y médicos gratuitos, se reparten juguetes para los "niños pobres" en Navidad, y comienza también para esa época a expendirse pan y otros alimentos baratos⁽⁴⁶⁾. En el comité tiene su asiento además el caudillo o puntero barrial, que en el viejo estilo realiza favores personales, consigue empleos, etc. Todo esto se acrecienta en épocas preelectorales pero no se limita a ellas y está documentado en los propios diarios radicales que incluyen frecuentemente informes al respecto; también la prensa opositora da cuenta críticamente de dichas actividades, publicando facsímiles de los vales empleados para el reparto de alimentos⁽⁴⁷⁾ o señalando por ejemplo a los "caudillos que hacen su minúscula política con el empleo del correo, el perdón de la multa, el afable amparo del comisario"⁽⁴⁸⁾. Según David Rock, que ha estudiado el uso de la "maquinaria política" por la UCR, a todo esto debería sumarse desde 1916 el "patronazgo administrativo" ejercido por Yrigoyen desde el gobierno (dando empleo a los partidarios e incluso despidiendo al resto) y los intentos de captar electores obreros a través de una política favorable a ciertos sindicatos⁽⁴⁹⁾.

Finalmente están los anarquistas, que convocan, como se sabe, a la abstención electoral; la campaña es en este caso "antielectoral" y consiste en la organización de conferencias y en la distribución de carteles y panfletos antilegalitarios. Según La Protesta el

balance de la acción antielectoral en la campaña de marzo de 1916 contabilizaba aproximadamente 50.000 carteles y volantes de propaganda en toda la República, y unas cuarenta conferencias organizadas por diversas agrupaciones y centros anarquistas⁽⁵⁰⁾ (esto supone una red de actividades bastante menor que la de los partidos); también se practica la "propaganda individual", suscitando discusiones en los lugares públicos. La interpelación anarquista supone una imagen de los sectores populares similar en parte a la de los socialistas, en el sentido de que ellos debían obrar "concientemente" en función de una convicción ideológica definida y firme a cuya conformación intentan también contribuir desde la actividad educativa de sus agrupaciones; sin embargo la interpelación se dirige de hecho a un público menos "ilustrado", a juzgar por lo menos por el lenguaje utilizado: los políticos son simplemente "cínicos, desvergonzados, impostores y farsantes" y en cuanto a la propaganda "politiquera", a los socialistas "no hay quien les pise el poncho"⁽⁵¹⁾. Lamentablemente, dicen frecuentemente los anarquistas en su diario, "el pueblo es aún un hato de imbéciles y nada más"⁽⁵²⁾.

Respuestas observables de los sectores populares

¿Qué repercusiones tienen estas alternativas de participación entre los sectores populares porteños? Al margen del efecto final que son los resultados de la elección, podemos intentar aproximarnos al tema a través de una descripción de los distintos tipos de actos y manifestaciones que

se registran durante el período en las campañas electorales y de las características del comicio mismo, y que son a la vez momentos de expresión y de constitución de comportamientos e identidades político-electorales.

Las conferencias socialistas en épocas preelectorales suelen ser "exitosas" en cuanto al número de asistentes, que en promedio puede oscilar entre 300 y 1000 personas por reunión con variantes según los años⁽⁵³⁾. Es un dato evidente que a ellas asisten, en proporciones importantes, grupos "populares"; si bien no constituyen todo el público de las mismas, ni podemos saber en qué porcentaje lo hacen, en muchos casos los observadores periodísticos afirman que los presentes son "en su mayoría obreros", "trabajadores", etc. En esto coinciden la visión parcial de La Vanguardia con la de otros diarios y también con la perspectiva simpática aunque temerosa de Donato Chaquesien, un conservador que ha dejado una interesante descripción de las conferencias y manifestaciones políticas de los partidos porteños; aunque en realidad la imagen que este nos da de las conferencias socialistas es más difusa que la que, como veremos, tiene de sus manifestaciones callejeras, ya que de aquellas dice que se distinguen de otras sólo por "cierto predominio" del elemento obrero⁽⁵⁴⁾. Pero más importante que esto es la impresión que este observador transmite sobre la actitud del público asistente a las conferencias socialistas: éste,

"como el orador, está penetrado de la seriedad del papel que desempeña; se ve que no toma en broma su presencia en el lugar, respondiente a fines

quier de información política o de cultura social, quier de propaganda, gracias al aporte de su asistencia, de su aplauso, de su aliento, de su interrupción, de su sonrisa y si necesario fuere de su estrepitosa carcajada, o de su animado comentario intermedio o final.

Va a la conferencia el socialista a hacer profesión de fe doctrinaria, cívica o política, como se va al taller a trabajar y a la escuela nocturna a instruirse. No va a distraerse o a olvidar las penas de la vida; para lo primero, endereza al cine o aspira el frescor de la plaza; para lo segundo, si tiene la debilidad del alcohol, se mete en un despacho de bebidas. No va, en una palabra, a pasar el rato y a matar el tiempo...⁽⁵⁵⁾.

Aquí las conferencias presentan la imagen de una conducta plenamente participativa, comprometida, lo que se aprecia también en las frecuentes referencias a los aplausos e interrupciones que aparecen en los relatos periodísticos; a los adherentes socialistas les gusta escuchar los discursos de los oradores, y manifiestan entusiasmo y admiración por ellos. Esto coincide como vemos con la imagen del adherente socialista que el Partido suponía y procuraba desarrollar. El discurso del socialismo no parece aquí tan distante y alejado de los sectores populares en esta época, como suele a veces presentárselo.

En sus manifestaciones callejeras el PS muestra ya en 1912 poseer un importante poder de convocatoria que culmina en los días anteriores al comicio con la marcha de cierre de campaña. En general estas manifestaciones siguen un patrón que es común a las de otros partidos y que

consiste en establecer diversos puntos de reunión en los distintos barrios, desde los cuales, después de una conferencia previa en cada uno de ellos, los manifestantes confluyen en columnas hasta un lugar central de concentración; allí se forma la columna central que sigue un itinerario previamente determinado. La organización por circunscripción es la que predomina; los centros seccionales son los encargados de reclutar localmente a los adherentes, que marchan luego agrupados bajo carteles identificatorios de cada sección; en menor medida desfilan otras agrupaciones como por ejemplo los clubes independientes o las "Agrupaciones socialistas de oficios" creadas a partir de 1911 y de duración efímera (salvo éstas, no hay casi columnas sindicales en las manifestaciones políticas de ningún partido)⁽⁵⁶⁾. Como vemos, para expresarse políticamente la gente se agrupa por el lugar en que vive y no por el de trabajo, lo que da cuenta de un trabajo permanente de construcción de una red barrial de ámbitos de participación y de la todavía neta separación entre los ámbitos sindical y específicamente político. Los puntos de reunión e itinerarios varían, aunque los más comunes son las plazas del Congreso, Once, Lavalle, San Martín y recorridos entre ellas; hay un itinerario que se repite en muchas marchas socialistas y radicales y al que Chaquesien llega a considerar como el "molde clásico" de las mismas: es el que va desde Plaza del Congreso por Rivadavia, Avenida de Mayo, Carlos Pellegrini y Santa Fe hasta la Plaza San Martín⁽⁵⁷⁾. De todas maneras ni éste ni otros aparecen claramente como espacios simbólicos como lo será más tarde la Plaza

de Mayo, aunque sí como escenarios característicos donde se mide y compara la fuerza electoral de cada agrupación⁽⁵⁸⁾.

Las manifestaciones socialistas son rigurosamente planeadas por el Comité Ejecutivo del Partido y organizados desde varios días antes con el concurso de numerosos comisarios generales y comisarios de filas reclutados entre los militantes más asiduos. El "orden" y la "cultura" son valores muy buscados por los dos grandes partidos, y especialmente por el PS, como si fuera de imperiosa importancia satisfacer una suerte de "exigencia" latente no sólo en las esferas del poder sino en la sociedad porteña en su conjunto. Incluso los anarquistas, como veremos, todos se empeñan en "portarse bien", dando cuenta de una tendencia integrativa creciente. Son comunes en los grandes mitines del PS, y no sólo en los electorales, las insistentes recomendaciones de "orden", de evitar las provocaciones y los insultos a la policía; el 1o de mayo de 1912, por ejemplo, La Vanguardia hacía explícita la voluntad de "probar al general Dellepiane que nosotros mismos somos la mejor policía de nuestros manifestantes"⁽⁵⁹⁾. Las visiones provenientes de los sectores de la elite, como por ejemplo los registros periodísticos de La Prensa, son en realidad mucho más complacientes con los resultados de esa vocación ordenacista que los voceros del propio partido Socialista, siempre tan exigentes; así mientras la satisfacción y tranquilidad de aquel diario por la "cultura" demostrada en cada marcha es una figura repetida en las crónicas⁽⁶⁰⁾.

La Vanguardia se lamenta frecuentemente de que el número de asistentes

no haya permitido organizar el mitin de la manera prolija que se había planeado⁽⁶¹⁾. En los actos del 1o de mayo, donde los cuidados electoralistas del relato periodístico se aflojan, el reproche del diario por el "desorden" puede alcanzar contornos de sorprendente rigidez y dureza"

"Siendo grande, el mitin no fue, sin embargo, grandioso, no fue imponente. Faltó organización; faltó lo que en gran parte hizo fracasar las maniobras de otoño del ejército argentino. No había filas: había pelotones. No había distribución proporcional y equitativa de bandas: había músicos que se estorbaban; no había centros bien ubicados, había remolinos de carteles; no había tribunas: fue necesario improvisarlas; no había oradores designados por sus nombres y en sus sitios: hablaron los que quisieron y pudieron"⁽⁶²⁾.

Es que, en realidad, las manifestaciones socialistas sí guardan el "orden" en el sentido de que no generan disturbios ni ataques violentos contra el sistema establecido, dando cuenta de aquella mentalidad "integrativa" que parece comenzar a incorporar un orden deseado por la elite como parte de su "sentido común"; sólo en los últimos años de la década comenzarán a producirse incidentes graves con grupos radicales que hablan más de la competencia entre ambos que de una participación tumultuaria que en el período se limita a contados episodios y particularmente a la semana de enero de 1919.

Pero ese "orden" no implica, como vemos, la pérdida de la espontaneidad de los asistentes ni la férrea aceptación de los moldes que parecen

obsesionar a la elite partidaria socialista; por el contrario, hay una suerte de tensión entre ambos: los manifestantes se apelonan, rompen las filas, se entusiasman y quieren abrazar a los oradores, y a veces, responden a las agresiones o participan en la generación de incidentes con grupos radicales.

Ahora bien, ¿qué sabemos sobre la composición social de estos asistentes? En general las manifestaciones socialistas son visualizadas por los observadores favorables y adversos como básicamente populares u obreras. Si La Vanguardia define casi siempre a los asistentes como "trabajadores y ciudadanos", otros diarios más neutrales también hacen hincapié en la presencia obrera; en las descripciones de los distintos actos encontramos frases tales como "compactos núcleos de obreros"⁽⁶³⁾, "millares de ciudadanos, en su mayoría obreros que robaron horas al descanso"⁽⁶⁴⁾, "típicamente popular y espontánea"⁽⁶⁵⁾, etc. Una característica que parece identificar a las manifestaciones socialistas es la importante presencia de extranjeros, mujeres y niños: esta observación, formulada por Chaquesien⁽⁶⁶⁾, es corroborada por algunas descripciones periodísticas, sobre todo en cuanto a las mujeres y los niños⁽⁶⁷⁾. Con respecto a los extranjeros, La Epoca (diario radical) lo hace también desde una óptica crítica al decir respecto a una marcha de 1915 que era una "columna mixta y cosmopolita", y que "el marcado acento exótico de ciertas exclamaciones partidas de la columna, la inequívoca apariencia de muchos manifestantes, hacía pensar que es más fácil obtener una carta de ciudadanía que incorporarse en

espíritu y en sentimientos a una nacionalidad..."⁽⁶⁸⁾.

Siguiendo con nuestra aproximación al perfil de las manifestaciones callejeras del socialismo, cabe citar nuevamente a Donato Chaquesien, para quien ellas constituyen un abigarrado desfile de grupos populares que no deja de causarle cierta inquietud:

"¡Qué contraste el que nos ofrecen, por una parte, la disciplina de la plataforma del partido y su oratoria parlamentaria y callejera, y por la otra, la manera como desfilan esas columnas, principalmente las de los barrios eminentemente obreros del sudeste, y más en especial de San Juan Evangelista, que con tanto orgullo llaman 'cuarta de hierro' los afiliados! No pasan aquellas ordenadamente en filas bien alineadas, y salvo sus cabezas y algunos grupos, se diría más bien un enjambre de pueblos nómades, en que no faltan las mujeres, los extranjeros y los niños (...) a mí, que no he visto ninguno, me hacen el efecto de un malón. No es, en rigor, el elemento político socialista de esas circunscripciones lo que pasa delante mío: es más bien, su sociedad, su población socialista (...) Y son exclamaciones contra los burgueses, contra sus adversarios políticos y contra la iglesia: es Juan Pueblo, que viniendo del adoquín mal nivelado, quiere pasear su confiada arrogancia por la tersura del asfalto"⁽⁶⁹⁾.

El perfil "popular" se completa si consideramos el tipo de canciones y símbolos que acompañan los actos socialistas; las clásicas "bandas de música" ejecutan "La Marsellesa", el Himno de los trabajadores y otros himnos obreros que son coreados por los manifestantes que portan a su vez

escarapelas y banderas rojas. en general las manifestaciones aparecen como muy entusiastas, y si bien los carteles y slogans son preparados de antemano por el Comité Ejecutivo no falta lugar para la creatividad espontánea muchas veces generadora de versos irónicos y de tono picaresco⁽⁷⁰⁾. Tampoco está ausente de las manifestaciones algo que, en cierta medida, también escapa a las pretensiones de la dirigencia partidaria: las expresiones de admiración y hasta "devoción" personal por las figuras de los líderes. Esto se ve claramente en algunas concentraciones no electorales donde La Vanguardia se permite, como dijimos, un grado mayor de autocrítica: el 1 de mayo de 1913 el diario se quejaba de que las primeras filas habían sido "estrujadas, arrolladas, pisoteadas por la muchedumbre que pugnaba por ver y aplaudir a los legisladores que la encabezaban"⁽⁷¹⁾. En 1915 las observaciones eran aún más duras"

"... pudimos observar que ciertos elementos inconscientes que se mezclan entre los manifestantes no desperdiciaron la ocasión para dar muestras de su incultura. En este sentido observamos también una excesiva adoración por los hombres y muy poca convicción en las ideas e ideales socialistas, entre muchos ciudadanos que se esfuerzan por colocarse en primera fila para marchar al lado del grupo parlamentario del Partido. Estos ciudadanos impiden, generalmente, toda organización de columnas y hacen penoso el desfile".⁽⁷²⁾

Las descripciones de las marchas callejeras dejan una imagen de "homogeneidad" y de compromiso

conciente de los asistentes con la convocatoria partidaria (por oposición a las formas "criollas" de reclutamiento), que coincide con la impresión de "asistentes comprometidos" que daba Chaquesien sobre las conferencias y con el "tipo" de adherente socialista que espera el Partido, a pesar de las "desviaciones" que marcamos en algunos aspectos. Así por ejemplo, La Razón habla en una oportunidad de "fuerzas genuinamente propias y homogéneas"⁽⁷³⁾ y La Gaceta señala en 1914 que "no había lo que en otras, elementos mercenarios contratados para aumentar el número"⁽⁷⁴⁾.

Con respecto al número de asistentes los datos son muy variables y por supuesto dependen en cada caso del observador que los proporcione. Lo que puede establecerse es que los grandes actos callejeros del partido Socialista, y también los del radicalismo, son multitudinarios para las expectativas de la época: por lo menos así los ven los registros contemporáneos. Las cifras que se manejan oscilan entre 20.000 y 100.000 manifestantes para las manifestaciones "pico" de cada campaña (incluyendo las siempre escasas estimaciones policiales y los abultados cálculos partidarios), con una tendencia a crecer hasta 1916 y luego a estabilizarse o disminuir⁽⁷⁵⁾.

Los actos radicales no se diferencian formalmente de los socialistas: conferencias y manifestaciones, organizados sobre moldes similares, son los ejes de la campaña, y el éxito de las mismas es notablemente parejo con las del PS (éste conserva cierta ventaja en cuanto a la asistencia a las conferencias, pero los grandes mitines suelen ser similares en sus propor-

ciones salvo ventajas coyunturales de uno u otro).

Según Chaquesien, la actitud de los asistentes sí es diferente: en las conferencias radicales ésta es de "poca seriedad", de mayor "ligereza" que en las de su rival porteño⁽⁷⁶⁾. En general los adherentes radicales parecen menos afectos a la conferencia, por lo menos no las realizan al comienzo y al final de los grandes mitines, salvo excepciones. En las manifestaciones parece cumplirse mejor la aspiración de "prolijidad"; los itinerarios son similares pero incluyen en ocasiones una parada reverencial frente a algún balcón desde el cual saluda Hipólito Yrigoyen. Los manifestantes son seguramente más heterogéneos, si tomamos la indefinición característica de las descripciones como un indicio de esto. La Epoca toma como un dato positivo la presencia en los actos de "todos los sectores sociales", pero se ocupa de aclarar que eso incluye a los "trabajadores"⁽⁷⁷⁾. Las críticas de La Vanguardia, por otra parte, dan cuenta a su manera de una presencia popular que no pueden ocultar: lo hacen refiriéndose a la participación de los remanidos "bajos fondos" en ellas, al "gauchaje" y a los individuos "pagos" que concurren contratados para aumentar el número⁽⁷⁸⁾. Ese gauchaje aparece efectivamente en las fotos y descripciones de otros diarios como los "jinetes con boina blanca" que constituyen un clásico de las marchas radicales⁽⁷⁹⁾ y que den cuenta de cierto arraigo del partido entre sectores aún semirurales que oscilan entre la Capital y las zonas aledañas. Ellos se mezclan, en las visiones adversas, con otros tipos "marginales", dando lugar a comentarios como el de La

Protesta que en 1918 veía una "típica cabalgata de gauchos de carnaval, con facón atravesado, hediendo a caña, malevaje recolectado en garitos, resaca asquerosa de una civilización corrompida..."⁽⁸⁰⁾. Más allá de la parcialidad de estas descripciones, quizá ellas sean expresión de esa "apretada sociedad marginal" de las orillas porteñas de la que habla José Luis Romero en su descripción de la "ciudad burguesa"⁽⁸¹⁾. Obviamente todos estos datos son muy imprecisos y la mayoría debe ser tomada "con pinzas", pero en general sugieren que dentro de la heterogeneidad de las manifestaciones se incluye una concurrencia claramente "popular": podemos suponer que de lo contrario las críticas de los socialistas y anarquistas serían otras, apuntando por ejemplo al predominio de otros sectores en ellas.

Otro grupo más o menos definido que aparece en los actos de la UCR después de 1916 cuando los diarios hacen precisiones sobre los asistentes es el de los empleados estatales, que, como dijimos, no incluye sólo a los funcionarios administrativos: en las alusiones particularizadas se hace referencia recurrentemente a carteros y otros empleados del correo -telegrafistas, valijeros, buzonistas-, peones municipales y de aduana, tranviarios, archivistas, etc.⁽⁸²⁾. Esto se convierte en una constante a partir de las elecciones de 1918 y las citas forman parte, en general, de las críticas al "personalismo"; sin embargo la presencia de aquellos se ve confirmada cuando algunos manifestantes se nos identifican más objetivamente en las crónicas al aparecer mencionados como detenidos en incidentes, con sus nombres y ocupaciones⁽⁸³⁾.

En efecto, es a estos subalternos estatales a los que vemos participando -a veces tras algún "caudillo"- en los cada vez más frecuentes enfrentamientos callejeros que desde 1918 se producen en las manifestaciones de los distintos partidos; las crónicas de los observadores más diversos coinciden en señalar el carácter violento que fueron adquiriendo las campañas electorales debido a los enfrentamientos de grupos radicales con asistentes a las marchas socialistas o conservadoras (especialmente las de la "Concentración Nacional" en 1922), en los que los primeros suelen aparecer como los "provocadores" sin que falten respuestas contundentes por parte de los otros⁽⁸⁴⁾.

Las visiones periodísticas nos permiten así identificar, aunque vagamente, algunos sujetos más o menos precisos dentro del heterogéneo conjunto de adherentes que participan en las manifestaciones del radicalismo. Para continuar construyendo el perfil que caracterizaba a éstas podemos recurrir nuevamente a Chaquesien: según una descripción suya que corresponde a 1912, los radicales

"...también llevaban la arrogancia en el paso, en la actitud, en el rostro y el ademán, pero era de otra suerte que la de sus rivales de la metrópoli. Ante todo, no llevaban ni extranjeros, ni mujeres ni niños (aunque también suelen figurar éstos y aquéllas), ni palmas ni garambainas arquitectónicas: las varias veces mentadas banderas de la patria y de la causa estaban desenvueltas, y algunas boinas simbólicas calababan sendos mochetones, animosos y desembarazados, de aire sencillez y obsequioso, que, según creo, cooperaban en la gestión

del desfile. Y no había mucha diferencia entre el continente de ellos y el de la gran masa de manifestantes: éstos marchaban con orden, en filas sobria y elegantemente limitadas y rectas, su paso tenía algo de marcial apostura y parecía como que era un deber lo que los guiaba en el acto"⁽⁸⁵⁾.

La "simbología" que caracteriza a las marchas radicales es totalmente diferente a la de los actos socialistas y no tiene el contenido clasista de éstos: allí se canta el Himno Nacional, la Diana del Parque y se ejecutan marchas militares. En este sentido parecería claro que en las manifestaciones socialistas los sectores populares se encuentran como tales, es decir, en un marco en el que son interpelados y visualizados y se identifican como "trabajadores" u "obremos", cosa que no ocurre en los actos radicales. Esto nos acerca al nudo de la temática de la identificación de los sujetos sociales; en las manifestaciones socialistas los asistentes "populares" estarían consolidando una identidad común y específica (a pesar de la presencia de otros grupos), que sería realimentada a su vez desde el discurso de los oradores y también desde la visión que de ellas registran la prensa y otros observadores.

En las marchas radicales, en cambio, ni el discurso ni lo simbólico operan en este sentido, y la presencia popular aparece "diluída" en un conjunto más vago y heterogéneo.

Pasando ahora a los conservadores, también ellos encuentran cierta repercusión a sus interpelaciones entre los sectores populares, sobre todo en las tres primeras elecciones del período que nos ocupa.

Las referencias a la compra del voto, apelando ahora a "trampas" más sofisticadas, son muy abundantes en la prensa en general para la elección de 1912 y en menor medida se mantienen hasta los comicios de 1914, tendiendo luego a desaparecer. Las "viejas prácticas" no se esfumaron automáticamente con la reforma electoral, aunque con el correr del tiempo se fueron transformando; había un electorado que era proclive a participar de ellas y que no estaba esperando la ley para hacer otra cosa. En efecto, esta vertiente de la "política criolla" supone la existencia de un "tipo" de votante (el "elemento electoral") del que, por ejemplo, da cuenta de un "Diálogo" que publica La Razón en 1913:

"-Por fin nos llegan las de ganar, compadre.

-Lo dice por la cosecha?

-Sí, la cosecha política.

-Ah, las elecciones?

-Claro -no se percata de la indireta? No sabe que nosotros, carne de atrio y de clú, cantamos victoria en cuanto se anuncian elecciones? (...)"⁽⁸⁶⁾

Sin embargo, el diálogo continúa mostrando que ya las cosas no son como antes: no hay lugar para la "camorra", que era lo que más le gustaba al entusiasmado elector, ni para que se luzcan los guapos frente a los atrios. Su interlocutor le hace en cambio una invitación más pacífica:

"Si no estás comprometido te invito a ir esta noche a un clú ande va a hablar el doctor Martín Sala, que dicen que la lengüetea mejor que el doctor Roldán, y allí, después que se termine la ora-

toria, te presento, te inscriben, te refilan la seña como en las ventas a plazos y quedás incorporao pa dir voluntariamente a votar el domingo..."⁽⁸⁷⁾.

La persistencia de estos recursos es comentada por varios analistas en ese momento, y en abril de 1912 -luego de las elecciones- el partido Radical realizaba una concurrida manifestación por las calles de Buenos Aires "contra la venalidad"⁽⁸⁸⁾.

La figura del caudillo reclutador de votos sigue en plena vigencia; así en 1913, por ejemplo, el célebre Cayetano Ganghi trabaja para el candidato Zeballos "con sus nutridas huestes de la sección 14"⁽⁸⁹⁾; son comunes las referencias a ciertas secciones como "baluartes" de determinados caudillos, cuya adhesión a uno u otro partido ocultan mal noticias como ésta:

"Ultimamente, el comité de la Unión Cívica de la circunscripción de San Cristóbal Norte recibió la adhesión colectiva de los amigos de los señores de la Fuente y José Iriarte. Con tal motivo, el Dr. Beazley pronunció en dicho comité un breve discurso, para agradecer el contingente"⁽⁹⁰⁾.

En realidad las "conferencias" organizadas por estos grupos conservadores son en muchos casos no mucho más que ámbitos de recreación y consolidación de estos lazos clientelares en los que se mezclan el interés monetario con una efectiva vinculación personal entre caudillo y elector, nutrida en parte de los favores realizados o prometidos y también de cierta influencia de la habilidad oratoria de aquél.

En 1914 un socialista escribe a La Vanguardia para denunciar que,

habiendo concurrido al estudio del Dr. Villafañe, que pedía en un aviso jóvenes para escribir sobres, se encontró con más de cien postulantes a los que hablaba el citado candidato:

"Haciendo su autopropaganda, y luego de manifestarnos que sus prestigios estaban basados en los favores personales que había hecho a miles de trabajadores, mediante sus recomendaciones y prometiendo otro tanto a todos los presentes, terminó ofreciendo \$1 a cada uno para no defraudar así las esperanzas que nos guiaron"⁽⁹¹⁾.

La competencia efectiva hizo que todos estos mecanismos, lejos de desaparecer automáticamente, se agudizaran, por lo menos en un principio; así decía La Vanguardia, "se explican las tentativas de mangoneo en las filas obreras de viles capataces de los caudillos criollos, que tratan de operar con más desvergüenza que nunca"⁽⁹²⁾. Ahora bien, si se registra en estos años la persistencia de las viejas formas criollas, también se observan al mismo tiempo las dificultades que ellas encuentran y los cambios que sufren. Junto al votante-cliente clásico surge ahora el votante "exigente", y también el que traiciona el compromiso contraído. La Prensa da cuenta por ejemplo de hechos como éste, en la sección 8a. en 1912:

"...la Unión Nacional conducía en grupos a los ciudadanos y luego de haber votado, les abonaba la suma de diez pesos a cada uno. Dos ciudadanos a quienes entrevistamos, declararon que percibieron esa cantidad de dinero y después sufragaron por la lista radical"⁽⁹³⁾.

El candidato Zeballos se lamentaba, en 1913, de lo difícil que se estaba poniendo "la muchachada", dando cuenta a la vez de que todavía esperaba contar con estos recursos para garantizar su elección:

"Faltaba dinero. El elemento electoral, aun el de una situación media, está viciado. En vez de contribuir con pequeñas cuotas a los gastos comunes, exige que se les pague hasta el almacén. Cada grupito de sufragantes pide coche y automóvil para pasear todo el día hasta las doce de la noche, so pretexto de trasladarse a votar; y gran parte pide dinero para obsequiar a los "muchachos", lo cual no es en realidad sino un pretexto para procurarse algunos pesos con motivo de la elección. Cuando se le niegan estos pedidos, se retiran distanciados y no pocos van a llevar sus votos a los partidos contrarios (...)" Había "cambios de opinión y del voto a última hora, merced al secreto, no obstante los compromisos contraídos".⁽⁹⁴⁾

La frase de Carlos Pellegrini -"el voto más libre es aquél que se vende"- parecía cobrar ahora su más contundente vigencia.

¿Quiénes responden a este tipo de prácticas generadas desde el campo conservador? -Si nos atenemos a las críticas de los socialistas, que son casi las únicas referencias con que contamos, se trataría en general de ese indefinido "malevaje orillero" o de los "elementos de los bajos fondos", aunque es cierto que esta caracterización despectiva nos habla mejor de la ideología del PS que de una realidad social a la que no podemos llegar fácilmente. Podría inferirse que de esa manera se da cuenta de las inclinaciones electorales de un sector

no obrero ni sindicalizado, sin "conciencia de clase", en parte todavía semirural y tradicional, etc, al que veíamos también en las marchas radicales. Y esto puede ser en parte cierto, pero no podemos afirmar que agote la cuestión. Vimos que la organización gremial no tenía una clara correlación con la participación electoral, y el caso de los carreros, por ejemplo, parece ser el de un grupo de eficiente y organizada actividad sindical-su huelga general de 1911 así lo demuestra- que a la vez suele proporcionar "el mayor contingente para las comparsas de la política criolla"⁽⁹⁵⁾. En Avellaneda, por otra parte, suburbio crecientemente industrial y obrero, los conservadores mantendrán durante mucho tiempo su apoyo electoral basado en aquellos mecanismos.

Finalmente nos quedan los anarquistas, sobre quienes la información es bastante escasa en este período. Es evidente la poca presencia y eficacia que demuestra la propaganda antilegalitaria anarquista dentro del panorama electoral de esta década. El propio diario La Protesta titulaba en 1913 un artículo "Tenemos el diario pero no tenemos la calle"⁽⁹⁶⁾, dando cuenta de una realidad que más adelante describía en estos términos:

"Sabemos que nuestra propaganda antilegalitaria se hace monótona, que toda ella converge a un punto predefinido, dar conciencia al pueblo de la nulidad de la acción legislativa, que repetimos conceptos sabidos, y que no convence sino a un número escaso de ayentes..."⁽⁹⁷⁾.

En 1916 el mismo diario se quejaba de que "nuestro pueblo" era un pueblo "de imbéciles" porque había votado en un alto porcentaje, a pesar de lo

cual los anarquistas se atribuían la responsabilidad del 25% de infractores -algo ciertamente dudoso-⁽⁹⁸⁾. En 1918 ellos mismos se comparan con los socialistas a quienes atribuyen "miles de adeptos", diciendo que "el anarquismo no cuenta con ceros sumados a unidades para hacer una cifra considerable, porque su fuerza se basa en la calidad y no en la cantidad (...) el anarquismo es fuerza cualitativa y el socialismo cuantitativa"⁽⁹⁹⁾.

Por otra parte, en el citado artículo de 1913 no sólo se registra la "decadencia" sino también la tendencia a la moderación de la que hablamos antes y de la que el anarquismo no parece escapar:

"(...) la decadencia se introduce en toda la colectividad nuestra por la pereza, la abulia para la acción. La vejez y el cansancio parecen incrustados en todos los rostros y en todos los corazones. Nuestra palabra misma -la de los voceros anarquistas- ha dejado de ser medular, el grito herido de la altiva protesta, para transformarse en razonante y deductiva (...) Para que una gran parte de nuestros compañeros no lo renieguen, se hace necesario que hagamos del anarquismo una cosa de buen tono. Si tiene horror a la disonancia, a la exageración del juicio, a la polarización demasiado radical -incomprensible para el mundo burgués que nos rodea; a parecer inadaptables... se desea conquistar la estimación, que nos lean y nos aprueben los mismos burgueses, como a algún artista o literato nuestro. Por caricias estamos dispuestos a aceptar todo, a reconocer todo -el "orden" y la "compostura" que es lo contrario de una actitud verdaderamente revolucionaria..."⁽¹⁰⁰⁾.

Consideraciones finales

Tras la reforma electoral de 1912 quedaba abierta en Buenos Aires la posibilidad de una participación efectiva en las elecciones. Desde el punto de vista del conjunto de los sectores populares porteños no puede decirse que la participación electoral se haya constituido en una opción predominante: gran parte de ellos siguieron estando excluidos por su condición de extranjeros y no se incorporaron masivamente a través de la naturalización, lo cual no significa que no participaran políticamente a través de otras prácticas y ámbitos ni que los avatares de las elecciones les fueran decididamente ajenos. Pero por otra parte son los sectores populares los que constituyen el mayor porcentaje dentro de un electorado heterogéneo y en formación al que los partidos políticos deben ahora apelar necesariamente para conseguir sus votos. Analizando los resultados de esta renovada competencia electoral, poco más puede hacerse que decir que el voto popular porteño osciló y se repartió entre socialistas, radicales y también conservadores, polarizándose progresivamente entre los dos primeros. En este trabajo se intentó abordar la cuestión desde otra perspectiva, buscando fundamentalmente en las campañas electorales elementos que permitieran complementar el análisis del comportamiento político de los sectores populares.

Delineadas entonces las diversas opciones electorales que se ofrecen a los sectores populares porteños en el período estudiado, y analizadas las respuestas observables en las fuentes que permiten una cierta aproximación al conocimiento de su partici-

pación efectiva, se deduce la existencia de una gama de variantes que oscilan entre dos polos opuestos: la apelación a través del discurso y la concientización política "educativa", a una participación entendida como lucha y compromiso, y la "conquista" del sufragio por mecanismos y mediaciones aún ligadas al viejo sistema de la maquinaria electoral. El Partido Socialista y el anarquismo serían los más identificables con la primera de las formas, los conservadores con la segunda, y en el comité radical parecen sintetizarse con éxito ambas modalidades. Como dijimos, ellas suponen no sólo formas de participación diferentes sino a la vez sendas imágenes de los sectores populares que por un lado reflejan la existencia de varios "tipos" más o menos definidos de potenciales votantes y por otra parte tienden a conformar actores que correspondan a ellas. Así este espectro de interpelaciones y respuestas permite inferir la existencia del obrero socialista que vota convencido a su partido (siendo militante o sólo adherente), el elector que vende su voto a los conservadores, el que vota siguiendo la figura de un caudillo barrial, el que lo hace por los favores recibidos en el comité, etc, sin que podamos discriminar con certeza las bases sociales de dichos actores.

Por otra parte, detrás de estas formas de participación advertimos a su vez la coexistencia de dos formas básicas de concebir los comicios: como selección de "notables capacitados para gobernar" o de "representantes" de distintos sectores sociales (o de todos en su conjunto), tendiendo en este período a imponerse la segunda. La práctica electoral en la década que estudiamos no se explica en-

tonces solamente por la competencia entre partidos o corrientes ideológicas, o por alineamientos determinados por la posición socioeconómica, sino también por la interacción de diversas formas de participación y representación instaladas en los sectores populares y por las características variadas de una cultura política en formación; detrás de todo esto se dibuja cierto éxito del sistema político en integrar o neutralizar a los potenciales cuestionadores del orden establecido.

No pretendemos haber realizado un análisis exhaustivo de la participación electoral en el período elegido, sino por el contrario plantear algunas cuestiones de las que más que conclusiones pueden extraerse pautas para proseguir en una línea de investigación. Esta línea de trabajo tiende a indagar sobre las prácticas, actitudes y adhesiones políticas de los sectores populares tomando en este caso como eje a las elecciones pero apuntando a rastrear los distintos factores que operan detrás de los resultados. Las reflexiones que aquí iniciamos requieren ser profundizadas en un doble sentido: en primer lugar ampliando el lapso temporal a estudiar para poder establecer tendencias y transformaciones que sólo se visualizan en un lapso más prolongado; y por otra parte, insertando los aspectos más específicamente político-electorales dentro de un conjunto más amplio de experiencias, prácticas y ámbitos de participación -como las instituciones barriales y los sindicatos- que también confluyen en la conformación de los sujetos sociales y sus comportamientos políticos.

NOTAS

(1) Cfr. BOTANA, Natalio. El orden conservador. Bs.As., Sudamericana, 1977, cap. IX. ROCK, David. El radicalismo argentino, 1890-1930. Bs.As., Amorrortu, 1977; cap.2.

(2) Véanse por ejemplo los comentarios de La Prensa o los artículos sobre los resultados de estas elecciones aparecidos en la Revista argentina de ciencias políticas y en la Revista de Derecho, historia y letras en 1912 y 1913. Cfr. también BOTANA, op.cit., pág.302.

(3) ROMERO, Luis Alberto. "Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas: la cuestión de la identidad", en: Desarrollo Económico, No.106, julio-setiembre 1987.

(4) Ver ROMERO, Luis Alberto. "Los sectores populares urbanos como sujeto histórico". Bs.As., mimeo.

(5) De 298 en 1910 pasó a 102 en 1911 (aunque con un leve repunte en cuanto al número de huelguistas), a 99 en 1912, 95 en 1913 y 64 en 1914 (el punto más bajo de la década). Boletín del Departamento Nacional del Trabajo, No. 42, 1919, p.90.

(6) La Vanguardia publica durante 1911 una gran cantidad de artículos donde se comenta la paralización sindical, y una serie de notas y cartas de lectores titulada "Robustecer el partido" en la que se intentan diversas explicaciones y soluciones para lo que se considera una grave crisis en la actividad de los centros socialistas. Ver por ejemplo los del 11, 13, 15, y 16 de julio.

(7) Ver por ejemplo La Razón, 4/4/1912, p.1, y La Prensa, 7/4/1912, pág.11.

(8) Fuentes: Diario La Prensa y Memorias del Ministerio del Interior. Los inscriptos para las elecciones municipales (octubre de 1918 y noviembre de 1920 y 1922) incluyen a los extranjeros que reunían ciertos requisitos de propiedad y residencia y podían inscribirse voluntariamente y votar sólo en ellas.

(9) DORFMAN, Adolfo: Historia de la industria argentina. Bs.As., Solar/Hachette, 1970, pág.262.

(10) Cfr. BILSKY, Edgardo: La semana trágica. Bs.As., CEAL, 1984; DEL CAMPO, Hugo. "De la FORA a la CGT". en: Historia del Movimiento obrero, Bs.As., CEAL, 1985, vol.3.

(11) Cfr. ROCK, David: "La Semana trágica y los usos de la historia". en: Desarrollo económico, Vol.12, No.12, No.45, abril-junio 1972. ROMERO, L.A.: "Los sectores populares en las ciudades...", op.cit., p.18.

(12) Tercer Censo Nacional, 1914 (Cálculo aproximativo sobre la base de la población ocupada mayor de 14 años).

(13) Ibid.

(14) Ibid.

(15) Un cálculo similar puede hacerse a partir del análisis del padrón de 1918 realizado por Walter. Ver WALTER, R.: The Socialist Party of Argentina, 1980-1930. Austin, The University of Texas Press, 1977; pags.237-240.

(16) En 1912 se eligen diputados y senador; en 1913 dos diputados y un senador (complementaria); en 1914, diputados; en 1916, presidente y vice y diputados; en 1918, diputados; en 1919 dos diputados y un senador (complementaria); en 1920, diputados; en 1922, presidente y vice, diputados y senador; en octubre 1918, y noviembre de 1920 y 1922 hay elecciones de concejales.

(17) Bajo esta denominación incluimos a la Unión Nacional, Unión Cívica, Unión Comunal, Partido Constitucional, Partido Demócrata Progresista, Concentración Nacional y otras agrupaciones menores y candidatos independientes.

(18) Lamentablemente no se registran los datos de los que votaron por la lista completa de un sólo partido; su número puede calcularse aproximadamente considerando que tiene que ser "un poco menor" que la cantidad de votos del candidato menos votado, y nunca mayor que esa cifra.

(19) La lista completa en La Prensa, 7/4/1912.

(20) Sobre la concepción de los comicios como elección de "notables" (los "capacitados para gobernar"), que está presente por ejemplo en el espíritu de la reforma de 1902, y que es una característica de la política oligárquica hasta entrada la segunda década del siglo, ver BOTANA, op.cit., cap.8.

(21) Cfr. RIVAROLA, R: "Resultados de las elecciones de marzo", en Revista Argentina de Ciencias políticas, Bs.As., vol.6, abril 1913; PERALTA, A. "El pueblo quiere principios", en Ibid. BAUDON, Héctor. "Comentario positivo a las elecciones de la Capital", en: Revista de Derecho, Historia y Letras, Bs.As., tomo XLV, mayo 1913. Para las elecciones de 1904 ver TORRE, J.C. "La primera victoria electoral socialista", en Todo es historia, Año VI, No. 76, sept. 1973.

(22) Cfr. Mundo Argentino, No.408, Bs. As., Octubre 30 de 1918, pag.1.

(23) Un estudio específicamente realizado con este método, basado en el análisis del padrón de 1918 para reconstruir la composición social de cada circunscripción, es el de WALTER, R. "Elections in the City of Buenos Aires during the First Yrigoyen Administration: Social Class and Political Preferences". en: Hispanic American Historical Review, 58 (4), Nov. 1978. Con carácter mucho más indicativo hay correlaciones en este tipo en el libro de ROCK, El radicalismo..., op.cit.

(24) WALTER, R.: "Elections...", op.cit., pág. 623.

(25) La Vanguardia, 4/12/1920.

(26) Sobre una manifestación de empleados de comercio ver La Vanguardia, 20 y 21/2/1911.

(27) Cfr. ROMERO, L.A.: "Los sectores populares en las ciudades...", op.cit.

(28) La Vanguardia, 30/1/1913.

(29) La Vanguardia, 11/4/1914.

(30) El Diario, 5/3/1919.

- (31) Ver por ejemplo RIVAROLA, op.cit., pag.199-200; El Diario, 17/3/1919; PERALTA, A. op.cit.
- (32) La Vanguardia, 28/3/1912.
- (33) La Vanguardia, 8/3/1912.
- (34) Tribuna Popular, Diario de la tarde, 3/1/1920.
- (35) La Vanguardia, 4/3/1914. La Prensa, 23/3/1914.
- (36) Cfr. La Vanguardia, 17/7/1918, pág.1, y 12/2/1914.
- (37) La Vanguardia, 8/3/1913.
- (38) El Diario, 7 y 8/3/1920.
- (39) WILMART, R.: "La ley Sáenz Peña y nuestra capacidad democrática". en: Revista argentina de ciencias políticas, tomo 16, 1918, pag.82.
- (40) La contradicción entre los comentarios como el anterior y otros que señalan cómo el voto secreto ha eliminado completamente la "venalidad" (ver por ejemplo Caras y Caretas, marzo 1918), sugiere que las formas más "groseras" como la compra del voto han disminuido pero quizá no desaparecido totalmente, y que de todas maneras la "política criolla" en general sigue teniendo vigencia.
- (41) Resulta significativo que en 1922 los incidentes callejeros frecuentemente provocados por grupos radicales están dirigidos no sólo contra los actos socialistas sino también contra los de la Concentración Nacional -y no contra los del PDP-, lo que sugiere que la UCR compite con ella por una franja del electorado proclive a los mismos mecanismos de atracción (ver las noticias al respecto en El Diario y La Prensa de marzo y abril de 1922).
- (42) Cfr. La Epoca, 22/2/1918.
- (43) PERALTA, A.: op.cit.
- (44) Ver por ejemplo El Diario, 6/3/1920; La Epoca, 6/3/1920.
- (45) Ver PERALTA.: op.cit.; El Diario, 5/3/1919 y 17/3/1919.
- (46) El Radical, 1/12 y 6/12/1915; La Epoca, 25/12/1915.
- (47) La Vanguardia, 8/3/1920.
- (48) El Diario, 28/3/1919.
- (49) ROCK, David: "Machine Politics in Buenos Aires and the Argentine Radical Party, 1912-1930", en: Journal of Latin American Studies, 4,2 Nov. 1972. Con respecto al "patronazgo", no creemos que pueda afirmarse, como hace Rock, que éste apuntaba y beneficiaba fundamentalmente a las "clases medias", capacitadas para ejercer empleos administrativos y ávidas de hacerlo. Como ya dijimos, el empleo estatal incluye muchos trabajos poco calificados que escapan a dicha categoría.
- (50) La Protesta. 1/4/1916.
- (51) Ibid, 27/2/1918.
- (52) Ibid, 4/4/1916 y 27/2/1918.
- (53) Cálculo aproximado realizado en base a los datos dispersos que aparecen en La Vanguardia.
- (54) CHAQUESIEN, Donato: Los partidos porteños en la vía pública. Bs.As., Talleres gráficos Araujo Hnos. 1919; pág.19.
- (55) Ibid, pág. 20.
- (56) Estas y otras afirmaciones generales sobre las manifestaciones callejeras se basan en la información relevada en diversos periódicos en los meses anteriores a cada elección.
- (57) CHAQUESIEN: op.cit., pag.109.
- (58) Sería interesante rastrear el origen de los espacios y elementos simbólicos de las prácticas políticas populares, como por ejemplo la Plaza de Mayo y el balcón.
- (59) La Vanguardia, 1/5/1912.
- (60) Ver por ejemplo La Prensa, 2/5/1913, 2/5/1917.
- (61) La Vanguardia, 2/5/1912, 1/4/1912.
- (62) Ibid, 2/5/1914.
- (63) La Tarde, 23/3/1913 (cit. en La Vanguardia, 24/3/1913).
- (64) La Razón, 22/3/1912.
- (65) La Gaceta, 18/2/1914 (cit. en La Vanguardia, 19/2/1914).
- (66) CHAQUESIEN: op.cit., pág.102.
- (67) Ver por ejemplo La Epoca, 2/3/1918; La Prensa, 1/4/1916; La Razón dedica un artículo a destacar el papel de la mujer en la propaganda socialista (4/4/1912).
- (68) La Epoca, 30/12/1915.
- (69) CHAQUESIEN, op.cit., pág.102.
- (70) Ibid, pag.106. La Prensa, 1/4/1916.
- (71) La Vanguardia, 2/5/1913.
- (72) Ibid, 2/5/1915.
- (73) La Razón, 1/4/1912.
- (74) La Gaceta, cit.
- (75) No en todos los casos se mencionan posibles cifras de asistentes en los diarios. A veces se mide su importancia en "cuadras" (llegan hasta 20 cuadras de gente las más grandes) o en el tiempo que tardan en pasar por un lugar (una hora y media parece ser el máximo).
- (76) CHAQUESIEN, op.cit., pag.39.
- (77) Cfr. La Epoca, 30/12/1915.
- (78) Cfr. La Vanguardia, 31/3/1916.
- (79) Ver foto en Caras y Caretas, marzo 1918; La Prensa, 2/3/18. La Epoca, 31/3/1916 ("el alma popular acogió su presencia con sus más calurosas manifestaciones de regocijo").
- (80) La Protesta, 5/3/1918.
- (81) ROMERO, José Luis: "La ciudad burguesa". en: ROMERO, J.L. y ROMERO, L.A. (Dir.). Buenos Aires, historia de cuatro siglos. Buenos Aires, abril, 1983; vol. II, pág.10.
- (82) Ver por ejemplo El Diario, 6/3/1920; Id, 22/3/1919; La Prensa, 12/3/1919 y 3/3/1920.
- (83) La Prensa, 24/3/1922 y 1/4/1922.
- (84) Ver por ejemplo El Diario, 13/3/1919; La Protesta, 25/3/1918, se refiere a la "política del tiroteo" de los radicales; La Vanguardia habla de la "mazorca radical". En 1918 murió en un enfrentamiento con radicales el socialista Vicente De Tomaso, que estaba armado y repelió el ataque.
- (85) CHAQUESIEN: op.cit.
- (86) La Razón, 27/3/1913.
- (87) Ibid.
- (88) La Razón, 15/4/1912.
- (89) La Vanguardia, 29/3/1913.
- (90) La Prensa, 31/3/1913.
- (91) La Vanguardia, 17/3/1914.
- (92) Ibid, 9/3/1912.
- (93) La Prensa, 8/4/1912.
- (94) ZEBALLOS, Estanislao: "Psicología de la esfinge", en: Revista de Derecho, Historia y Letras. Bs. As., mayo 1913, pag.116.
- (95) Artículo de Nicolás Repetto en La Vanguardia, 21/1/1911, pag.1.
- (96) La Protesta, 3/8/1913.
- (97) Ibid, 31/3/1916.
- (98) Ibid, 5/4/1916.
- (99) Ibid, 16/3/1918.
- (100) Ibid, 3/8/1913.

ESPACIO, ECONOMIA Y SOCIEDAD REGIONAL NEUQUEN: EL AUGE DEL CICLO GANADERO Y LA ORGANIZACION SOCIAL DEL ESPACIO (1879-1930)*

Susana O. BANDIERI
(CONICET - U. N. Comahue)

Algunas consideraciones previas

Iniciar un estudio histórico sobre asentamientos humanos implica su inserción en un espacio territorial, parte a su vez de un espacio nacional en lo que "supuestamente conforma un todo articulado que convencionalmente se denomina región" (ROFMAN, 1984,42). Pero cuando se limita el campo de observación se puede caer en una arbitrariedad subjetiva difícilmente salvable si no se es plenamente conciente de que los límites jurídicos y/o geográficos resultan siempre inadecuados para la aprehensión cabal de los fenómenos socioeconómicos que se vuelven ininteligibles en la rigidez de un espacio dado en tanto nunca comienzan y terminan en él. Intentar describir el funcionamiento de una formación social en un subespacio mediante su aislamiento, sería caer en la falla tradicionalmente impuesta por las concepciones positivistas y neoclásicas de referirse a la región como una unidad fija, como un objeto de estudio con límites naturales y consistencia propia. Se parte por el contrario de considerar a la región como un sistema abierto donde el

proceso de producción y reproducción de las condiciones de funcionamiento del sistema social reconoce agentes económicos locales -actores sociales- y relaciones extrarregionales que participan de contextos más amplios. (DE JONG, 1981, 28).

Tampoco es posible pensar históricamente al espacio patagónico como bloque uniforme y homogéneo. Si bien hay tendencias y procesos generalizables que permiten cierta "historia común", también hay características zonales importantes fácilmente identificables en cada uno de los subespacios que lo integran. En el caso neuquino, por ejemplo, el corrimiento ovino que a partir de 1880 aproximadamente afectó al territorio patagónico no incidió en su desenvolvimiento económico y, en este caso, sus condiciones naturales de aislamiento y mediterraneidad adquirieron especial significatividad. En el caso contrario, la Cordillera de los Andes, por su accesibilidad, sirvió históricamente y desde las primeras etapas de ocupación indígena de eje vertebrador de un espacio integrado como región socioeconómica que actuó y sobrevivió por encima de los límites políticos y administrativos impuestos a

(*) Este trabajo fue presentado como ponencia en las IX Jornadas de Historia Económica, Buenos Aires, CIHES, octubre de 1988 y es parte del informe final de Beca de Perfeccionamiento elevado al CONICET en el mismo año bajo el título "Condicionantes históricos del asentamiento humano en Neuquén: consecuencias socioeconómicas"

partir de la conquista militar. Estas y otras características diferenciables justifican la elección del marco espacial propuesto. Asimismo, entendemos que en el desarrollo histórico neuquino se generó un proceso de especialización regional con su propio sistema de funcionamiento e intercambio que así lo permite.

Para cortar con los determinantes positivistas señalados de considerar a la región como un ente de consistencia propia y separada de todo otro contexto -muy común por otra parte en los estudios de historia regional-, se intentará hacer referencia constante a las relaciones y efectos que caracterizan a la formación social regional y su evolución histórica, haciendo especial hincapié en la explicación de las actividades económicas dominantes como expresión de la relación del hombre con el espacio, para tratar, como dice Joan Eugenio Sánchez, de apoyarnos "en el ligamen dialéctico entre espacio-tiempo y hombre" (SANCHEZ, 1981, 150). Ello supone pensar el espacio como globalizante y al asentamiento humano como resultante de un proceso de relación del hombre con el espacio que implica el desarrollo de las fuerzas productivas para generar excedentes y el surgimiento de relaciones de poder estrechamente relacionadas a la forma en que se produce la apropiación o aprovechamiento de los mismos (Ibidem, 24, 25).

Para alcanzar este objetivo se intentará reconstruir el funcionamiento de las actividades productivas a modo de subsistemas sociales, centrándose el esfuerzo en la identificación de los actores intervinientes y el rol de los mismos en el proceso productivo que intentará descubrirse, en especial, a

través de los mecanismos de comercialización de cada actividad, desde la apropiación del recurso (producción) hasta su destino final, para definir en el análisis histórico las estructuras dominantes dentro del espacio regional⁽¹⁾. Para eso se desarrollará en el tiempo la forma en que se organizan espacialmente las actividades más significativas de la región, lo cual implica considerar en ambas dimensiones (tiempo y espacio) los cambios y/o supervivencias en el uso de los recursos, en sus formas tecnológicas y en el proceso de producción, transformación, comercialización y consumo final o, lo que es lo mismo, en cada uno de los eslabonamientos del subsistema en que cada actividad productiva está inserta.

En este sentido, la región en estudio se caracteriza por pocas actividades alrededor de las cuales se desarrolló la organización social. Cabe advertir que entre los actores sociales vinculados a cada una de ellas se dan relaciones directas de acumulación donde normalmente la condición de rentabilidad de algunas empresas es la baja rentabilidad y/o la descapitalización de otras. El comportamiento de las empresas tratará de verse en relación a estos mecanismos para explicar su rol en el proceso productivo y relaciones de poder emergentes. Esto a su vez se reflejará en la modalidad de los asentamientos humanos y en la conformación de centros que es el lugar donde se visualizan y localizan las relaciones sociales de producción. Atento a la dificultad que existe para la reconstrucción histórica de estos mecanismos el esfuerzo se centrará en la identificación de los actores sociales y el rol de los mismos en el proceso productivo, razón por la

cual se brindará una especial atención al proceso de comercialización de cada actividad.

Partiendo del análisis en los términos descriptos de las distintas actividades productivas, entendemos que podrá encontrarse el punto de partida de las relaciones de causalidad que explicarán la mayor parte de los fenómenos socioeconómicos que se manifiestan actualmente en la región.

La idea inicial era comenzar este estudio por actividades a partir de la ocupación militar del espacio porque entendíamos que las prácticas nómades de los primitivos pueblos aborígenes que habitaron el Neuquén -habitualmente definidos como recolectores y cazadores, con una economía depredatoria basada casi exclusivamente en la actividad malonera- habían impedido la conformación de asentamientos fijos y estables que modificaran el estado natural del mismo. Pero al estudiar las actividades en etapas posteriores se descubrió en la larga duración la perdurabilidad de modalidades en el uso de los recursos y en cierto tipo de relaciones, así como la persistencia del espacio social integrado alrededor de la Cordillera de los Andes, como formas heredadas de esas primeras sociedades indígenas. Ello llevó a profundizar la temática y a reelaborar la idea inicial respecto a la organización económica de estos pueblos en tanto pareció posible definir asentamientos de relativa estabilidad a través de la existencia de rebaños y corrales, la práctica de la trashumancia, la presencia de actividades agrícolas que incluían el riego por medio de acequias y otras manifestaciones que aparecen como comunes a los grupos indígenas que habitaron toda la zona cordillerana y

antecordillerana del oeste neuquino al momento de producirse la conquista militar. A partir de esta reelaboración de ideas planteamos entonces que las modalidades de la formación social indígena regional en la etapa inmediatamente previa a la conquista militar del espacio, se caracterizó por la ocupación del mismo con una actividad agrícola-ganadera determinante de un espacio organizado socialmente alrededor de la Cordillera de los Andes, siendo la ganadería el elemento base de un activo intercambio comercial con Chile y actuando el cordón cordillerano como eje vertebrador de un espacio socioeconómicamente integrado. La zona Oeste del territorio neuquino aparecía ya funcionando en esta etapa como región de centros del sur chileno (Chillán, Angol, Antuco) e hinterland de los principales puertos sobre el Pacífico a esa latitud (Valdivia y Concepción). Las fuentes consultadas destacan asimismo la presencia de asentamientos importantes como es el caso de Malbarco, en el extremo noroeste del territorio neuquino, que superaba hacia 1879 los 600 habitantes entre indígenas y hacendados chilenos que arrendaban tierras para el engorde de ganado a los caciques comarcanos (OLASCOAGA, M.J., 1974, 78-368-369).

Cabe tener presente estas características para reconocer en el estudio puntual de las actividades la persistencia de cierto tipo de relaciones en etapas posteriores, así como la perdurabilidad de las formas de uso de los recursos y del espacio social que toma como eje la Cordillera de los Andes, como modalidades de la sociedad indígena que no se acaban con la mera ocupación blanca del espacio.

Las actividades económicas y la organización social a partir de la ocupación militar del espacio: presentación general

Esta presentación general de carácter introductorio, tiene como única finalidad brindar al lector una síntesis globalizadora de la evolución temporal de las distintas actividades productivas y su ubicación en el espacio regional, así como su incidencia en el proceso de poblamiento. Ello servirá de marco de referencia para el análisis puntual de las mismas y de los actores sociales involucrados.

La ocupación militar entre los años 1879/85 y la subsiguiente etapa jurídico-administrativa y reparto originario de tierras provocó la ruptura de la antigua organización socioeconómica indígena al imponer la propiedad privada de los medios de producción y modificar las relaciones sociales imperantes. Con la expropiación de las poblaciones indígenas se puso en marcha la primera ocupación blanca efectiva del territorio neuquino en relación con la puesta en valor capitalista del recurso tierra.

Este proceso inicial de reparto y apropiación privada del suelo tuvo distinto peso en lo que hace a la ocupación real de las referidas áreas del espacio regional: en tanto la zona este (Departamento Confluencia) permaneció prácticamente despoblada hasta comienzos de este siglo⁽²⁾; el interior neuquino, en especial la zona centro-oeste y noroeste, comenzó a organizarse espacialmente en torno a un asentamiento que fuera base del esquema inicial de seguridad militar (Fuerte IV División) y posterior capital del territorio en 1887 (Chos Malal) hasta que el rol político-administrativo

se trasladó al vértice este, en la confluencia de los ríos Limay y Neuquén, en 1904.

En sus inicios, esta etapa coincidió con la ocupación estratégico-militar del territorio donde el "fortín" adquiere la forma de elemento espacial característico. Se trata de asentamientos humanos muy simples sin base económica consistente, pero sus ubicaciones privilegiadas con relación a la disponibilidad de los recursos más abundantes (tierra y agua), impulsaron con bastante frecuencia el carácter dual de sus ocupantes (soldado-productor directo). Los primeros asientos de la capital (Codihue y Ñorquín) fueron bases militares, y las más antiguas poblaciones del Neuquén se levantaron sobre la base de fortines que respondieron a un propósito defensivo de la frontera, convirtiéndose luego en centros de servicios de la población rural circundante. Así surgieron Junín de los Andes (1883); Chos Malal (1887); Las Lajas (1897); San Martín de los Andes (1898).

El origen de los pobladores coincidió con las tres vías de penetración más importantes: la del norte (mendocina) y la del este (bonaerense) que acompañando las tropas expedicionarias se localizaron en la parte septentrional del territorio y entre los ríos Agrio y Limay, respectivamente; y la del oeste, ampliamente mayoritaria, proveniente de Chile⁽³⁾. Esta última fue la más importante y no hizo otra cosa que profundizar una costumbre consuetudinaria de trasponer permanentemente la cordillera. Estas corrientes de población desarrollaron en la región actividades similares a las de su lugar de origen. Así, los mendocinos establecidos en Chos Malal construyeron canales de riego y acequias pa-

ra cultivar vid y frutales en el valle del Curileuvú. Del resto, la gran mayoría ocupó tierras fiscales dedicándose a la producción ganadera en unidades domésticas, practicando la trashumancia y conformando asentamientos dispersos que poco a poco darán la primera imagen de la organización espacial. Se trataba de una estructuración esencialmente débil, con epicentro en el noroeste neuquino y área cordillerana, basada casi exclusivamente en la práctica de la ganadería extensiva y la minería extractiva (en especial oro) como actividades predominantes y una integración con Chile muy marcada, ambas supervivientes de las modalidades socioeconómicas de los primitivos habitantes del territorio.

Estas primeras actividades económicas se concentraron a lo largo de la cordillera, fundamentalmente en la zona centro-oeste y noroeste del territorio, apareciendo ésta última como hegemónica en la organización social del espacio en las etapas iniciales de su desarrollo histórico, en un proceso condicionado por diversos factores pero, fundamentalmente, por la existencia de actividades económicas, particularmente ganaderas, y asentamientos sedentarios y/o cuasi-sedentarios previos a la ocupación militar del espacio, así como la presencia de una infraestructura en caminos también heredada de la sociedad indígena para vincularse con el mercado demandante (Chile) a bajo costo de transporte (arreas de mulas y haciendas por los pasos cordilleranos poco accidentados y desprovistos de bosques en ese sector del territorio). Ello determinaría la mayor organización social del área en cuestión en las primeras etapas históricas neuquinas y

la consecuente ubicación de la primera capital estable del territorio -Chos Malal- en un punto estratégico ya privilegiado por los indígenas como nudo de circulación y tránsito.

Posteriormente, sobre principios del siglo actual, luego de completada la ocupación militar del espacio -Campaña a los Andes y al Nahuel Huapi mediante- se extendería la organización social del territorio a la zona sur y, por lo consiguiente, a toda el área Cordillerana y Antecordillerana del Neuquén, donde perdurarían hasta las décadas de 1930-40 formas relictuales de organización socioeconómica heredadas, particularmente el funcionamiento del área como parte de la región de las ciudades y puertos chilenos.

El definitivo cierre de la frontera comercial con Chile en esos años será el determinante estructural del cambio económico que alterará los flujos de circulación tradicionales con serias consecuencias sociales para el interior del territorio, que derivaron en las últimas tres décadas en un acentuado proceso de despoblamiento rural en beneficio del área Este del mismo -Departamento Confluencia- que hoy concentra en un claro fenómeno de macrocefalia regional, más del 60% de la población y del 80% de la actividad económica.

La llegada del Ferrocarril Sud a la "Confluencia" (1902) y su posterior extensión a Zapala (1913) fue un factor coyuntural determinante de la pérdida de posición política de Chos Malal, provocando el traslado de la capital al vértice este del territorio (Neuquén) en 1904. Sin embargo, no actuaría como elemento disruptor del subsistema económico integrado con

Chile que señalamos. Fue éste un factor importante que vinculado al desarrollo de otras actividades productivas (agricultura intensiva bajo riego y explotación de yacimientos petrolíferos) produjo cambios en el ordenamiento espacial y actuó como factor de localización de población en las áreas de meseta y en los valles inferiores de los ríos Neuquén y Limay a partir de comienzos de siglo, pero no incidió en forma definitiva sobre la organización económica de la región cordillerana y antecordillerana sino hasta el definitivo cierre de la frontera comercial con Chile. Podrá verse esta cuestión en el tratamiento exhaustivo de la actividad ganadera dominante, que inicia este estudio, en especial en el punto referido a los mecanismos de comercialización.

La ganadería regional

La ganadería fue la actividad predominante y ostentó en el proceso histórico neuquino la máxima figuración funcional y comercial, siendo aquella que orientó el proceso de apropiación inicial de la tierra transformándose en la base de todo el andamiaje circulatorio del conjunto regional. En sus inicios, aparece claramente identificada con la ganadería indígena, conservando sus características marcadamente extensivas y vocación exportadora vinculada a la demanda chilena. En la actualidad, a esta actividad se destina el 73% de la superficie provincial lo cual también amerita privilegiar su tratamiento.

Al analizar la evolución del sector agropecuario observamos que en los últimos años ha disminuido su peso en la composición del Producto Bruto Pro-

vincial. En 1960 significó el 14%, en 1970 el 6% y en 1980 el 4%. También ha disminuido notoriamente la participación de ese sector en el total de la PEA, pasando del 26.2% en 1960 al 12.5% en 1980, si bien ha crecido en términos generales a un ritmo muy lento (3.9% anual). No obstante en cifras absolutas, la población ocupada en el sector es muy importante (casi 11.000 personas en 1980) lo que contrasta con su poca significatividad en el Producto Bruto Provincial y da idea de las condiciones socioeconómicas mayoritarias en que se desenvuelve. Dentro del subsector ganadero del PBI se destaca la ganadería vacuna que ocupa casi la mitad del mismo en 1980, mientras que en número de cabezas sólo significa el 7%, en tanto que la ovina representa el 23% y la caprina el 70%. Cabe entonces analizar las causas de la situación descripta y su incidencia en el proceso de poblamiento de gran parte de la superficie del interior provincial, tema que nos ocupará a continuación.

El entrar de lleno en una de las actividades predominantes en el espacio regional nos exige además intentar una periodización y explicitar una serie de hipótesis derivadas que en calidad de ideas exploratorias se detallan a continuación:

- a. El corrimiento ovino que luego de la campaña militar de 1879 incorporó a la Patagonia al sistema nacional afectó sólo a los territorios con litoral atlántico no extendiéndose a Neuquén, donde perduraron formas relictuales de organización socioeconómica heredadas de la etapa anterior;
- b. Por ello la organización social del espacio ganadero con posteriori-

dad a 1879 se dió en las mismas áreas -Cordillerana y Antecordillerana- que anteriormente ocuparan los grupos indígenas, aquella que reconocía antecedentes previos de la actividad y que funcionaba como región de centros chilenos. El límite fronterizo (argentino-chileno) impuesto a la región no afectó tal funcionamiento ni la expresión espacial de la actividad;

- c. La etapa 1879-1930, donde estas formas organizativas se mantuvieron intactas, puede considerarse como la más representativa de la ganadería regional, destacándose dos subperíodos: 1879-1900 donde el centro hegemónico de la actividad se ubicó en el noroeste y centro-oeste neuquino y 1900-1930 donde se extendió el resto del área y se determinó la especificidad del sur del territorio;
- d. La interrupción definitiva del comercio libre con Chile por las medidas aduaneras que ambos países fronterizos -primero Chile y luego Argentina- tomaron durante las décadas de 1930 y 1940 fueron, al destruir las principales relaciones comerciales que definían la organización social y su expresión espacial, los determinantes estructurales de la crisis de la actividad que se profundizaría en años posteriores;
- e. Los actores sociales relacionados con la actividad tendrán frente a la crisis distintas alternativas directamente relacionadas con sus posibilidades de acumulación y consecuente peso en las relaciones de poder a nivel regional;
- f. La crisis de la actividad ganadera provocará, a partir de la década de

1950, fenómenos de despoblamiento de las áreas rurales y consecuente incremento de centros de población aglomerada en el interior provincial, contribuyendo a la concentración urbana en la zona de Confluencia y al proceso de macrocefalia económica y demográfica que afecta actualmente al espacio regional.

Se describirán a continuación para la etapa de auge de la ganadería regional (1879-1930) las modalidades de apropiación y uso de los recursos y del comportamiento de los actores sociales relacionados. Asimismo, los mecanismos de generación y acumulación de excedentes se visualizarán a través de las formas de comercialización de la actividad. Todo ello dará lugar a diversas manifestaciones de poder que serán vistas como emergentes de las estructuras estudiadas. Finalmente, se intentará caracterizar la organización territorial en cada etapa y las modalidades de asentamiento derivadas de la ganadería.

El auge del ciclo ganadero regional (1879-1930)

La Patagonia aparecía hacia fines del siglo pasado integrándose al sistema nacional a través de la captación de ganado avino productor de lana, excedentario de la llanura pampeana por el auge de los cereales y la valorización de la carne por la incorporación del frigorífico. Este proceso que en términos generales suele extenderse en los análisis históricos al conjunto de los territorios patagónicos no parece afectar a Neuquén que funcionó, según intentaremos demostrar,

como un espacio desvinculado del mercado nacional y totalmente integrado con Chile. Características físicas e histórico-sociales posibilitaron que tradicionalmente y desde épocas muy remotas el territorio funcionase como parte de la región económica del sistema urbano chileno. Cabe recordar al respecto las características de la estructura económica dominante en Chile. Nos interesa destacar la importante gravitación de la agricultura durante la segunda mitad del siglo pasado en una expansión favorecida por los descubrimientos de oro en California y Australia y por una continua y creciente demanda de los países europeos (en especial Inglaterra). En las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XIX la producción agrícola chilena llegó a cuadruplicarse siendo, junto con el cobre, uno de los rubros de exportación más favorecidos. Valparaíso se convirtió en la plaza portuaria más importante del Pacífico Sur ⁽⁴⁾.

La expansión agrícola mencionada adquirió en el caso que nos ocupa especial significatividad en tanto estuvo directamente relacionada a las características de monoproducción cerealera que reflejaban las provincias del sur chileno hacia los mismos años. Por tal motivo, es dable inferir la importancia que para el mercado trasandino tenía la obtención de carne - en especial vacuna - sin afectar sus propios recursos, ya sea como complemento alimentario de su mercado interno, como para cubrir -vía sus propios puertos- las demandas de sebo, cuero y tasajo de otros países sudamericanos con costas sobre el Pacífico, como Perú y Ecuador. Según Vicuña Mackena, citado por Assadourian (ASSADOURIAN, 1982, 57), el si-

glo XVII había sido en Chile el "siglo del sebo" y la ciudad de Concepción -téngase en cuenta su proximidad con el territorio neuquino- concentraba la producción masiva de ese producto con destino a los mercados del Pacífico. Luego, la especialización cerealera mencionada había provocado la expansión de la frontera agrícola del valle central chileno hacia el sur aumentando consecuentemente los requerimientos de carne y derivados para consumo y exportación. Grandes cantidades de ganado en pie (de buen peso y escasa calidad) eran demandadas como materia prima para actividades de transformación (curtiembres, graserías, fábricas de jabón, saladeros) cuyo peso y posibilidades de colocación eran importantes en la época. Tal importancia se reafirma por el hecho de que fuertes hacendados chilenos se preocuparan por invertir en grandes extensiones de tierras en Neuquén. Tal es el caso, por ejemplo, de la Sociedad Comercial y Ganadera de Chile y Argentina de capitales mayoritariamente chilenos, propietaria de tierras hacia principios de siglo en ambos lados de la Cordillera. Cabe destacar que esta forma social de producción era muy común en la región. Grandes productores chilenos desahogaban de esa forma sus campos en el sur de Chile, de limitadas posibilidades para crianza de ganado mayor y aptos para la agricultura ⁽⁵⁾.

Las condiciones descriptas de la economía chilena permiten inferir la especial gravitación regional de la ganadería neuquina hacia 1879, periférica en lo nacional pero muy demandada en ultracordillera, acorde con el funcionamiento previo de la actividad.

A estos condicionantes histórico-sociales cabe agregar características físicas de singular importancia que hacían del territorio neuquino, por su ubicación al Este de la Cordillera de los Andes, un lugar dotado de excelentes condiciones para satisfacer tal demanda. Nos referimos particularmente a sus mejores aptitudes ecológicas: bosques menos densos, pasturas naturales adecuadas para alimentación del ganado, valles transversales que facilitan el tránsito de un lado a otro de la cordillera. Chile, en cambio, posee en igual latitud áreas muy boscosas poco aptas para ganadería con la sola excepción de los valles que ya estaban ocupados, según vimos, por la agricultura.

Podemos afirmar entonces que, en un momento en que las principales regiones productoras argentinas apuraban el proceso de refinamiento de razas carniceras con destino al frigorífico y, vía la exportación, al mercado europeo del Atlántico, Neuquén producía ganado para la especial demanda de los centros del Pacífico. Esta situación se vio asimismo favorecida sobre el comienzo de la etapa que nos ocupa por el hecho de que Mendoza, tradicional proveedora de ganado a Chile, incrementase en la misma época su producción vitivinícola transformando sus potreros alfalfados en campos de vides.

Para corroborar lo antedicho, obsérvense los Cuadros Nos. 1 y 2 insertos más adelante. Se verá que en los territorios patagónicos con litoral atlántico el incremento del ganado ovino fue sustancialmente importante hacia principios del siglo, en tanto en Neuquén las cifras eran poco representativas y reflejaban en términos generales una marcada estabilidad. Enten-

demos que esto se debió en especial a las limitadas posibilidades de colocación de la producción ovina (lana casi exclusivamente) en el mercado de la zona sur de Chile, acorde con la estructura económica dominante que describimos. En principio, podemos entonces inferir que la generalizada especialización ovina con destino al mercado europeo que se atribuye a Patagonia no incluyó al territorio que nos ocupa.

El bovino, en cambio, aunque muy poco significativo a nivel de existencias totales del país, aparecía desde los primeros relevamientos censales con un peso importante a nivel regional en tanto registraba la mayor cantidad de cabezas con respecto al resto de Patagonia (Ver Cuadros Nos. 3 y 4). Ello también se explica en función del mercado chileno demandante de ganado en pie para consumo y exportación a otros puertos del Pacífico y como materia prima indispensable para actividades de transformación ⁽⁶⁾. Nos referimos particularmente, según se vió, a la industria del saladero, curtiembres, y a la fabricación de sebo y otros derivados como el jabón. Por ello fue el ganado de tipo "criollo" el predominante absoluto en los primeros registros censales, como más adelante se comprobará.

Por otra parte, con referencia al caprino, Neuquén ocupó históricamente el primer lugar en cuanto a producción real se refiere dentro del total patagónico (Ver Cuadros Nos. 5 y 6). Pero esta posición relevante no significó un crecimiento económico del territorio por las condiciones de marginalidad socioeconómica en que se desenvolvió la actividad y cuyas concretas posibilidades de acumulación analizaremos oportunamente.

La etapa 1879-1930 que a continuación se desarrollará, entendemos puede caracterizarse como la de mayor auge del ciclo ganadero regional pues es aquella en donde el funcionamiento de la actividad estuvo más fuertemente ligado a la demanda de centros y puertos chilenos, especialmente favorecida por las franquicias comerciales entre ambos países.

Asimismo, se intentará demostrar la mayor organización social del área noroeste y centro-oeste del territorio en relación con la actividad ganadera -dominante en la economía regional- hasta fines de siglo y la determinación de la especificidad de la zona sur desde la misma fecha en adelante. Esta última característica será más notable, según se verá, en la aparición y desarrollo de nuevos actores sociales de mayor peso económico.

La distribución de la población ganadera

El subperíodo 1879-1900

En este primer subperíodo un sólo censo nacional, el del año 1895 -primero que por otra parte abarca al territorio neuquino-, permite conocer las características generales de la localización de las existencias ganaderas en las distintas zonas del territorio e inferir su peso sobre el área en estudio.

En el mencionado recuento censal (Ver Cuadro No.7) se visualiza claramente la mayor concentración de la población ganadera (vacuna, ovina y caprina) en los entonces llamados Departamentos 1o. y 2o. que suma-

dos concentraban respectivamente el 54.9% de las existencias vacunas, el 58.2% de las ovinas y el 50.7% de las caprinas.

Al sur del río Agrio (Departamento 4o., Zona Sudoeste) las existencias ganaderas reflejaban menor peso en esos primeros años pero igualmente significativo si se considera el resto del territorio. El área Este (Departamento 3o.) aparecía con cifras insignificantes en los tres rubros ganaderos, en tanto que el Sudeste (Departamento 5o.) estaba fundamentalmente poblado por caprinos (40.6% con respecto al total del territorio). Esto último estaría indicando, tal cual se verá en el tratamiento de los actores sociales relacionados con la actividad, la presencia de pequeños ganaderos caprinos en la zona sur del territorio hasta aproximadamente principios del siglo actual en que serán desalojados por los grandes productores a medida que avance el proceso de privatización del área.

Pero, en principio, los datos cuantitativos mencionados estarían indicando la posición hegemónica hasta fines del siglo de las zonas centro-oeste y noroeste con relación a la mayor ubicación territorial de las poblaciones ganaderas. Esto a su vez se relacionará con el lugar de asentamiento de los actores sociales involucrados en la actividad y estará directamente vinculado con la demanda de bienes ganaderos y consecuentes modalidades de comercialización, tal como oportunamente comprobaremos. De todas maneras, cabe adelantar la fuerte relación existente entre la localización de población ganadera en un área determinada del territorio y la mayor organización social de ese mismo espacio. La relación es lógica si

se recuerda que fue la ganadería la actividad económica dominante durante gran parte del proceso histórico neuquino, por ende, los asentamientos humanos vinculados con ella serán también determinantes en la primera organización social del territorio. Al respecto cabe acotar que hacia los mismos años, también la zona noroeste registraba el mayor peso demográfico concentrando en los Departamentos 1o. y 2o., según el censo de 1895, el 62.3% de la población total del territorio⁽⁷⁾.

Para entender esta especial característica de ocupación muy localizada, es fundamental tener en cuenta una serie de condicionantes previos a la ocupación militar del espacio que ya hemos señalado. Nos referimos en especial a la existencia previa de la actividad, a su funcionamiento como parte de la región del sistema urbano chileno y a la presencia de asentamientos sedentarios y/o cuasi-sedentarios en el área vinculados con la ganadería -recuérdese el mencionado asentamiento de Malbarco-.

Además, la región noroeste poseía una infraestructura en caminos también heredada de la sociedad indígena que facilitó la perduración del "modus vivendi" propio de esa sociedad. Esta zona había sido antiguamente el centro de las rastrilladas indias que cruzando el norte del territorio neuquino se introducían en Chile⁽⁸⁾. Un número importante de pasos cordilleros permitía un rápido acceso al país trasandino facilitado por la mayor accesibilidad de la cordillera en ese sector de Neuquén, menos accidentado y carente de bosques en la zona de cruce.

Todo lo dicho sustenta la lógica ocupación primera del área centro-oeste

y noroeste del Neuquén, según venimos sosteniendo. Asimismo, permite comprender los motivos por los cuales se eligió justamente esa región para instalar la primera capital estable del territorio, Chos Malal, en un lugar geográfico privilegiado ya por los indígenas como nudo de circulación y tránsito. Se entiende así el criterio de seguridad y defensa militar que signó esta fundación en un momento en que se temía un enfrentamiento bélico con Chile (recuérdense las tensas relaciones argentino-chilenas hacia fines de siglo).

El subperíodo 1900-1930

Consideramos que es alrededor de principios del siglo actual cuando se inicia la ampliación de la organización social en relación a la actividad ganadera hacia la totalidad del territorio, en especial el área Cordillerana y Antecordillerana por sus mejores condiciones fisiográficas, definiéndose a lo largo del subperíodo la destacable especificidad de la zona sur. Ello estaría directamente relacionado con la conformación de establecimientos ganaderos importantes con los cuales se completaría la ocupación efectiva del área y puesta en producción capitalista de las tierras del sur del territorio privatizadas por el Estado Nacional con posterioridad a las conquistas militares de 1881-83 y 85. Estos establecimientos privados ocuparían las tierras de mejor calidad y aptitud ganadera del Neuquén, desalojando a los pequeños productores caprinos asentados espontáneamente en la zona. La gradual y continuada puesta en producción de las tierras meridionales a partir de principios de siglo,

según se sostiene, y acorde con la escala de producción de las superficies privatizadas, provocaría consecuentemente el incremento importante de las existencias ganaderas, en especial vacunas y ovinas, tal y como lo demuestran los sucesivos registros censales.

El censo ganadero de 1908 no permite confirmar lo antedicho en razón de no especificar para los Territorios Nacionales las existencias departamentales de población ganadera. Pero sí lo hace el del año 1914 donde la predominancia de la actividad en la zona sur era ya evidente (Ver Cuadro 8). En vacunos, por ejemplo, el 44% de las existencias totales se concentraba en los entonces denominados Departamentos Aluminé y Los Lagos -Área Cordillerana al sur del río Agrio-. Si a ello se suman las cifras registradas por los Departamentos Norquín y Las Lajas, más del 68% de las existencias vacunas estaban localizadas en el centro-oeste y sudoeste del territorio. Guarismos menos significativos reflejaban, en cambio, las otras áreas.

El censo de 1920 repite tales características (Ver Cuadro 9). Los Departamentos Huiliches y Alumine concentraban más del 30% de las existencias vacunas a nivel territorial, seguidos por Norquín y Los Lagos. Era evidente la predominancia bovina en la zona cordillerana -en especial sudoeste-, ampliándose en la década posterior a los Departamentos Lácar, Picunches y, en menor medida, Loncopué (Área Cordillerana). Hacia 1930, entonces, se encontraba ya definido el uso del suelo con respecto a la ganadería bovina.

En ovinos, resultaba clara ya hacia 1914 la predominancia de la zona su-

deste (Departamentos Collón Curá 31.1% y Limay Centro -correspondía en gran parte al actual Catán Lil- 16.8%). También la zona centro-oeste (ej. Norquín 7.5%) y sudoeste (ej. Lácar 7.9%) estaría implicando, hacia 1914, la existencia mayoritaria de ganadería mixta (vacuna-ovina) en toda el área Cordillerana y Antecordillerana, pero con una definición más clara con respecto al subperíodo anterior en las zonas del centro-oeste, sudoeste y sudeste del territorio. En el censo de 1930 (Ver Cuadro 10) Huiliches y Loncopué aparecían como importantes productores ovinos (14.6% y 21.8% respectivamente) aunque también vacunos según se mencionó, lo cual sigue siendo demostrativo de la predominancia conjunta en el área, hacia esos años, de ambos rubros ganaderos. La zona noroeste, en cambio, ha perdido la posición que la caracterizara en el anterior subperíodo. Se corrobora así que las áreas con predominancia ovina-vacuna se encontraban claramente definidas en la etapa que nos ocupa.

Con referencia al caprino (Ver Cuadro 11), parece evidenciarse una zona predominante que con características de ancha lonja central se extiende de norte a sur del territorio con clara tendencia a prolongarse hacia el este y disminuir progresiva y gradualmente en la zona sur. Al respecto, resulta llamativo que ya en 1914 los Departamentos que aparecían con mayores existencias vacunas (como Los Lagos 33%) u ovinas (como Collón Curá 31.1%) registraban mínimas cantidades de caprinos (3% y 4.6%, respectivamente, con respecto al total del territorio). Esto estaría indicando desde fechas muy tempranas la disminución del caprino en ciertas zonas

del área sur, justamente en aquellas tierras que desde principios de siglo incrementaron su privatización. Ello permitiría inferir una temprana erradicación caprina en tierras de propiedad particular, seguramente -sin riesgo a equivocarnos- por la lógica mayor rentabilidad que significaba la colocación en Chile de carne vacuna y lana ovina en la escala de producción de estas empresas. Esto aparecerá directamente vinculado, como luego veremos en el tratamiento de los mecanismos de comercialización, a las posibilidades de acumulación de los grandes productores del área sur del territorio. De todas maneras, queda claro en este apartado la definición de la especificidad de esa zona en el subperíodo que nos ocupa⁽⁹⁾.

Esta situación también se correspondería en el mismo subperíodo con la extensión del área ganadera hacia el Este neuquino en directa vinculación al incremento del caprino en tierras que seguían siendo fiscales (por ej., en 1930, incremento caprino en Departamentos Picunches, Pehuenches, Añelo, Zapala y Catán Lil). Entendemos que tal proceso se relaciona, no con el mero hecho del status jurídico de propiedad del recurso sino con las posibilidades concretas de acumulación de las empresas productoras de capital fragmentado. Se retomará el tema en el tratamiento de los actores sociales relacionados con la actividad.

En síntesis, entonces, puede destacarse de este subperíodo la ocupación gradual y efectiva de tierras de propiedad particular en el sur del territorio lo cual determinará la especificidad del área en directa relación con el modo de producción y la importancia económica de los nuevos actores so-

ciales. Por otra parte, se amplió hacia el Este del territorio el área ocupada por actores sociales de menores recursos posiblemente por el doble efecto del continuo incremento de las migraciones espontáneas de población, mayoritariamente chilenas, y el desplazamiento de los pequeños crianceros a tierras fiscales. Se definen asimismo áreas de predominancia ganadera mixta vacuna-ovina (centro-oeste y sudoeste) y Departamentos con especialización ovina en el sudeste (Collón Curá y Catán Lil). Esto es fundamental de tenerse en cuenta por cuanto luego de la etapa que nos ocupa se producirá la crisis de la actividad ganadera regional por efectos de la interrupción de los mecanismos tradicionales de comercialización con Chile, a lo cual se unirá la crisis de precios de la producción lanera a nivel internacional lo cual provocará importantes cambios productivos en esas áreas, particularmente un incremento de la bovinización, acorde con la alternativa que admite la escala de producción de las explotaciones del área. Ello habría provocado a partir de 1930 singulares alteraciones en el uso ganadero del suelo.

Formas tecnológicas y actividades de transformación

Según pudo observarse en el transcurso total de la etapa historizada, fue muy escasa la innovación tecnológica operada en la actividad. En general, fueron pocas las mejoras introducidas en las unidades productivas reafirmando el predominio absoluto de las prácticas extensivas en la ganadería regional, fácilmente corroborable en fuentes diversas⁽¹⁰⁾.

Resulta evidente que sólo los grandes productores incorporaron algún tipo de mejoras, lo cual guarda directa relación con el modo de producción vigente en tanto que la posibilidad o no de innovación tecnológica surge de las relaciones de acumulación que se dan a partir de la actividad. Aún así, en las descripciones de época, las grandes estancias aparecían incorporando más elementos de confort que mejoras tendientes a una mayor eficiencia en el uso de los recursos (agua, suelo, vegetación). Ocurre que las grandes superficies, por su extensión, de por sí aseguraban a estas empresas una alta tasa de ganancia sin necesidad de la innovación tecnológica. Esto tendrá además directa relación con el tipo de demanda del mercado consumidor, según veremos más adelante.

Por otra parte, muchos propietarios residentes fuera del territorio -generalmente en la Capital Federal- usaban a los pequeños crianceros como base de la prueba de población que les exigían las leyes de colonización. De esa forma explotaban sus tierras subarrendándolas a modestos pobladores, de escasos recursos -casi siempre indígenas o chilenos-, que introducían unas pocas haciendas de su propiedad, pagaban "talaje" al propietario o se comprometían a efectuar mejoras mínimas (generalmente algún rancho y pequeñas arboledas) que quedaban a "beneficio de la tierra" y con las cuales el propietario justificaba el cumplimiento de las normas jurídicas por las cuales había obtenido la concesión⁽¹¹⁾.

Según se vió, la utilización de alumbros era ínfima y acorde con la orientación exclusivamente extensiva de la producción. Cabe agregar que

aún hoy, dada la gran cantidad de tierras sin mensurar, los límites suelen acordarse entre productores y mantenerse por costumbre a través de las generaciones, sobre todo en las unidades productivas más pequeñas.

Muy poco significativo fue también el cultivo de forrajeras. Por ejemplo, en 1908, los establecimientos ganaderos ocupaban 3.306.959 has. de las cuales únicamente 17.396 se encontraban alfalfadas (0.5%) ⁽¹²⁾. Hacia 1920, sólo se detectaron unos pocos establecimientos importantes con áreas de riego susceptibles de regadío que cultivaban forrajeras. Tal es el caso, por ejemplo, del Ing. Juan I. ALSINA (integrante de la Sociedad Ruibal, sorondo y Cía., ya mencionada, y propietario además de forma independiente) que en su establecimiento "La Verdad" (Departamento Picunches) destinó 800 has. a la plantación de alfalfa con riego por canales. Las fuentes destacan este ejemplo en forma sugerente por lo cual es fácilmente deducible que no se trataba de una práctica usual.

Con respecto a la evolución histórica del refinamiento de razas ganaderas, es este un proceso muy lento en Neuquén. Sostenemos en este sentido que la perdurabilidad en el tiempo del intercambio comercial con Chile -prácticamente exclusivo y excluyente hasta 1930- y el destino mayoritario de tal producción (saladeros, curtiembres, graserías), no imponía mayores exigencias de calidad desalentando por lo consiguiente el mejoramiento racial. Ello explicaría la gran proporción de ganado criollo que, hasta esa fecha, registraron los censos históricos, así como también el desinterés por cercar los campos.

Es así como, en 1895, ninguna de las especies ganaderas alcanzaba el 1% de ejemplares puros en tanto que los criollos representaban el 94.3% de los bovinos, el 67.2% de los ovinos y el 92.8% de los caprinos (Ver Cuadro 7). Los registros censales de 1908, 1914, 1920 y 1930 reiteran tales características. Si bien se evidencia una gradual tendencia hacia la mestización vacuna y ovina, especialmente esta última, la fuerte presencia de los tipos "criollos" (casi el 50% en vacunos, más del 38% en ovinos) estaría indicando hasta 1930 la vigencia casi absoluta de la referida relación entre las características de la demanda y la baja incidencia en el refinamiento de razas ganaderas. Esto fue incluso corroborado por testimonios orales de informantes calificados vinculados de antiguo a la actividad ⁽¹³⁾. La modificación de tales características a partir de 1930 también se correspondería con los cambios operados en las modalidades de comercialización hacia esos mismos años. Hacia mediados de la etapa, ya era evidente -aunque no significativo- el peso de la mayor mestización vacuna y ovina en los Departamentos del área Cordillerana y Antecordillerana del centro-oeste, sudoeste y sudeste del territorio, en directa relación con las posibilidades económicas de las empresas productoras del área.

En cuanto al caprino, prácticamente no existió la pureza racial. En 1895 el porcentaje de criollos era casi total (92.8%), acorde con la marginalidad socioeconómica de los actores sociales relacionados. Por cuanto tales condiciones no se modificaron en toda la etapa, tampoco varió considerablemente la calidad de la producción. La mayoría de los censos posteriores

incluso, no especifican razas caprinas para Neuquén. Sin embargo, según informes de la Dirección Provincial de Agricultura y Ganadería, la raza Angora habría alcanzado una producción importante hacia 1930 "... pero la constante introducción de hatos criollos desde el sur de Mendoza produjo una degradación constante hacia animales de mayor rusticidad, mayoritarios actualmente, donde se observa una disminución en la talla y pérdida en sus cualidades de producción" ⁽¹⁴⁾. Esta situación fue incluso corroborada por informantes calificados en el noroeste del territorio ⁽¹⁵⁾. Sin duda, cambios operados en la comercialización en la etapa inmediatamente posterior a 1930 deben haber sido importantes condicionantes estructurales para los productores caprinos que incrementaron su marginalidad socioeconómica pasando al nivel de estricta subsistencia lo cual les impidió, obviamente, mejorar sus ganados. En coyunturas especialmente desfavorables, sólo las empresas con mayores posibilidades de acumulación tendrán la alternativa del cambio por otros rubros ganaderos más redituables, como efectivamente hicieron las empresas de capital concentrado.

Las actividades de transformación con sede física en Neuquén casi no aparecen en el análisis histórico de la etapa en estudio. Esto implica no olvidar la organización del espacio en función de los centros chilenos porque, indudablemente, las actividades de transformación se hacían al oeste de la cordillera en un claro ejemplo de economías complementarias entre un área de cría -Neuquén- y un área de transformación -Chile-. Ello explicaría por qué sólo se detectaron en la docu-

mentación procesada un saladero y varias queserías, destinado al consumo interno el primero y como una importante exportación a Chile las segundas. Nos referimos al saladero de la Sociedad Ruibal, Sorondo y Cia., ubicado en Ñorquín, que según pudimos inferir procesaba ganado vacuno produciendo tasajo para el consumo local⁽¹⁶⁾. Con respecto a las queserías, parece haber sido una costumbre muy antigua la fabricación rudimentaria de quesos de vaca y quesillos de cabra a nivel de producción familiar en la mayoría de los pequeños y medianos establecimientos ganaderos. Ya OLASCOAGA da cuenta en el año 1884 de la existencia en el territorio de 17 queserías que exportaban a Chile alrededor de 104 Kg. por año⁽¹⁷⁾. También fuentes periódicas informan de una importante exportación de quesos a Chile durante los primeros meses del año 1894⁽¹⁸⁾. Testimonios orales de informantes calificados permitieron también comprobar que la exportación de quesos a Chile fue importante sólo hasta el fin de la etapa historiada. De ello se puede deducir que su disminución a partir de 1930 y cese posterior estaría determinado por los mismos condicionantes estructurales que afectaron en su conjunto la comercialización de toda la actividad ganadera regional.

Actores sociales relevantes detectados

Se hace necesaria a esta altura del trabajo la elaboración de una tipología de los actores sociales más relevantes relacionados con la actividad ganadera según sus respectivas funciones en la formación social regio-

nal, así como distinguir la manera en que aparecieron y se desarrollaron durante el proceso histórico neuquino.

Durante esta etapa el rol del Estado podría caracterizarse por la puesta en valor capitalista del recurso suelo y por la intención de definir el territorio nacional mediante la ocupación militar y el establecimiento de un orden jurídico-administrativo. La consecuente destrucción de la organización indígena llevó aparejada la sustitución de formas precapitalistas por relaciones sociales de producción capitalista que se concretaron a través de la apropiación privada de los medios de producción. A partir de esta realidad surgieron consecuentemente los actores sociales vinculados a la actividad ganadera regional cuya ubicación en el proceso productivo y su capacidad (inferida) de generar y acumular excedentes, estaría definiendo el modo de producción regional dentro del modo de producción dominante.

Nos enfrentamos con un espacio donde evidentemente se desarrollaron y coexistieron distintas relaciones sociales de producción. Reconstruir en el tiempo esas relaciones resulta de por sí una tarea dificultosa si se consideran las inadecuadas características de algunas fuentes -en especial las categorías censales- para distinguir, entre otras, a las empresas productoras (ej. por "tamaño de las explotaciones" categoría que por sí sola no define una tipología social).

Dadas las características de la información utilizada -información histórica que no necesariamente es completa ni suficiente- se elaborará una tipología de carácter rudimentario a los efectos de la comprensión del funcio-

namiento de la formación social regional en sus distintos momentos. La identificación de estos actores y su rol permitirá asimismo entender sus respectivas opciones frente a importantes factores condicionantes que afectaron estructuralmente a la actividad tal como ocurrió en la etapa inmediatamente posterior a 1930.

Para distinguir estos actores sociales se utilizarán, entonces, una serie de variables referidas a la utilización del factor trabajo según se trate de formas familiares o asalariadas, al factor tierra tanto en extensión como en calidad, al status jurídico de propiedad, al grado de utilización tecnológica, a las formas de comercialización, o

"...cualquier otro criterio que permita discernir más claramente las distintas 'racionalidades' o comportamientos de los actores insertos en el proceso histórico de desarrollo de las fuerzas productivas" (BARRERA, C., 1982, 591).

Tomando entonces como base este marco conceptual, se comenzará por distinguir y definir en primer término a las empresas productoras detectadas en relación con la actividad ganadera en la región con posterioridad a la incorporación político-administrativa del territorio al sistema nacional.

En el primer subperíodo analizado (1879-1900) aparece claramente definido como actor social más relevante el pequeño productor ganadero, que utiliza exclusivamente trabajo familiar en pequeñas extensiones de tierra en condiciones de tenencia precaria, con bajo nivel de productividad (generalmente criancero de ganado mixto con predominancia de ganado menor, particularmente caprino), que practica agricultura de autoconsumo

y tiene escasa capacidad de acumulación. Comercializaba históricamente su producción ganadera en forma directa (venta de animales en pie a Chile en la veranada, además de cueros y lana), en tanto que el resto del año entregaba subproductos ganaderos al bolichero local a cambio de artículos de consumo. Evidentemente, las continuas migraciones de población que las fuentes documentales registraban como "chilenos"-pero que no excluían a descendientes de indios y mestizos- que fueron ocupando espontáneamente tierras fiscales y privadas no explotadas por sus propietarios, constituyeron la base mayoritaria de la primera organización social de la región y fueron los actores sociales que en primer término aparecieron con relación a la actividad ganadera, herederos por otra parte del funcionamiento anterior de la actividad. Al respecto cabe acotar que la privatización de tierras con posterioridad a la ocupación militar del espacio no fue especialmente significativa en Neuquén, donde sólo las mejores tierras por sus condiciones productivas (área Cordillerana y Antecordillerana del centro-oeste y sudoeste) pasaron a manos de propietarios privados. Las condiciones de aislamiento y mediterraneidad del territorio o las especiales características del mercado demandante de su producción ganadera no ofrecían particulares atractivos para el capital -aún hoy las tierras públicas ocupan en Neuquén el 50% de su superficie. Ello facilitó el asentamiento espontáneo de población -generalmente chilena- en tierras fiscales y/o privadas no ocupadas por sus propietarios. Estos pequeños productores ganaderos fueron jurídicamente considerados como "simples ocupantes" o

"intrusos" (en clara alusión al nuevo modo de producción). Por otra parte, según se recordará, muchos propietarios y/o arrendatarios residentes fuera del territorio utilizaban a estos crianceros como prueba del cumplimiento de las exigencias legales de población, subarrendándoles sus tierras.

Puede inferirse que, en ambos casos -fiscaleros o arrendatarios-, se trataba de población de subsistencia, posiblemente agricultores en su país de origen, que por razones socioeconómicas heredadas de la etapa anterior migraron a Neuquén donde se dedicaron a la crianza de ganado de diferentes tipos (yeguarizos, algunos pocos vacunos y lanares y muchos caprinos). Este último era el preferido por sus características gregarias y rudimentarias exigencias de manejo que implicaban una ínfima incorporación de otros factores de producción (capital y trabajo) a la vez que permitía la supervivencia del grupo familiar. Los recursos de producción de estos sujetos sociales eran exclusivamente capital fijo vivo (pequeño stock ganadero) y trabajo familiar. Estos pobladores mantuvieron la organización espacial de la actividad practicando la trashumancia por razones productivas -búsqueda de mejores pasturas-; comerciales -regular venta directa de ganado en pie a Chile-; y culturales -práctica heredada de la sociedad indígena-. Esta forma social de producción se ha mantenido en la larga duración por la directa vinculación con la incapacidad de estas unidades domésticas de producción de generar excedentes. Aunque la posibilidad que históricamente marcáramos de vinculación comercial directa con Chile y que luego analizaremos, les permitía una mayor independen-

cia de los niveles intermedios de comercialización a través del acceso al mercado.

Estas pequeñas unidades domésticas de productores ganaderos que según comprobamos también practicaban agricultura de autoconsumo, se asentaron inicialmente en los valles próximos a los cursos de agua a lo largo de toda la zona cordillerana y antecordillerana del Neuquén, en especial aquella que ya había sido base de la organización territorial de la actividad (zonas centro-oeste y noroeste) durante la etapa indígena. A medida que la ocupación de las tierras privatizadas avanzaba en el territorio (Subperíodo 1900-1930), aparece como consecuencia lógica que estos pobladores fueran radicándose en otras áreas, casi siempre marginales en cuanto a condiciones fisiográficas para la ganadería se refiere. Esto se relaciona directamente con la extensión de la actividad hacia el Este del territorio oportunamente visualizada para ese subperíodo y el consecuente incremento de la población caprina.

No se presenta una difusión generalizada del salario como mecanismo de apropiación de plusvalía y ello otorgará al sector de pequeñas unidades ganaderas cierta independencia, al menos hasta 1930 (trabajo familiar-arreos de sus ganados a Chile). En la zona noroeste esto estaría directamente vinculado al hecho de que no aparece en el área con mucha fuerza la apropiación privada de la tierra. De todas maneras y acorde con las características extensivas de la actividad las relaciones de dependencia salariales son menores, encontrándose sólo una pequeña proporción de peones permanentes y transitorios en

los lugares donde se van desarrollando establecimientos ganaderos de mayor magnitud (zona centro-oeste y sudoeste).

En la zona sur, según vimos, las mejores tierras ganaderas del territorio se fueron ocupando paulatinamente por propietarios particulares que definiremos conceptualmente como grandes productores, en tanto que el criancero comenzó a desaparecer como forma independiente entrando en relaciones de dependencia salariales en calidad de peones, o no salariales en calidad de "puesteros" con aparcería de crianza de ganado menor, proceso que según vimos se encontraba sólidamente establecido hacia mediados de la década de 1920. Estos grandes productores ganaderos concentraban importantes extensiones de tierra (más de 10.000 has.), utilizaron trabajo asalariado en forma absoluta, tenían el mejor nivel de productividad y calidad dentro de la región y se organizaron como empresas capitalistas. Concentraron en grandes unidades de producción campos de veranada e invernada y desde muy antiguo conformaron importantes compañías, muchas de ellas administradas desde Buenos Aires, a las que dieron categoría de Sociedades Anónimas para evitar futuras subdivisiones. Se guiaban obviamente por la tasa de beneficio y tenían la mayor capacidad de acumulación a nivel regional. Por ello, podrán modificar sus opciones en momentos especialmente críticos para la actividad como ocurrirá en la etapa posterior a 1930.

En las zonas centro-oeste y noroeste en especial, pudo detectarse una tercera categoría de productores con formas variadas de tenencia de la tierra, con aceptable nivel de productivi-

dad y calidad dentro de la región pero muy inferior al mismo tipo de producción en la zona sur (zona sin duda dominante del sistema ganadero periférico del que es parte integrante). Son empresas capitalistas, que demandan trabajo asalariado en gran proporción del trabajo utilizado pero complementan con trabajo familiar. El tamaño de sus explotaciones puede considerarse mediano (5 a 10.000 has.). Se definirán conceptualmente como medianos productores. Estos productores adoptan características de los otros dos casos, a saber: utilización combinada de trabajo familiar y asalariado, preferencia por tipos de ganado que aseguren mayor rentabilidad (particularmente vacunos y ovinos), incorporación mínima de tecnología, traslado de haciendas a veranadas que están fuera de la explotación, etc. Pueden considerarse localmente como importantes productores por comparación con el predominio de pequeños crianceros ocupantes de tierras fiscales pero, en relación a los ganaderos de la zona sur del territorio sus beneficios son sin duda menores lo cual les obliga, para abaratar costos de producción, a utilizar en gran parte trabajo familiar. Muchos de estos medianos productores se presentan en el proceso histórico como arrendatarios, generalmente de propiedades particulares cuyos dueños no residían en el territorio. De todas maneras, esta forma intermedia de estratificación rural no aparece como la más representativa en la región donde los grandes productores (empresas de capital concentrado) y los pequeños (empresas de capital fragmentado) son sin duda los dos extremos de mayor significatividad. Esto es fácilmente corroborable a través

de las cifras censales y otras fuentes primarias y secundarias.

Lo anteriormente detallado permite una visión global de los actores sociales involucrados en la faz productiva de la actividad ganadera y las características históricas de una organización social regional con claras muestras de debilidad y desintegración, lo cual se evidencia también en la precariedad de medios de comunicación en especial con el área del Atlántico⁽¹⁹⁾. Las formas exclusivamente extensivas de la actividad y las modalidades de comercialización determinaron la escasez de centros de población aglomerada, tal cual veremos más adelante, y provocaron la presencia de una gran mayoría de población diseminada en las áreas rurales del interior del territorio, con especial concentración en las zonas cordilleranas.

No se ha detectado en el análisis histórico de esta primera etapa la presencia de un sólo punto que vincule la producción local con el mercado chileno y que provoque por relaciones comerciales o actividades de transformación de la misma una especial concentración de excedentes. Chos Malal, mientras fue Capital del Territorio, sólo aparece representando el centro político de autoridad máxima pero no alcanza un nivel de centro urbano importante. Esto podría estar indicando, en principio, que la mayor acumulación de excedentes se estaría produciendo en centros chilenos sobre la base de las relaciones comerciales y actividades de transformación que involucraban a toda la región, incluyendo las producciones del área que nos ocupa. Esto facilitará la rápida conformación de otro actor so-

cial relevante detectado perteneciente en este caso al sector mercantil. Se trata del propietario de almacén de ramos generales (vulgarmente "bolichero") disperso en toda el área rural. La satisfacción de necesidades básicas de la población dedicada a la actividad predominante provocó la pronta aparición de estos comerciantes cuya primera manifestación en la región sería la del "mercachifle" ambulante, generalmente de nacionalidad sirio-libanesa y algunos españoles y criollos provenientes de Mendoza, Buenos Aires o La Pampa. Muchos de ellos se casaron en la zona con mujeres criollas o chilenas y se establecieron con almacén de ramos generales en cada uno de los pequeños parajes diseminados en el área rural. Mediante trueque cambiaban a los pequeños y medianos productores bienes de consumo de origen chileno por cueros, lana y pelo que también colocaban en Chile. En 1894, según fuentes oficiales, había 78 "negocios al por menor que introducían mercaderías de Chile"⁽²⁰⁾; en 1901 ya eran 92 además de una serie de comerciantes ambulantes y el número fue creciendo progresivamente a medida que avanzó la etapa en estudio⁽²¹⁾.

Estamos frente a un espacio que en la larga duración aparece con movimientos y cambios sumamente lentos pero de ninguna manera estático en tanto que, como en cualquier proceso histórico, las contradicciones son su fondo permanente. Si bien el crecimiento regional es débil, encierra una serie de desequilibrios de notable supervivencia posterior. Los actores sociales ubicados tendrán casi desde el inicio del proceso histórico neuquino distintas posibilidades de apropiación de excedentes y eso se visualizará

claramente en las formas de comercialización de la producción ganadera tal cual veremos a continuación.

La comercialización

Según se ha dicho, la ganadería fue el sector dominante de las exportaciones neuquinas durante todo el siglo pasado y buena parte del presente, de allí la importancia del tema de la comercialización, sus mecanismos y flujos, porque permite identificar y definir en el análisis histórico las estructuras dominantes dentro del espacio regional, así como los mecanismos originarios de acumulación de capital a través del sistema de circulación de mercancías.

El movimiento general de comercio y transporte era activo y sostenido sólo con Chile, pudiéndose constatar en la primera etapa la presencia de un eje central que la Cordillera de los Andes vertebraba y una mayor circulación de mercancías en la zona centro-oeste y noroeste del territorio. Esto último motivado, como ya adelantáramos, por las características de los pasos fronterizos en ese sector, menos accidentado y sin bosques, así como por la presencia de importantes puertos del lado chileno y centros urbanos donde se realizaban ferias anuales de venta de productos agropecuarios. Si bien, como se dijo, la organización social se mostraba más consistente en esta zona neuquina en sus primeras etapas históricas -lo cual explica la elección de Chos Malal como primera Capital estable del mismo-, la circulación de hombres y bienes era común a todo el espacio fronterizo y hacia 1930 se hallaba extendida a toda el área Cordillerana y Antecordi-

llerana neuquina en sus primeras etapas históricas -lo cual explica la elección de Chos Malal como primera Capital estable del mismo-, la circulación de hombres y bienes era común a todo el espacio fronterizo y hacia 1930 se hallaba extendida a toda el área Cordillerana y Antecordillerana.

El comercio era exclusivamente tributario de las plazas chilenas (Valdivia, Temuco, Victoria, Los Angeles, Chillán, San Carlos, Concepción, etc.) y, en razón de ello, la única moneda circulante era la del país trasandino. Esta situación fue común a toda la etapa y recién alrededor de 1930 parece, según fuentes primarias y secundarias, haberse modificado. Ello estaría directamente vinculado a los cambios producidos en los mecanismos de comercialización a partir de esa misma fecha.

Cualquier alteración en las cuestiones fronterizas tenía, por lo consiguiente, consecuencias muy serias para la región. Cuando la situación de fricción entre nuestro país y Chile se agravaba -como ocurrió hacia fines del siglo- el circulante chileno también desaparecía. En esos casos aumentaba el uso del trueque en especie o la extensión de "vales" por parte de los comerciantes en carácter de cambio a sus clientes⁽²²⁾. Lo mismo ocurría con la instalación de aduanas que, siempre coincidentemente con el recrudecimiento de los conflictos limítrofes con Chile, el Estado argentino instalaba y retiraba luego volviendo a liberalizar el comercio. En el momento en que se regulaba el control aduanero los efectos eran inmediatos a nivel regional e involucraban a todo el espacio. Asimismo, cualquier modificación en la economía chilena se transmitía inmediatamente a la región.

En el país trasandino se colocaban animales en pié, lanas, pelo, cuero, sal, grasa, quesos y algunas plumas de avestruz en un circuito comercial que ofrecía, hasta donde hemos podido ver en fuentes primarias y secundarias, las siguientes variantes: a través de agentes comerciales chilenos que periódicamente visitaban puntos estratégicos de la región y compraban "in situ" la producción (ARZEBASTIDAS, 1953); mediante arreos de los productores hasta los principales mercados chilenos, en especial hacia la feria agropecuaria que anualmente se realizaba en Chillán (LAFONTAINE, 1968), o la Sociedad de Abasto de la ciudad de Concepción (A.H.P., Periódico "Neuquén", 1/4/1894); en acuerdos comerciales realizados en hitos fronterizos donde los productores aprovechaban a colocar hacia fines de la temporada estival la hacienda engordada en las veranadas (CARRASCO, 1902); en fiestas típicas de la región, como por ejemplo la "Fiesta de San Sebastián" realizada anualmente el día 20 de enero de Las Ovejas -Departamento Minas-, donde se concentraban productores locales y compradores chilenos. (Entrevistas a informantes calificados del noroeste neuquino).

Si bien la mayor acumulación de excedentes parece producirse en Chile y no en la región, la situación de los ganaderos locales en la época -que como productores eran dependientes y su tasa de beneficio estaba regulada por los sectores comerciales de Chile- denota que esa dependencia adquiría formas distintas e intensidades diferentes fundamentadas en sus posibilidades de acumulación e inversión y en la apropiación del trabajo excedentario de los grupos so-

ciales subordinados-indios, chilenos, mestizos, etc.-. Es decir, aquellos productores con posibilidades de conducir directamente sus ganados a las ferias chilenas mediante grandes arreos que implicaban necesariamente la contratación de mano de obra, estaban demostrando mejores condiciones económicas que se traducían en su mayor capacidad de negociación y, por lo consiguiente, mejores tasas de ganancia. Los crianceros de ganado menor, en cambio, que vendían directamente en la veranada a los compradores chilenos y que entregaban parte de su producción (lana, cursos, pelo) al "bolichero" a cambio de los artículos de consumo familiar, tenían menor capacidad de negociación y, consecuentemente, menores posibilidades de acumulación. Pero creemos que este último sector productivo de la ganadería neuquina tuvo en estas primeras etapas históricas una ventaja especial que radicaba en la relativa independencia que le otorgaba la posibilidad de intercambio directo con el mercado chileno casi sin intermediación alguna.

Según se mencionó, las relaciones comerciales entre Neuquén y Chile tuvieron un carácter complementario y subordinado entre un área de cría y otra de compra y transformación. Neuquén cubría la insuficiencia de carne y otros derivados ganaderos como materia prima de actividades de transformación (curtiembres, saladeros y graserías) así como lana y pelo caprino a las provincias del sur chileno -con producción en la época casi exclusivamente agrícola-; en tanto que Chile le proveía de los bienes de consumo básicos: vinos, azúcar, cerveza, licores, conservas, fideos, aguardiente, arroz, parafina, velas, jabón,

maderas, artículos de mercería, tienda y papelería, té, café, harina de primera calidad, etc.⁽²³⁾. Resulta significativa la venta en Neuquén de productos de transformación de la materia prima que la misma región le proveía, tal sería el caso por ejemplo, de velas y jabón. La diferencia en fletes era notable con respecto a bienes de consumo que pudiesen eventualmente llegar desde Buenos Aires, Bahía Blanca o norte de Patagonia (en especial General Roca).-

La llegada del Ferrocarril Sud a la Confluencia (1902) y su posterior extensión a Zapala (zona centro) en 1913, suele considerarse como el primer elemento disruptor de este intercambio comercial exclusivo de toda la zona cordillerana con Chile. Sin embargo, no parece haber actuado en forma definitiva sobre el interior del territorio. El dinamismo que de algún modo caracterizó a la región noroeste en sus primeras etapas en relación con su posición política sufrió el impacto de la nueva situación coyuntural -cambio de la Capital a la zona de Confluencia- aunque no modificó los contactos económicos casi excluyentes con Chile que este sector del territorio mantuvo con pocas alteraciones hasta las décadas de 1930-40. La llegada del ferrocarril y la pérdida de posición política del noroeste, no significaron la inmediata vinculación del interior neuquino con los mercados nacionales. En tanto éste conservó su relación comercial con Chile logró mantenerse independiente del proceso de integración con la economía nacional que el avance de las comunicaciones y el surgimiento de otras actividades significó para distintas áreas del territorio, es especial la zona de Confluencia.

Para probar lo antedicho se hacía necesario identificar los flujos de circulación del ganado, tarea muy dificultosa para la investigación histórica por la deficiencia de las fuentes regionales para la reconstrucción cuantitativa. Supuesta la factibilidad de la misma, el otro problema insoslayable consiste en la medición del contrabando. Aún cuando tuviéramos información completa sobre el flujo mercantil legal, sólo alcanzaríamos una aproximación indicativa de las tendencias predominantes, nunca la precisión absoluta de la totalidad de la circulación comercial.

Al respecto cabe recordar que el Código Rural para los Territorios Nacionales dictado en 1894, reglamentó todo lo referente al tránsito y comercialización de ganado, marcas y señales, apartes, mezclas y revisión de hacienda. Los Jueces de Paz otorgaban las guías para controlar la extracción y la Gobernación estaba obligada a llevar un Registro General de Marcas y Señales para el ganado mayor que tendía al completo control de las existencias ganaderas en la zona y su comercialización como forma de eliminar el abigeato (cuatrismo)⁽²⁴⁾. Justamente son las guías, que desde ese año se comenzaron a extender, las únicas fuentes que permitirían la reconstrucción del movimiento de ganado que se realizaba en el territorio dado que el productor, para realizar cualquier movimiento de hacienda (venta o traslado a campos de invierno o veranada), debía cumplir una serie de tramitaciones vinculadas a la documentación del ganado (boleto, seña y marca). Sólo se han localizado en el Archivo Histórico Provincial guías sueltas correspondientes a Juzgados de Paz de distintos Departamentos.

mentos y en años discontinuos. Al no llevarse un registro único, resulta imposible conocer el total de las guías expedidas. Por otra parte, aún cuando pudiésemos medir más exactamente el flujo legal de ganado, ello sólo resultaría una ínfima parte de la totalidad de circulación comercial del territorio por la intensidad de los flujos ilegales. La fijación de muy pocas receptorías obligaba a los productores a recorrer cientos de kilómetros para efectuar los trámites legales mencionados lo cual, obviamente, aumentaba la transgresión. Aunque incompletas y con un alto nivel de subregistro, las guías son las únicas fuentes que nos permitieron una aproximación indicativa al problema de la circulación de ganado. Analizamos a continuación el material disponible a los efectos de acercarnos con una idea generalizada a la cuestión.

En el año 1901 -el Ferrocarril tenía su punta de rieles en Estación Limay, actual Cipolletti (Río Negro)- las guías expedidas por los Juzgados de Paz y Receptorías de Rentas sobre el "movimiento de animales y frutos del Neuquén" hacia distintos destinos, no reflejan traslado alguno de animales en pie hacia Bahía Blanca o Buenos Aires. Los cueros (inclusive vacunos, yeguarizos, ovinos y cabríos) registraban destino mayoritario a Chile en los Departamentos del norte, en tanto que en los Departamentos 4o., 5o., y 6o. (sur y centro) son más significativas las guías expedidas con destino a Bahía Blanca. Respecto a la lana, los Departamentos 1o. y 2o. (noroeste y centro-oeste) indican destino exclusivo a Chile, además de queso, sal y grasa. En el sur, queso y cerda a Chile, lana en mayor cantidad a Bahía Blanca. Resulta evidente la salida ex-

clusiva de ganado en pie con destino al mercado chileno en tanto que lana y cuero de la zona sur parecían orientarse en parte hacia el mercado del Atlántico⁽²⁵⁾.

Según la planilla demostrativa del despacho de guías con destino a Chile entre los años 1916 y 1917 se constata que en animales vacunos en pie el Departamento Huiliches superaba ampliamente a los demás (casi el 50% sobre un total de 20.586 cabezas), le seguían en orden de importancia Loncopué y Lácar demostrando el claro predominio del comercio vacuno hacia Chile en toda la zona cordillerana del centro y sur del territorio, lo cual coincide con la ubicación hacia esa fecha de las existencias predominantemente vacunas oportunamente analizadas. Respecto a los ovinos (44.012 cabezas) y caprinos (14.434 cabezas), los Departamentos del norte y centro-oeste registraban las cantidades más significativas. Los otros productos exportados a Chile mediante guías eran los cueros cabríos y la lana, los primeros (9.938 unidades) salían exclusivamente del noroeste neuquino, en tanto que la lana (125.690 Kg.) se repartía entre Chos Malal, Huiliches y Collón Cuirá. El resto de los Departamentos registraban cantidades muy poco significativas de "frutos del país" con destino a Chile.

Podemos inferir del movimiento que resumiéramos la importante vinculación con Chile que mantenía la totalidad del área cordillerana y antecordillerana hacia 1916 y 1917, lo cual refleja la poca incidencia en la zona de la punta de rieles en Zapala desde el año 1913. A la inversa, buena parte de la zona sudeste y centro estarían comenzando a canalizar parte de su producción (particularmente lana) ha-

cía los puertos de Bahía Blanca y Buenos Aires⁽²⁶⁾. Podría decirse que sólo esta última situación marca los primeros efectos concretos de la incorporación del territorio al mercado argentino en materia de organización económica.

Para corroborar la hipótesis de que las zonas cordillerana y antecordillerana (en especial noroeste) seguían manteniendo una vinculación comercial más importante con Chile que con la zona atlántica a pesar del Ferrocarril, analizamos el movimiento de guías del Juzgado de Paz de Chos Malal durante el año 1919. De ello deducimos que la mayoría de los animales en pie, los cueros y las lanas, se colocaban en Chile durante los meses de noviembre a marzo, en tanto que se interrumpía durante el resto del año. Esto nos permitió visualizar una clara estacionalidad de la comercialización en directa vinculación con los traslados de hacienda a las veranadas. Desde setiembre en adelante, el Departamento Minas (extremo noroeste del territorio) era el destino mayoritario -en algunos meses roza el 100%- de la hacienda en pie que se movía en el área. Si bien no se indica que el destino final fuese Chile, no sería en absoluto riesgoso suponer que este ganado -incluye vacunos, yeguarizos, mulares, lanares, cabríos y también lanas y cueros- se vendía directamente en las veranadas siendo parte del tráfico ilegal cuya presencia y peso en una cordillera de tránsito fluido como la del espacio que nos ocupa fue una constante histórica⁽²⁷⁾.

Llama la atención en esta misma fuente que el único movimiento de haciendas en pie en el noroeste neuquino -además del destinado a Minas-Chile (?)- se producía hacia Contralmirante

Cordero y Cinco Saltos -localidades rionegrinas-, por Los Chihúidos y Añelo. Aunque las cifras en esos casos son mucho menos significativas, esto estaría indicando, además de la persistencia del viejo camino de Añelo ("camino del indio") hacia 1920, que el punto de enlace de la zona noroeste con el Ferrocarril eran estas localidades y no Zapala, al menos en esos años, lo cual resultaría lógico si se consideran las características topográficas del camino entre Chos Malal y Zapala con numerosos cruces de ríos. Esto se corroboró con testimonios orales de productores que sostuvieron que el camino entre ambos puntos recién se habilitó en 1924.

Escasa incidencia parece entonces haber tenido hasta 1930 la extensión del ferrocarril hasta la actual punta de rieles (Zapala) en lo referente a los mecanismos de comercialización de la actividad ganadera. Esto pudo ser corroborado en entrevistas en profundidad con productores de las áreas norte y sur de la Provincia que coincidieron en sostener que el intercambio mayoritario con Chile se mantuvo sin alteraciones importantes hasta las décadas de 1930-1940, interrumpiéndose casi por completo alrededor del año 1946.

Evidentemente, el flujo de bienes entre Neuquén y Chile tuvo validez durante toda la etapa que nos ocupa en relación a la vinculación comercial ganadera de toda el área en estudio. Cabría solamente remarcar, a manera de resumen, las diferentes formas de comercialización detectadas y las consecuentes posibilidades de acumulación de los distintos actores sociales. El gran productor, en tanto actor social que se define en el territorio hacia comien-

zos de siglo y determina la especificidad de la zona sur en el subperíodo 1900-1930, tuvo mejores posibilidades de negociación ya que podía, mediante importantes arreos de hacienda, llegar directamente al mercado demandante (ferias comerciales en centros chilenos), lo cual no implica, obviamente, que desechara las otras formas de comercialización. Los pequeños y medianos productores tuvieron, en cambio, desde el inicio mismo de la etapa la posibilidad mercantil, quizás más acotada, de la venta directa de animales en pie en las veranadas, pero esto les permitió, por otra parte, una relativa independencia de los niveles intermedios de comercialización, situación que se modificaría a partir de la etapa inmediata posterior. Efectivamente, la paralización del comercio con Chile a partir de 1930 y su intensificación en la década del 40, obligó a los pequeños productores a entregar su producción en trueque al comercio local, incrementándose así relaciones precapitalistas de producción que perdurarán hasta la actualidad, lo cual se explica por la lógica interna del sistema en tanto los comerciantes, al entrar en un circuito más amplio donde la cadena de intermediación se amplía, necesitarán la oferta de productores con restringido poder de negociación que les permita mantener un margen de beneficios. Cortada la posibilidad de intercambio directo con Chile que hasta las décadas de 1930-40 tuvo el pequeño productor, estos sectores mercantiles -"bolicheros" propietarios de almacén de ramos generales- se convirtieron en acopiadores de la producción primaria del interior neuquino y primer eslabón a nivel regional de la vasta red de intermediarios que ca-

racteriza a partir de entonces el proceso de comercialización de tales bienes, incrementando en consecuencia, en su carácter de burguesía local, su poder político-particularmente a partir de la provincialización del territorio.

La actividad ganadera y la modalidad de los asentamientos

Luego de los capítulos anteriores donde se desarrolló la evolución histórica de la actividad entre los años 1879 y 1930, se precisan a continuación algunos aspectos referidos a los centros aglomerados que surgieron en relación con la misma. Al respecto, y por las características ya mencionadas de la modalidad extensiva de la actividad y su funcionamiento en relación con la demanda de ciudades y puertos chilenos, sólo se registran escasos centros de población aglomerada dispersos en el área rural neuquina fundamentalmente en las zonas cordillerana y antecordillerana donde la organización social con relación a la actividad mostró en el análisis histórico una mayor evolución.

El censo de Territorios del año 1912 (Cf. Anexo, Cuadro 1) señala la existencia de 8 localidades de las cuales 6 fueron en sus comienzos asentamientos militares (Chos Malal, Junín de los Andes, San Martín de los Andes, Loncopué, Cabo Alarcón y Las Lajas) convirtiéndose luego en centros de servicio del área ganadera circundante. Los dos restantes surgieron, en el caso de Andacollo, por el incentivo ofrecido por la extracción de oro y, en el caso de Neuquén -antiguo caserío de

la "Confluencia"- por el asiento espontáneo de población en las inmediaciones de la unión de los ríos Neuquén y Limay, incentivado luego por el traslado de la Capital del Territorio en 1904 por iniciativa oficial e intereses privados. Todos ellos registraban población escasa y contaban con servicios mínimos (Comisaría, Juzgado de Paz, escuela, almacén de ramos generales). El resto de la población se encontraba muy diseminada en el interior del territorio, en pequeños parajes de condiciones climáticas favorables -muchas veces antiguos paraderos indios- donde de manera espontánea se fueron conformando núcleos de población mayoritariamente chilena, ocupante de tierras fiscales, vinculada a la crianza de ganado menor y practicante de una agricultura reducida a las necesidades del consumo familiar.

El censo de Territorios de 1920 registra mayor cantidad de centros de población aglomerada, aunque su significación es mínima si se tiene en cuenta el escaso número de habitantes (Cf. Anexo, Cuadro 1). El informe de la Comisión Castro del mismo año (op.cit., 1920) corrobora tal situación al describir las características de los 6 pequeños pueblos existentes en el territorio (Neuquén, Chos Malal, Ñorquín, Las Lajas, Zapala, Junín y San Martín de los Andes) y 11 parajes dispersos a lo largo de la zona cordillerana y antecordillerana en tanto eje central de la ocupación del espacio en sus primeras etapas.

La débil ocupación del espacio se visualiza en la escasez de centros de población aglomerada, con poca interacción entre ellos, pero con marcadas conexiones con centros chilenos hacia donde se canalizaban los bie-

nes primarios y de donde se recibían manufacturas. Sus características morfológicas eran acordes: unas pocas casas o ranchos, alguna fonda, escasas dependencias oficiales -Comisaría, Estafeta, Juzgado de Paz y Escuela- y casi siempre más de un almacén de ramos generales.

Crianceros chilenos y algunos grupos indígenas supervivientes habitaban parajes dispersos en el interior del territorio; muchos de ellos sin escuelas u otros servicios públicos pero siempre con dos o tres "bolicheros" instalados en sus inmediaciones. Esto corrobora la temprana conformación de los sectores mercantiles intermedios de la actividad ganadera que oportunamente identificáramos y que con las modificaciones de las formas de comercialización a partir de 1930 se fueron consolidando como burguesías locales con el consiguiente poder político a nivel regional.

Mientras la ganadería usufructuó el lugar de actividad dominante en el espacio, el resto del territorio -con la sola excepción de las zonas cordillerana y antecordillerana- mostraba grandes áreas vacías⁽²⁸⁾.

La estructura de centros descripta no hace más que confirmar la escasa incidencia de la actividad ganadera en el proceso de asentamientos aglomerados en el interior del territorio neuquino. Queda claro que la mayoría de ellos se generó por concentración espontánea de la población desde muy antiguo, en muchos casos desde el siglo pasado (Taquimilán, Tricao Malal, Varvarco-Invernada Vieja, Los Miches, Buta Ranquil, Bajada del Agrio, Andacollo, El Huecú, etc.) no registrando fechas fijas de fundación. Estas localidades más antiguas reflejan

también la mayor organización social del área noroeste del territorio en sus primeras etapas históricas, tal cual se dijo oportunamente.

En el sur, los pueblos más antiguos (Junín de los Andes, San Martín de los Andes) surgieron como asientos militares y su fundación según vimos, fue producto de una nueva política de fronteras iniciada por el gobierno nacional con posterioridad a 1880. Piedra del Aguila, aunque por decisión oficial designada cabecera del 6o. Departamento en 1897, surgió en tierras particulares de propiedad de la S.A. Ganadera "El Cóndor". Otros centros se conformaron en tierras particulares por iniciativa de importantes empresarios ganaderos, tales el caso de Zapala (Trannak-1914); Las Coloradas (Zingoni-1926); Villa La Angostura (grupo de vecinos 1932).

A medida que se desarrollaron otras actividades productivas cuyo estudio pormenorizado será objeto de análisis en el avance del presente proyecto, el espacio regional irá adquiriendo otra estructuración interna en tanto se conformen nuevos centros aglomerados, se afirmen viejos, y se produzca el despoblamiento de aquellos directamente relacionados con la actividad ganadera provocando el vaciamiento del área rural neuquina a partir de la crisis de la actividad por el cierre definitivo de la frontera comercial con Chile en las décadas de 1930-1940.

En resumen, las características de la ganadería neuquina y las modalidades de acumulación que hemos analizado determinarán un patrón de asentamientos específico para la etapa 1879-1930 con sus consecuencias socioeconómicas derivadas. La práctica absolutamente extensiva de

la actividad generó una estructuración muy débil de la región y una organización social acorde con el funcionamiento espacial de la misma.

La persistencia de la vinculación con Chile como característica heredada de la formación social indígena determinó, según vimos, una mayor organización social del área oeste del territorio que funcionó como región de centros chilenos sin alterarse con la ocupación militar del espacio y la imposición por parte del Estado argentino de límites fronterizos y centros administrativos de control. Por eso las únicas localidades que registran actos fundacionales respondieron a la voluntad política de reorganizar el territorio de una forma diferente, con un carácter puramente administrativo, que no cambió las relaciones sociales imperantes.

Por el contrario, las características de la actividad dominante y las relaciones de producción descritas en esta primera etapa de la evolución histórica neuquina provocaron por un lado, el surgimiento de unas pocas empresas de propietarios de grandes extensiones de tierras y, por el otro, una gran cantidad de pequeños asentamientos espontáneos en tierras fiscales -unidades productivas de capital fragmentado-, en lugares aptos para la invernada de ganado menor. Estos últimos productores son los que sufrirán consecuencias definitivas en su rol a partir de la crisis desencadenada por el cierre de la frontera con Chile.

Conclusiones

Se han analizado en este trabajo las características de una de las activida-

des más antiguas en el espacio regional -la ganadería- con referencia al patrón de asentamientos predominante en la etapa 1879-1930. En calidad de conclusiones se sintetizan a continuación los siguientes puntos, que aparecen como los componentes más destacados de los capítulos hasta aquí desarrollados y, a manera de adelanto, los que se desprenden del análisis de la actividad con posterioridad a esa fecha (no incluido en la presente ponencia por razones de espacio):

- La existencia de actividades económicas y asentamientos cuasi-sedentarios previos a la ocupación militar del espacio determinó la supervivencia en el tiempo de formas económico-sociales heredadas, en especial el funcionamiento del área como parte de la región de las ciudades y puertos chilenos.
- Por esta razón la organización social del espacio con posterioridad a 1879 se dio en las mismas áreas -Cordillerana y Antecordillerana- que anteriormente ocuparan los grupos indígenas, aquella que reconocía antecedentes previos de las actividades -en especial ganadera- y que funcionaba como región de puertos chilenos. El límite fronterizo (argentino-chileno) impuesto a la región no afectó tal funcionamiento ni la expresión espacial de las actividades hasta las décadas de 1930-40.
- Dicha organización social se caracterizó, al Este de la Cordillera -Territorio del Neuquén-, por una densidad de ocupación acorde con las características de los recursos y la demanda de bienes ganaderos que se producía por parte del sistema urbano chileno. Por ello la debilidad

de la ocupación era mayor en tanto más se alejaba de los centros de consumo.

- Debido a las consideraciones anteriores, el estudio paroticularizado de la actividad económica dominante en las primeras etapas históricas y sus condiciones estructurales de dependencia y relación con el mercado chileno, así como la modificación posterior de los flujos comerciales, permite conocer las causas de las modalidades de asentamientos imperantes en el área y sus consecuencias socioeconómicas derivadas.
- Siendo la ganadería la actividad más importante en extensión y gravitación regional en el proceso histórico neuquino, determinará la modalidad de la mayor parte de los asentamientos del interior provincial, en directa relación con sus características estructurales, a saber:
 - La perduración de formas relictuales de organización socioeconómica, en especial la relación con el mercado chileno, hizo que el espacio neuquino no participara del corrimiento ovino que luego de 1879 caracterizará en general a los territorios patagónicos con litoral atlántico.
 - La producción ganadera neuquina se orientaría, por lo consiguiente, a la especial demanda de centros y puertos chilenos.
 - La interrupción definitiva del comercio libre por las medidas aduaneras que ambos países -primero Chile y luego Argentina- tomarían durante las décadas de 1930 y 1940 fue, al destruir las principales relaciones comerciales que definían la organización social y su expresión espacial, los de-

terminantes estructurales de la crisis de la actividad que se profundizaría en años posteriores.

- Los actores sociales relacionados con la actividad tendrán frente a la crisis distintas alternativas directamente relacionadas con sus posibilidades de acumulación y consecuente peso en las relaciones de poder a nivel regional.
- Es así como las pequeñas unidades productivas surgidas de la ocupación espontánea de tierras fiscales y mayoritarias en las zonas centro y noroeste, que a través de la comercialización directa con Chile y mientras ésta se mantuvo tuvieron cierta independencia relativa en las relaciones de acumulación, verán seriamente afectadas sus posibilidades de comercialización.
- La posibilidad de colocar la producción ganadera en otros centros dependerá así de la presencia de sucesivos intermediarios en la etapa de comercialización, que se convertirán en el eslabón imprescindible de acceso al mercado por parte de estas unidades productoras de capital fragmentado que consolidarán sus características de absoluta subsistencia.
- Consecuentemente, estos acopiadores de la producción primaria de buena parte del área rural neuquina verán incrementadas sus posibilidades de acumulación ocupando un importante lugar en las estructuras de poder a nivel regional, constituyéndose en uno de los componentes más importantes de la burguesía tradicional neuquina.
- El mismo modo de producción imperante provocaría la supervivencia de estas economías de subsistencia

con formas relictuales de organización precapitalista, lo cual está directamente ligado a su imposibilidad de la innovación tecnológica provocando, consecuentemente, el incremento del grado de marginalidad e impidiendo el cambio de actividad. En otras palabras, la imposibilidad de generar de unos es la condición de generar de otros.

- Quedan por lo consiguiente a estos productores sólo dos alternativas, o mantenerse en el predio para asegurar la subsistencia o migrar a los centros urbanos para integrarse a la oferta de mano de obra en otro tipo de actividades. Ello explicaría el despoblamiento rural del interior neuquino iniciado hacia la década de 1940.
- Esta realidad vigente en gran parte del área rural ganadera de la provincia, en las zonas Noroeste, Desértica, Centro y Confluencia, se modifica en las zonas Sudoeste y Sudeste con la presencia de otros actores sociales vinculados a la actividad en calidad de grandes productores, propietarios de importantes establecimientos con suficiente concentración de factores de la producción y mayores posibilidades de acumulación a nivel regional.
- Estas posibilidades devienen fundamentalmente de la capacidad de los grandes productores de prescindir de intermediarios en el sistema de comercialización y de la posibilidad de cambiar la actividad en coyunturas no favorables. Su ubicación en el proceso productivo les permite ejercer un determinado poder dentro de las relaciones de acumulación vigentes como consecuencia de la obtención de mejores precios y mayores tasas de ganancia.

- Se destaca en síntesis la relación existente entre las formas extensivas de la actividad ganadera regional - que como tal demanda escasa mano de obra y servicios- y la conformación de pequeños centros de población aglomerada aislados entre sí, como asimismo la presencia mayoritaria de población diseminada vinculada a la actividad que, según su ubicación en el proceso productivo y posibilidades de acumulación, constituyen asentamientos caracterizados en sus dos extremos más representativos, como empresas de capital concentrado (estancias) o unidades productivas de subsistencia (crianceros), con las consecuencias derivadas a nivel socioeconómico en las áreas respectivas. La dinámica de la actividad va a afectar tanto al surgimiento y desarrollo de centros de población aglomerada como a su despoblamiento, según se trate de etapas de auge o crisis de la ganadería regional.

BIBLIOGRAFIA

- ALVAREZ, Gregorio, Historia de la Provincia del Neuquén desde 1862 hasta 1930, en Historia Argentina Contemporánea, Academia Nacional de la Historia, Vol. IV, 2da. Sección, Bs.As., El Ateneo, 1967.
- Neuquén. Historia, Geografía, Toponimia, 3 Tomos, Bs.As., Imprenta del Congreso de la Nación, 1981.
- ANGELINI, María C. y BANDIERI, Susana, Bases estadísticas para el estudio histórico de la evolución y distribución de la población neuquina, en V Jornadas de Historia Económica Argentina, T.I., San Juan, 1983.
- Neuquén: polo de atracción poblacional, en C.A.L.F., op.cit., p. 217 y sgtes.
- ARZE BASTIDAS, A., Señores de la tierra, Santiago de Chile, 1953.

ASSADOURIAN, Carlos S., El sistema de la economía regional. Mercado interno, regiones y espacio económico. Lima, Perú, Instituto de Estudios Peruanos, 1982.

ATAS DE LA PROVINCIA DEL NEUQUEN, Elaborado por el Departamento de Geografía, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, 1982.

BANDIERI, Susana, La Cordillera de los Andes en Neuquén o la frontera como espacio social, Neuquén, 1987 (Inédito).

La problemática económica de los primeros gobiernos neuquinos (1994-1904), en Academia Nacional de la Historia, E. III, Bs. As., 1980, p.271 y sgtes.

Evolución histórica de la ganadería y su distribución por zonas, en C.A.L.F., ob.cit., p. 137 y sgtes.

Condicionantes históricos del asentamiento humano en Neuquén: consecuencias socioeconómicas, Informe Final Beca de Perfeccionamiento, presentado al CONICET en abril 1988. (Inédito).

BANDIERI, Susana, BONNAHOM, Emma y FAVARO, Orieta, Síntesis del proceso político, económico y social del Territorio de Neuquén hasta su provincialización, en C.A.L.F., op.cit., p. 45 y sgtes.

BANDIERI, Susana y BONNAHOM, Emma, Neuquén. Un territorio incomunicado, en C.A.L.F., op.cit., p. 117 y sgtes.

BARRERA, Carlos A. y Grupo de Análisis de Sistemas Ecológicos (Asociado a la Fundación Bariloche), Economía y Ambiente: Análisis del Subsistema regional chaqueño, en SUNKEL, O. y GLIGO, N., Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina, F.C.E. 36, México, 1980.

BENDINI de ORTEGA, Mónica (Directora) y Otros, El trabajo trashumante en la Provincia del Neuquén, 1984 (mimeo).

BONNAHOM, Emma, BANDIERI, Susana y FAVARO, Orieta, Acceso a la tierra pública en el Territorio de Neuquén. Departamento Confluencia (1880-1904), en MAIDA de MINOLFI, Esther

(Directora), op.cit., p. 15 y sgtes.

BRAVO ACEVEDO, Guillermo, La crisis de la economía chilena y la participación del Estado (1850-1900), Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Santiago de Chile, presentado en VIII Jornadas de Historia Económica, Tandil, 1986 (mimeo).

C.A.L.F. (Cooperativa Provincial de Servicios Públicos y Comunitarios de Neuquén Ltda.), Neuquén. Un siglo de historia, Neuquén, Gráfica Modelo, 1983.

CARRASCO, Gabriel, De Buenos Aires al Neuquén: reseña geográfica, industrial y administrativa, Bs. As., (s.e.), 1902.

DE JONG, Gerardo. El análisis regional: consideraciones metodológicas, en Boletín No.8, Departamento de Geografía, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, 1981.

GALLEGO de LOMBAN, M. y OZONAS de MUÑOZ, L., Algunas consideraciones en torno al poblamiento neuquino, en C.A.L.F. op.cit., p. 97 y sgtes.

GIBERTI, Horacio, Historia económica de la ganadería Argentina, Bs. As., Hachette, 1970.

GUIA COMERCIAL EDELMAN, Información sobre ganadería, agricultura, comercio, industria, minería etc. Territorio del Neuquén y parte de Río Negro, Bs. As., Taller Gráfico M. Neumann y Cia., 1924.

IÑIGO CARRERA, Juan, Diseño de modelos cuantitativos para el análisis de subsistemas, Informe Final Preliminar, Documento C.F.I. 1975 (Inédito).

LAFONTAINE, E.A., Quijotes de poncho, Bs. As., Kraft, 1968.

LEVIN, Pablo, El diagnóstico de Subsistemas, Documento de trabajo, Bs. As., C.F.I., 1974 (Inédito).

Diseño de Subsistemas, en Boletín Geográfico No.8, Departamento de Geografía, U.N.C., Neuquén, 1981, pp.35 a 53.

Diagnóstico de Subsistemas. Posibles aplicaciones en el campo de la planificación de Ciencia y Tecnología, Resumen de Conferencia presentada en las II Jornadas Técnicas del CONICIT, Caracas, Venezuela, octubre 1976 (Mimeo).

LIBERTI, Susana, Comercio internacional y contrabando en Bariloche, Vol. I, Centro

de Investigaciones Científicas, Viedma, Río Negro, mayo 1972 (Mimeo).

MAIDA de MINOLFI, Esther, (Directora) y Otros, Neuquén. La ocupación de la tierra pública en el Departamento Confluencia después de la Campaña al Desierto (1880-1930), T. 1, Historia Regional Nord-patagónica, Departamento de Historia, U.N.C., Neuquén, Vallegraf Offset S. A., 1981.

MAIDA de MINOLFI, Esther, Tres momentos en las relaciones comerciales del Territorio Neuquino en la etapa 1884-1918, V Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina, Academia Nacional de la Historia, Resistencia, Chaco, 1981.

MANDRINI, Raúl, Argentina Indígena, en Historia Testimonial Argentina, Bs. As., CEAL, 1983.

OLASCOAGA, Manuel J., Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro, Bs. As., Eudeba, 1974.

RIOS, Carlos A., 70 años de Gobierno Territorio (1885-1955), en Revista de la Junta de Estudios Históricos del Neuquén, No.1, 1970.

Síntesis histórica de los pueblos y ciudades del Neuquén, Material preparado para la Dirección de Prensa y Difusión de la Gobernación del Neuquén, 1975 (Inédito).

ROFMAN, Alejandro, Desigualdades regionales y concentración económica, el caso argentino, Bs. As., Ed. Siap-Planteos, 1974.

Subsistemas espaciales y circuitos de acumulación regional. En Revista Interamericana de Planificación, SIAP, Vol. XVIII, No.70, Jun. 1984, México.

La política económica y el desarrollo regional, Colección Universidad y Pueblo, Universidad Simón Bolívar, Bogotá, Colombia, 1981.

SANCHEZ, Joan-Eugeni, La Geografía y el Espacio Social, Realidad Geográfica 3, Los Libros de la Frontera del Poder, Barcelona, 1981.

VARELA de FERNANDEZ, Gladys, El comercio del Territorio del Neuquén entre 1893 y 1902, en Boletín del Departamento de Historia, No.5, U.N.C., jul-dic. 1984, p. 101 a 128.

NOTAS

(1) Para ampliar estos conceptos, véase: LEVIN, Pablo (C.F.I., 1974 y otras ob. cit.); ROFMAN, Alejandro (1974, 1984 y otras ob. cit.).

(2) MAIDA DE MINOLFI, Esther (directora), BANDIERI, Susana y otros, Neuquén. La ocupación..., ob., 1981.

(3) Archivo General de la Nación (en adelante A.G.N.), Memoria presentada al Congreso Nacional por el Mtro. del Interior Dr. E. Wilde Bs. As., Imp. Sudamericana, 1988, p. 567.

(4) BRAVO ACEVEDO, Guillermo, ob. cit., 1986.

(5) A.G.N., Informe del Gobernador Olascoaga al Ministerio del Interior, 27/8/1885.

(6) Periódico "Neuquén", Chos Malal, febrero 15 de 1894, Año I, N° 6, págs. 1 y 2.

(7) Censo Nacional de Población de 1895, Buenos Aires, Taller tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1898.

(8) ALVAREZ, Gregorio, ob. cit., 1972.

(9) Situación ésta que puede confirmarse, además, en otras fuentes. Ej.: Guía Comercial Edelman, ob., 1925, 490.

(10) Una de la más representativas al respecto es: Informes Generales de la Comisión Inspectora del Neuquén, dirigida por el Cptan. de Fragata Ramón Castro, Ministerio de Agricultura, Dirección de Tierras, T. XIX, Años 1921-22, pp. 37-38.

(11) Cfr. BONNAHOM, E., BANDIERI, S. y CARTIER, O., Acceso a la tierra..., ob. cit., p. 42. El término "talaje", de origen chileno, era muy utilizado en la época para designar el pago por derecho de pastaje.

(12) Censo Nacional Agropecuario de 1908, Bs. As., Oficina Meteorológica Argentina, 1909.

(13) Entrevista en profundidad al Sr. Edmundo Prade, productor ganadero de Los Miches, zona Noroeste, Pcia. del Neuquén, nov. 1987.

(14) Información obtenida en la Dirección Provincial de Agricultura y Ganadería de la Provincia de Neuquén.

(15) Entrevista en profundidad al Sr. Alejandro Elem, comerciante en ramos generales y acopiador de productos primarios en Buta Ranquil, Neuquén, nov. 1987.

(16) SORONDO M., Crónicas históricas del Neuquén, cit. por ALVAREZ, G., ob. cit., 375-76.

(17) Informe gobernación del Neuquén al Ministerio del Interior, Bs. As. Imprenta Sudamericana, 1889, 332.

(18) Periódico "Neuquén", Chos Malal, 8/4/1894, N° 4.

(19) Cfr. BANDIERI, S. y BONNAHOM, E., Neuquén, un territorio..., 1983.

(20) A.H.P., Informe de la Gobernación del Neuquén, año 1894.

(21) Cfr. Guía Comercial Edelman, ob. cit., años 1924 y 1925.

(22) CARRASCO, Gabriel, ob. cit., 29 y sgtes.

(23) Informe del Cónsul General de Chile en la República Argentina, en Boletín del Mrio. de Relaciones Exteriores, Santiago de Chile, 1902, 232. Transcripto en LIBERTI, Susana, ob. cit., 1972, 10.

(24) A.G.N., Mrio. del Interior, Código Rural para los Territorios Nacionales, 1984.

(25) Archivo Histórico Viedma (A.V.H.), Movimiento de animales y frutos en el Territorio del Neuquén durante 1901 por Departamento y zonas, según guías expedidas por los Juzgados de Paz y Receptorías de Rentas, Neuquén, 1902.

(26) Archivo Histórico Neuquén (A.H.N.), Planilla demostrativa de haciendas y frutos del país por los cuales se han despachado guías con destino a Chile desde el 1/10/1916 al 30/4/1917, Libro Copiador N° 69, 1917, fo. 495.

(27) A.H.N., Cuadro demostrativo del movimiento de guías del Juzgado de Paz del Departamento Chos Malal durante 1919, Caja Año 1920, N° II, Leg. 21.

(28) Informe CASTRO, 1920, 27.

Cuadro N° 1: Relaciones porcentuales de las existencias ovinas a nivel Nacional, Regional y Territorial, entre 1895 y 1977.

Censos	Total Cab. país	Total Cab. Patagonia	% Patagonia resp. país	Total Cab. Neuquén	% Neuquén c/ resp. Patag.	% Neuquén c/ resp. país
1895	74.379.562	1.790.941	2.4	357.429	19.9	0.5
1908	67.211.754	11.251.386	16.7	672.957	6.0	1.0
1914	43.225.452	10.366.495	24.0	792.417	7.6	1.8
1922	36.208.981	12.753.264	35.2	742.441	5.9	2.0
1930	44.413.221	15.958.255	35.9	914.366	5.7	2.0
1937	43.882.728	17.062.242	38.9	963.712	5.7	2.2
1947	51.171.632	14.043.277	27.4	893.702	6.7	1.7
1960	48.456.659	17.226.999	35.5	680.664	3.9	1.4
1977	34.219.610	17.415.011	50.9	714.252	4.1	2.1

Fuente: Elaboración propia sobre información Censos Nacionales

Cuadro N° 2: Existencias ovinas distribuidas en los distintos Territorios Patagónicos entre 1895 y 1977

	1895	1908	1914	1920	1930	1937	1947	1960	1977
Patagonia									
Neuquén	357.429	672.957	792.417	742.441	914.366	963.712	893.702	680.664	714.252
Río Negro	1.009.777	4.724.844	2.802.282	3.260.035	2.315.985	2.622.041	3.467.958	3.131.572	3.254.818
Chubut	47.306	2.123.628	2.047.037	3.128.917	5.004.173	5.163.9103.	3.410.105	5.661.604	6.421.456
Santa Cruz	369.264	2.367.566	3.940.616	4.803.701	6.880.382	7.503.568	6.271.512	7.037.305	6.290.076
T. del Fuego	7.165	1.342.351	784.143	818.170	843.339	773.011	---	715.854	734.607
Total	1.790.941	11.251.346	10.366.495	12.753.264	15.958.255	17.062.242	14.043.272	17.226.999	17.415.011

Fuente: Elaboración propia sobre información Censos Nacionales

Cuadro N° 3: Relaciones porcentuales de las existencias bovinas a nivel Nacional, Regional y Territorial, entre 1895 y 1977.

Censos	Total Cab. país	Total Cab. Patagonia	% Patagonia resp. país	Total Cab. Neuquén	% Neuquén c/ resp. Patag.	% Neuquén c/ resp. país
1895	21.701.526	297.047	1.4	173.706	58.5	0.8
1908	29.116.625	845.367	2.9	193.728	22.9	0.7
1914	25.866.763	428.979	1.6	152.333	35.5	0.6
1922	37.064.850	351.459	0.9	141.307	40.2	0.4
1930	32.211.855	401.928	1.2	156.691	39.0	0.5
1937	33.207.287	424.965	1.3	152.365	35.8	0.4
1947	41.048.313	392.427	0.9	132.054	33.6	0.3
1960	43.520.522	379.466	0.9	131320	34.8	0.3
1977	61.053.815	779.353	1.3	185.939	23.8	0.3

Fuente: Elaboración propia sobre datos censales

Cuadro N° 4: Existencias bovinas distribuidas en los distintos Territorios Patagónicos entre 1895 y 1977

	1895	1908	1914	1920	1930	1937	1947	1960	1977
Patagonia									
Neuquén	173.706	193.728	152.333	141.307	156.591	152.365	132.054	131.320	185.939
Río Negro	82.050	279.459	90.957	100.571	110.920	126.272	114.115	140.074	412.344
Chubut	29.944	334.995	135.822	96.649	112.241	123.115	123.674	85.747	134.230
Santa Cruz	10.541	25.329	43.521	6.502	17.982	18.249	16.992	18.271	32.953
T. del Fuego	796	11.850	6.346	6.431	4.194	4.964	5.592	4.054	13.887
Total	297.037	845.362	428.879	351.459	401.928	424.965	392.427	379.466	779.353

Fuente: Elaboración propia sobre datos censales

Cuadro N° 5: Relaciones porcentuales de las existencias caprinas a nivel Nacional, Regional y Territorial, entre 1895 y 1947.

Censos	Total Cab. país	Total Cab. Patagonia	% Patagonia resp. país	Total Cab. Neuquén	% Neuquén c/ resp. Patag.	% Neuquén c/ resp. país
1895	2.748.860	79.256	2.9	73.647	92.9	2.7
1908	3.945.086	209.627	6.8	170.919	63.4	4.3
1914	4.525.260	465.983	10.7	325.797	62.3	7.5
1922	4.819.835	518.841	10.8	314.514	70.2	6.5
1930	5.647.396	841.000	14.9	413.433	49.1	7.3
1937	4.645.488	1.131.874	24.3	537.012	47.4	11.5
1947	4.932.166	916.798	18.6	518.332	56.5	10.5

Fuente: Elaboración propia sobre datos censales

Nota: Los censos Nacionales de los años 1960 y 1970 no registran caprinos según fuentes consultadas INDEC.

Cuadro N° 6: Existencias caprinas distribuídas en los distintos Territorios/ Provincias Patagónicas entre 1895 y 1947

Patagonia	1895	1908	1914	1920	1930	1937	1947
Neuquén	73.642	170.919	325.797	314.514	413.433	537.012	518.332
Río Negro	5.251	76.698	104.499	115.322	241.556	328.329	370.427
Chubut	53	21.943	34.670	38.340	176.972	258.139	26.920
Santa Cruz	46	14	1.005	1.121	9.023	8.207	1.119
T. del Fuego	264	53	12	18	16	187	—
Total	79.256	269.627	465.983	518.841	841.000	1.131.8764	916.798

Fuente: Elaboración propia sobre datos censales

Nota: Los Censos Nacionales de los años 1960 y 1970 no registran caprinos según fuentes consultadas INDEC.

Cuadro N° 7: Censo Nacional de 1895 - Distribución Departamental de las existencias ganaderas en Neuquén en número de cabezas y participación porcentual

Departamentos resp.	BOVINOS		OVINOS		CAPRINOS	
	Nº cab.	% c/ resp. al total	Nº cab.	% c/ resp. al total	Nº cab.	% c/ resp. al total
Departamento I	43.250	24.9	58.253	16.3	28.717	39.0
Departamento II (Chos Malal)	52.113	30.0	149.911	41.9	8.623	11.7
Departamento	4.797	2.8	14.347	4.0	2.394	3.3
Departamento	55.226	31.8	81.329	22.8	4.011	5.4
Departamento	18.320	10.5	53.526	15.0	29.897	40.6
Total	173.706	100.0	357.429	100.0	73.642	100.0
Discriminación						
Puros	46	0.03	1.303	0.4	11	0.01
Meztizos	9.987	5.7	115.831	32.4	5.300	7.2
Criollos	173.706	100.0	357.429	100.0	73.642	100.0
Total	173.706	100.0	357.429	100.0	73.642	100.0

Fuente: Elaboración propia sobre datos censales.

Nota: Corresponde a la primera división departamental del Territorio.

Cuadro N° 8: Censo Nacional de 1914 - Distribución Departamental de las existencias ganaderas en Neuquén en número de cabezas y participación porcentual

Departamentos resp.	BOVINOS		OVINOS		CAPRINOS	
	Nº cab.	% c/ resp.	Nº cab.	% c/ resp.	Nº cab.	% c/ resp.
	al total		al total		al total	
Aluminé	16.682	10.9	44.481	5.6	25.588	7.8
Añelo	2.565	1.7	1.939	0.2	5.520	1.7
Collón Curá	8.686	5.7	240.390	31.1	14.913	4.6
Confluencia	2.374	1.5	3.964	0.5	7.221	2.2
Chos Malal	4.666	3.1	34.505	4.3	29.090	8.9
Las Lajas	13.876	9.1	40.508	5.1	39.458	12.1
Limay Centro	9.494	6.2	133.235	16.8	31.334	9.6
Los Lagos	50.403	33.1	98.121	12.4	9.935	3.0
Minas	5.161	3.4	30.363	3.8	22.442	7.5
Norquín	23.980	15.7	87.012	11.0	80.304	24.6
Picún Leufú	6.416	4.3	47.249	6.0	28.918	8.9
Río Colorado						
Arriba	8.030	5.3	24.650	3.1	29.074	8.9
Total	152.333	100.0	792.417	100.0	325.797	100.0
Discriminación						
Puros	2.451	1.6	8.374	1.1	No se especifican	
Meztizos	74.726	49.1	480.519	60.6	razas caprinas para	
Criollos	75.136	49.3	303.524	38.3	el Territorio del	
					Neuquén	
Total	152.333	100.0	792.417	100.0		

Fuente: Elaboración propia sobre datos censales.

Nota: Corresponde división en 12 departamentos vigente desde el año 1915.

CUADRO N° 9: Existencias de ganado bovino en Neuquén, por Departamentos, en número de cabezas y porcentajes de participación con respecto al total. Censos Ganaderos de 1920 y 1930.

Departamentos	Total cab. Neuquén	% c/ resp. al Territ.	Total cab. Neuquén	% c/ resp. al Territ.
	1920	1920	1930	1930
Minas	6.014	4.3	4.739	3.0
Chos Malal	4.276	3.1	3.791	2.4
Norquín	16.241	11.6	14.077	9.0
Pehuenches	3.853	2.8	4.165	2.6
Loncopué	5.415	3.9	9.313	5.9
Añelo	2.412	1.7	1.841	1.2
Picunches	10.555	7.6	13.339	8.5
Zapala	2.983	2.1	2.109	1.3
Confluencia	1.956	1.4	6.067	3.9
Picún Leufú	4.735	3.4	2.206	1.4
Aluminé	17.808	12.8	17.849	11.4
Catan Lil	8.893	6.4	8.803	5.6
Collón Curá	9.375	6.7	4.264	2.7
Huiliches	24.377	17.5	36.487	23.3
Lácar	8.832	6.3	18.406	11.7
Los Lagos	11.772	8.4	9.135	5.8
Total	139.497	100.0	156.591	100.0

Fuente: Elaboración propia sobre datos censales.

Nota: Los censos ganaderos de los años 1920 y 1930 pueden volcarse en un cuadro conjunto en razón de la uniformidad de las unidades censales (Departamentos). Los 16 Departamentos que registre el cuadro son los correspondientes a la División actual.

GRAFICO Nº 10: Existencias de ganado ovino en Neuquén, por Departamentos, en número de cabezas y porcentajes de participación con respecto al total. Censos Ganaderos de 1920 y 1930.

Departamentos	Total cab. Neuquén	% c/ resp. al Territ.	Total cab. Neuquén	% c/ resp. al Territ.
	1920	1920	1930	1930
Minas	26.945	3.7	43.691	4.8
Chos Malal	31.883	4.4	130.107	14.2
Norquín	53.919	7.5	34.046	3.7
Pehuenches	16.863	2.3	45.940	5.0
Loncopué	23.801	3.3	199.527	21.8
Añelo	1.681	0.2	1.672	0.2
Picunches	24.622	3.4	21.309	2.3
Zapala	29.062	4.0	57.258	6.3
Confluencia	3.875	0.5	22.912	2.5
Picún Leufú	25.293	3.5	20.797	2.3
Aluminé	44.761	6.2	68.977	7.5
Catan Lil	110.422	15.3	18.820	2.1
Collón Curá	216.569	30.5	10.180	1.1
Huiliches	42.989	6.0	142.701	15.6
Lácar	56.604	7.9	52.958	5.8
Los Lagos	11.448	1.6	43.471	4.8
Total	720.739	100.0	914.366	100.0

Fuente: Elaboración propia sobre datos censales

CUADRO Nº 11: Existencias de ganado caprino en Neuquén, por Departamentos, en número de cabezas y porcentajes de participación con respecto al total. Censos Ganaderos de 1920 y 1930.

Departamentos	Total cab. Neuquén	% c/ resp. al Territ.	Total cab. Neuquén	% c/ resp. al Territ.
	1920	1920	1930	1930
Minas	5.797	1.8	42.715	10.3
Chos Malal	26.346	8.4	29.544	7.1
Norquín	33.880	10.8	56.297	13.6
Pehuenches	21.278	6.8	31.478	7.6
Loncopué	28.303	9.0	44.248	10.7
Añelo	5.802	1.8	7.845	1.9
Picunches	26.517	8.4	59.397	14.4
Zapala	13.014	4.1	24.166	5.8
Confluencia	6.506	2.1	14.503	3.5
Picún Leufú	14.209	4.5	7.976	1.9
Aluminé	23.999	7.6	27.755	6.7
Catan Lil	25.180	8.0	37.827	9.1
Collón Curá	31.663	10.1	8.836	2.1
Huiliches	13.495	4.3	8.373	2.0
Lácar	12.988	4.1	7.638	1.8
Los Lagos	25.816	8.1	4.835	1.2
Total	314.514	100.0	413.433	100.0

Fuente: Elaboración propia sobre datos censales

EL TRABAJO EN LA GRAN CIUDAD

Eric HOBBSBAWM

(*New Left Review*, N° 166, nov./dic. 1987).

Traducción: Silvia Gojman - Gustavo Paz

La gran ciudad fue un fenómeno nuevo en el capitalismo occidental, y un tipo de asentamiento humano virtualmente sin precedentes en el mundo no-oriental antes del siglo XVIII: es decir, la ciudad cuya población se medía en varios cientos de miles y al poco tiempo en millones. Hasta el siglo XIX, las ciudades de más de cien mil habitantes eran consideradas en Europa como extremadamente grandes. Probablemente ninguna ciudad, excepto algún puerto internacional debe haber tenido más de 500-600.000 a causa de lo inadecuado de su hinterland proveedor de alimentos. De hecho sabemos que no hubo ninguna ciudad de un millón de habitantes en Occidente desde la caída del Imperio romano hasta el siglo XVIII, cuando Londres alcanzó esa cifra, ni tampoco ninguna con la mitad de esa cantidad, excepto París y Nápoles. Sin embargo, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, había siete ciudades en Europa que tenían entre uno y ocho millones de habitantes, más otras veintidós en las que vivían entre medio y un millón. Aún más, se esperaba que crecieran y se expandieran sin límites previsibles, lo cual era totalmente nuevo. Este artículo consid-

era la problemática de los movimientos obreros en estas grandes ciudades. Cuando los historiadores sociales del trabajo, centraron su atención en localidades particulares, lo hicieron naturalmente, en los asentamientos característicos de las clases trabajadoras industriales, centros de fábricas y herrerías, tejedurías y minas. Pero éstos, en el siglo XIX, aparecen empequeñecidos para nuestros parámetros, a pesar de que, por supuesto, estaban creciendo rápidamente. En 1849 el sindicato de albañiles consideraba que sólo había cuatro ciudades en Gran Bretaña donde los jornaleros itinerantes podían permanecer más de un día buscando empleo: Londres, Birmingham, Liverpool y Manchester. En 1867 había cuarenta y ocho ciudades de ese tipo. Sin embargo, el asentamiento obrero promedio no era grande. Paterson (New Jersey) tenía 33.000 habitantes en 1870, momento en que las mayores ciudades textiles de Gran Bretaña -el taller del mundo en la cima de su gloria- vivían entre 30.000 y 80.000 personas. Los asentamientos mineros se asemejaban más a aldeas que a ciudades. Incluso los centros de la industria pesada no eran muy gran-

des. Clydebank, que poseía los mayores astilleros, industrias químicas, destilerías y la fábrica de máquinas de coser Singer, tenía 22.000 habitantes en 1901; Berrrow-ir-Furness, una ciudad construida ex profeso, que experimentó un boom a partir del diseño y construcción de barcos, tenía 58.000. En resumen, estamos hablando de comunidades en el sentido literal de la palabra: Gemeinschaft más que Gesellschaft, lugares en los que la gente podía caminar hacia y desde su trabajo y a veces ir a almorzar a casa; lugares donde el trabajo, el hogar, las diversiones, las relaciones industriales, el gobierno local y la conciencia de ciudad-natal estaban intimamente relacionados.

Fue exactamente en este tipo de sitios donde los movimientos obreros establecieron sus baluartes. En 1906, año de la primer gran irrupción parlamentaria del Partido Laborista, de los 30 representantes del Parlamento elegidos por el British Labour Representation Committee, cinco provenían de ciudades de más de medio millón de personas, cuatro de ciudades de entre 200.000 y 500.000 y el resto de sitios más pequeños, incluyendo distritos cuyos centros urbanos eran del orden de 20-25.000 aún de 10-15.000 habitantes. Tomando otro índice de conciencia proletaria, los lugares cuyos equipos jugaban en la Primera División de la Liga Británica a comienzos de la década de 1890, asistían a las finales de copa alrededor de 65.000 personas (Manchester, 1893). De los dieciseis primeros equipos de Inglaterra, once pertenecían a ciudades en la que vivían entre 60.000 y 200.000 habitantes, otros dos a ciudades del orden de los 200 - 300.000 (Nottingham y Sheffield), y

solo tres a distintas áreas de grandes ciudades (Manchester, Liverpool y Birmingham), significativamente ninguno de los tres llevaba el nombre de la ciudad, sino el del vecindario o barrio dentro de ella (Aston, Everton, Newton Heath). En este tiempo, Londres no era aún una potencia futbolística.

El fenómeno no era exclusivamente británico. Las primeras municipalidades ganadas por el Parti Ouvrier en Francia, entre 1880 y 1890, no eran grandes, de acuerdo con parámetros europeos, incluidos los franceses. Eran lugares como Commeny, Montlucon, Roanne, Roubaix, Calais, Narbonne. Los primeros baluartes del PSD alemán en la década del 70 estaban situados en zonas industriales rurales de Alemania Central, donde solo surgió una ciudad que podemos llamar, aún hoy, mediana (Chemnitz, hoy Karl-Marx-Stadt). Podemos suponer que las razones de esto son las sugeridas por el admirable historiador del trabajo americano, el fallecido Herbert Gutman: "El tamaño de la ciudad industrial y la composición particular de su población hizo que las innovaciones de los industriales fueran más visibles y su poder más vulnerable allí que en la metrópolis más grande y compleja".

Organización del trabajo

¿Cuál fue la situación del trabajo en las ciudades más grandes? Allí, precisamente, las condiciones que favorecían su organización estaban notoriamente ausentes. Su población era demasiado extensa para hacer prácticamente imposible citando a Gutman nuevamente- "el contacto

estrecho con la gran fábrica, la corporación y los trabajadores desposeídos y hacía difícil o imposible "juzgar las dislocaciones sociales de la ciudad industrial a partir de la experiencia personal". Más aún, ella hacía difícil la tarea básica de organizar y movilizar a los trabajadores. Pues la gran ciudad tenía dimensiones físicas enormes y sin precedentes, y continuaba expandiéndose. París incorporó su cordón suburbano en la década posterior a 1860, al igual que Berlín. Viena más que triplicó su superficie en 1892 y la incrementó nuevamente en un veinte por ciento para 1902; New York la triplicó en la década del 90. No deberíamos considerar cientos de millas cuadradas de lo que podían a menudo ser espacios abiertos, aunque para todas las ciudades del siglo XIX debemos tomar en cuenta, más que anteriormente, los espacios libres de viviendas: calles anchas y plazas, amplias zonas reservadas para transportes, espacios abiertos, parques y también edificios públicos, comercios e industrias. El París de Haussmann contenía 300 habitantes por hectárea, comparado con los 500 a 700 del París del siglo XVII, sin mencionar los 900 de la Génova pre-industrial. La población de New York y Londres, a principio del siglo XX, estaba aún más desperdigada (a excepción de unas pocas áreas aisladas). De todos modos, a medida que transcurría el siglo el área urbana ocupada en relación al número de habitantes hubiera crecido de cualquier manera.

Sin embargo, aunque no tomáramos la superficie oficial de la ciudad como parámetro, el área realmente edificada en Londres de comienzos de este siglo se extendía veinte millas de este a oeste, y la misma distancia de

norte a sur; Chicago se extendía 26 millas a lo largo de la costa del lago. Hasta la construcción de los sistemas de transporte urbano rápido -que comenzó en Londres y Nueva York en el tercer cuarto del siglo XIX, mientras que en otros lugares recién a fines del siglo (por ejemplo el subte de París en 1898), los trabajadores caminaban. Como lo expresan muchas normas de trabajo de los sindicatos, se esperaba que los trabajadores caminaran un promedio de 3 millas por hora, y si trabajaban a más de 4 millas del punto de partida, contarían con el pago de una suma en concepto de hospedaje por una noche. Cuatro millas, en efecto, parece haber sido el límite de lo que podría ser definido como cohesión urbana "espontánea". Los sastres londinenses definían su "Distrito de Londres" en 1834, a partir de un radio de cuatro millas desde Charing Cross, y los albañiles de Newcastle y Gateshead en 1893 hacían lo propio a partir de un radio de cuatro millas y media desde Central Station.

Esta era, un área ciertamente demasiado extendida para una política de visitas al vecindario; la London Friendly Society consideraba en 1860 que tres millas era el límite. Pero no era un área muy grande para una movilización ciudadana si la ciudad hubiera sido lo suficientemente compacta, aunque aún Londres en 1840 - el Londres radical y cartista - debe haber estado en los límites de la movilización a pié, al extenderse siete millas de este a oeste y cuatro de norte a sur. Tanto más dado que los principales sitios para las reuniones masivas se situaban en la afueras (Spa Fields, Stepney Green, Kennington Common). La ciudad no sería de-

masiado extensa para una movilización fluida en esta era del transporte masivo, pero para esa época el área urbana había crecido enormemente.

A pesar de su importancia, la cifras y la superficies no son los únicos factores que afectaron la suerte del trabajo en la gran ciudad. Esto sería cierto sólo si pudiéramos considerar a la megalópolis simplemente como un área "conurbana", una zona urbana continua de gran tamaño y población. Pero estas zonas conurbanas que podían haberse desarrollado a partir del crecimiento gradual y conjunto de municipios, ciudades y suburbios en expansión y de su eventual fusión pueden ser meros mosaicos de áreas urbanas sin ninguna de las características institucionales y políticas de la ciudades. El sudeste de Lancashire se transformó en un área conurbana en ese estilo, como Tyneside, aunque ambas contaban con ciudades centrales y dominantes. Pero ninguna puede ser simplemente considerada como Manchester o Newcastle. Por esta razón, hoy, los habitantes del triángulo formado por tres estados, que tiene a New York en su vértice, no lo consideran una unidad. Nadie piensa en Newark (New Jersey) como parte de New York a pesar de que uno de los aeropuertos de la metrópolis está allí ubicado.

Debemos distinguir estas zonas de las verdaderas grandes ciudades. Estas implicaban la fusión de ciudades en crecimiento con aquellos "suburbios" que, desde el siglo XVIII, habían sido considerados como una sola unidad urbana con su ciudad. En ocasiones estos componentes mantuvieron cada vez más una separación institucional irreal, a la vez que

fisicamente formaban una sola ciudad: Hamburgo y Altona, Manchester y Salford, Berlin y algunos de sus componentes. Más comunmente, la gran ciudad absorbía sus suburbios y vecindarios a medida que iba expandiendo, tal como New York absorbió a Brooklyn. Pero estas fusiones no eran desarrollos espontáneos y autónomos, sino actos políticos. Ellos determinaban si las protestas sociales en una determinada zona urbana podían ser consideradas como movimientos dentro de una ciudad o no. Los movimientos obreros en la megalopolis fueron (y son) funciones no exactamente del desarrollo económico y la geografía, sino de la política. Así París culminó su expansión administrativa en 1860, y quedó confinada a sus veinte "arrondissements". El llamado "cordón rojo" que rodeaba a la ciudad nunca formó parte de ella, sino que permaneció como un conjunto de distritos separados: Ivry, Aubervilliers, Villajuif, Saint-Denis y otros. Por otro lado Viena absorbió su suburbios entre 1895 y 1905. La "Viena roja" fue posible, mientras que el "París rojo" no lo fue en el periodo de los movimientos socialistas y comunistas. Los límites administrativos de las ciudades así como las fronteras nacionales de los estados determinan los objetivos de la movilización de los trabajadores.

Muchas grandes ciudades crecieron en torno de un núcleo urbano relativamente antiguo, aunque más de un tercio de las más extensas ciudades del mundo en 1910 (100.000 habitantes y más) no existían a mediados del siglo XVIII o tenían existencia sólo como pueblos. Eran en su mayoría asentamientos con instituciones y tradiciones urbanas establecidas y, en ocasiones (como en el caso de las

capitales) con instituciones nacionales, y ello facilitó la movilización política de sus habitantes. Eran, con algunas excepciones como Berlín y San Petersburgo, centros administrativos, políticos, comerciales, industriales y de transporte. Sin embargo, la tendencia general de la urbanización en el siglo XIX elevaba la proporción de actividades secundarias, en comparación con las terciarias o de servicio. Así, sin una inclinación específica hacia la industria, tales ciudades de comienzos del siglo XX contenían tal vez un 50 a 60% de trabajadores, probablemente una proporción mayor que antes o después. La gran ciudad era, entre otras cosas, una gigantesca concentración de trabajadores.

Todo esto proveyó a los movimientos obreros de cierta cohesión potencial. Aún en Londres, que no tuvo identidad institucional alguna hasta 1868 - al margen de su "square mille" medieval - su población se consideraba londinense o "cockney" y era vista como tal debido a que la gran ciudad de los siglos XVIII y XIX era la extensión lineal de la ciudad medieval y a que era la capital del reino y del imperio. Los sindicatos concebían la totalidad de Londres como un único distrito, mientras que no lo hacían, por ejemplo, con Tyneside, más pequeña que la metrópoli y económicamente mucho más homogénea.

No quisiera detenerme en el hecho de que algunas grandes ciudades eran, a su vez, capitales. Esto hizo que los gobiernos fuesen algo más sensibles allí a las demostraciones obreras de lo que fueron en otros casos, pero si esta actitud fortaleció o debilitó a los movimientos metropolitanos es una cuestión a discutir. Por supuesto, en

algunos casos extremos, la protesta social en la capital pudo transformarse en revolución, y la que no tuvo éxito en alcanzar la ciudad capital, tal vez no. Pero el problema de los movimientos obreros en las grandes ciudades no puede limitarse -en el mejor de los casos- a las escasas ocasiones de insurrecciones exitosas. De todos modos, en la naciones más desarrolladas el papel de las capitales en la política nacional, insurreccional o pacífica, ha tendido a disminuir sustancialmente desde la etapa clásica de las revoluciones en Europa Occidental (1789-1848).

Un medio inhospitalario

Aún cuando el trabajo tenía alguna ventajas potenciales en la megalópolis, la gran ciudad era tan vasta y desarticulada que, haciendo un balance, debe haber sido un medio inhospitalario para los movimientos obreros. Con excepción de las ciudades portuarias (que tendieron a aumentar su tamaño en el siglo XIX), la gran ciudad presentaba, desde el punto de vista de su actividad industrial, demasiada heterogeneidad como para desarrollar una unidad basada en el trabajo, como la tuvieron los pueblos mineros, las ciudades con astilleros o las ciudades textiles. Aun las industrias individuales dentro de ellas eran a menudo demasiado desintegradas como para lograr una unidad: el lado sur del puerto de Londres tenía un sindicato distinto al del lado norte; mientras el extremo sur de los muelles de Liverpool estaba sindicalizado, el resto del puerto no lo estaba. Casi todos en el cuadrante S.E. de Londres ("Kentish") trabajaban sistemáticamente a horas diferentes y

por salarios más bajos que la gente que vivía a solo un viaje de tranvía. Tales ejemplos podrían multiplicarse. La gran ciudad era demasiado amplia para construir una verdadera comunidad. El profesor Higgins del Pigmalion de Shaw, afirmaba que podía distinguir la zona de la cual provenía un londinense tan solo con oír su acento al hablar y, más allá de que ésto haya sido cierto o no, parece plausible con respecto a los londinenses de comienzos de siglo. Después de todo, los ciudadanos de la megalópolis permanecían la mayor parte de su tiempo no en la gran ciudad sino en alguna parte de ella, la que podría constituir una verdadera comunidad. En 1960, no pocas áreas de Londres aún proveían trabajo a por lo menos el 50% de la población dentro de sus límites, y muchas contenían no más que un 20% o 30% de su población nocturna que viajaba a su trabajo durante el día.

Daremos dos ejemplos de este potencial comunitario dentro de la ciudad de Londres. El primero lo constituyen los teatros, o mejor los vaudevilles y music halls. En tanto que se desarrolló una zona central de espectáculos en el West End y Holborn -que contaba en 1900 con once teatros con una capacidad total de cerca de 15.000 butacas-, los centros de entretenimiento se encontraban, evidentemente en los treinta y tres teatros barriales con una capacidad de 37.000 asientos. Estaban distribuidos en 24 distritos, ocho al sur del Támesis, seis en el noroeste y otros ocho en el Este. Es evidente que los habitantes de Hackney podrían considerar ir en algunas ocasiones al Hipódromo del West End o Alhambra, pero no pensaban en trasladarse hasta el

Duchess at Balham o al Shepherd 'Bush Empire como tampoco en asistir a una función en Middlesbrough. El segundo ejemplo, como ya sugería más arriba es el fútbol. Creo que no hay ni jamás ha habido un equipo de fútbol que ostentara el nombre de Londres. Todos los equipos famosos de la capital toman sus nombres de los barrios, excepto Arsenal, que se trasladó al Norte de Londres desde su lugar de origen como un club de fábrica en Woolwich. Pertenecían a Queens Park, las colinas en torno de Crystal Palace, a Charlton, Leyton y Tottenham, o a West Ham, otro equipo que comenzó como un club de fábrica.

Ahora bien, este modo de definir las comunidades está directamente conectado a los movimientos obreros.

De las veintitrés secciones de los "Carpinteros y Ebanistas Unidos" de la década del 1870, diez y ocho tenían los mismos nombres de la localidades, igual que los music halls o los equipos de fútbol, o ambos. Si tomamos un área como Woolwich, ésta era por consenso general una pequeña ciudad dentro de la ciudad, una comunidad definida, cuya clase trabajadora se basaba en el gran Arsenal, que generó a la vez el club de fútbol y la Royal Arsenal Cooperative Society, la cual a su tiempo colonizaría otras partes de Londres. La otra sociedad cooperativa metropolitana de importancia, La "Londres", tuvo originariamente su base en los talleres ferroviarios de Stratford. Y si consideramos West Ham, cuyas fundiciones dieron origen al famoso equipo "Hammers", su carácter de comunidad proletaria separada era tan remarcable que fue el primer distrito en el Gran Londres que eligió en su consejo una mayoría laborista. En

1892 ya había elevado al socialista Keir Harie al Parlamento por medio de una coalición electoral de los irlandeses con la izquierda local.

Por lo tanto, sería tentador afirmar que la verdadera fuerza de los trabajadores en la megalópolis descansa enteramente en aquellas comunidades urbanas que constituían en buena medida las grandes ciudades y sobre las cuales Abercrombie intentó estructurar su plan de desarrollo para Londres en 1944: lugares como Poplar o Clarksenwell. El famoso "cordón rojo" de París consistía en comunidades como esas, que podían ser de un tamaño modesto. Bobigny se convirtió en un baluarte del socialismo en 1912 cuando apenas tenía 4.000 habitantes y contaba con menos de 20.000 en el periodo en que llegó a ser y siguió siendo, una legendaria fortaleza del Partido Comunista. Cualquier historiador del movimiento obrero en las grandes ciudades, se encuentra con estas comunidades dentro de las ciudades: Floridsdorf en Viena, Sans en Barcelona, Wedding en Berlín, Sesto San Giovanni en Milán, etc. -a veces, pero no siempre, agrupadas en torno de alguna fábrica importante o de un complejo industrial. Y, por razones obvias, las grandes plantas tendían a generar una mayoritaria fuerza de trabajo local. Así, poco después de la Segunda Guerra Mundial, una gran fábrica (con más de 5000 trabajadores) en el límite sur de París atraía al 50% de su fuerza de trabajo de los distritos y comunidades inmediatas (el distrito 14, Maakoff y Montrouge); sólo un 7 a 8% de sus trabajadores y empleados provenían del Norte del Sena, y casi ninguno de los suburbios al Norte de París. Sin embargo, la fuerza de estos

cordones de comunidades proletarias como los "cordones rojos", no nos deberían hacer olvidar sus debilidades. Además de proveer durante generaciones bancas seguras a parlamentarios comunistas y de crear los teatros municipales sobre los que descansa todavía la reputación del teatro parisino, su significación política era pequeña.

Más aún, sería un error considerar a la gran ciudad como un agregado de comunidades urbanas. Una razón es que tales ciudades tendían a ser desproporcionadamente proletarias, y otra, desproporcionadamente rojas. En Alemania, antes de 1914, las ciudades de más de 100.000 habitantes eran en un 60% proletarias comparado con un índice promedio nacional de urbanización del 41%; la situación de Estocolmo en Suecia era similar. Las grandes ciudades alemanas contaban con un 18% del total de votantes, y un 45% de los miembros de los Sindicatos Libres (socialistas). Berlín y Hamburgo, con cerca del 60% cada una, tenían la tasa más alta de votantes por el SPD del país. Londres también se convirtió y continuó siendo una fortaleza laborista al Parlamento. Más aún, estas ciudades podían destacarse dramáticamente de esas inmediaciones políticas por su verdadera singularidad: como Vieja roja frente a la Austria rural, Nueva York demócrata en contraste con un estado de Nueva York por mucho tiempo republicano, Berlín y el resto de los espacios abiertos del noreste alemán, o como Londres en el Sur de Inglaterra. El laborismo o la izquierda adquirieron la hegemonía en estos gigantes solitarios a tal punto que, podría aún afirmarse que se hicieron más estables y atrajeron



apoyo político más allá de los que pudieran haber hecho, convirtiéndose en una especie de símbolo de identidad metropolitana. Esto debe tenerse en cuenta al analizar el fracaso de los conservadores británicos, entre 1890 y 1980, al intentar romper la dominación política de la izquierda en Londres creando autoridades metropolitanas rivales o al construir y luego destruir el "Gran Londres". También puede ayudarnos a explicar por qué, aún en las zonas millonarias de Manhattan, en 1984 y 1986, los Republicanos no obtuvieron una verdadera mayoría. No obstante, se necesita más investigación acerca de estas hipótesis especulativas.

Transporte y vivienda

Hay un segundo punto que debemos notar: las megalópolis desarrollaron ciertas características que si bien no totalmente propias, fueron explosivas. La primera y más obvia fue (y es) el transporte. Las grandes ciudades dependen del traslado de masas. La forma más segura de provocar disturbios políticos era -y es- probablemente meterse con los ómnibus, tranvías, subtes y ferrocarriles urbanos, como todavía nos lo demuestra Brasil a intervalos regulares. En realidad, en ese país el transporte de masas era uno de los pocos temas capaz de causar tumultos y rebeliones aún bajo el régimen militar; y ha producido resistencia y huelgas generales periódicamente en ciudades tan diferentes como Barcelona y Calcuta, ayudados por el hecho de que trasladar ómnibus quemados es más difícil que hacerlo con automóviles. No es casual que en la década siguiente a

1980 los líderes de la izquierda en el Greater London Council consideraran al transporte público y las tarifas como uno de los principales temas con que enfrentarse al gobierno conservador. Recíprocamente, el transporte urbano tiende a ser una fortaleza de los sindicatos, debido a que está controlado en forma predominante por las autoridades públicas y a que la sensibilidad del público frente a las interrupciones brindan a los sindicatos una considerable influencia. La RATP (transporte municipal de París) es uno de los pocos puntos de apoyo fuertes de la CGT entre los trabajadores manuales de esa ciudad, en tanto que los conductores de ómnibus londinenses en el periodo entre guerras conformaron uno de los dos pilares de fuerza y militancia del Sindicato del Transporte, que se convirtió en uno de los más grandes gremios de Inglaterra.

El segundo tema es el alquiler de viviendas. Este es políticamente radical en un doble sentido: primero, porque el control de las rentas y los contratos de alquiler constituyen una flagrante intervención en el mercado libre; segundo, porque implica el desarrollo de la vivienda pública a gran escala. La gran ciudad sobresale en ambos aspectos. Durante la Primera Guerra Mundial los movimientos de inquilinos en Glasgow, la segunda ciudad de Gran Bretaña, llevaron por medio de huelgas a la aprobación de leyes de control de los alquileres. Otras publicitadas agitaciones de este tipo tuvieron lugar, con una sola excepción, en ciudades de gran tamaño: Londres, Birmingham, Merseyside, Belfast. Nueva York fue la única ciudad norteamericana en la que los inquilinos fueron capaces de

obtener el control de la renta en 1920. Con respecto a la política de viviendas públicas -nacional y municipal- tal vez baste mencionar que, de la relativamente pocas unidades construidas por la municipalidades en Gran Bretaña hasta 1914, la mitad se localizaban en dos grandes ciudades: Londres y Glasgow y cuando las construcciones municipales se hicieron masivas (1.300.000 unidades entre 1920 y 1940) las grandes ciudades impulsaron esta actividad con Londres a la cabeza.

No es difícil encontrar las razones de esta política. Hasta que las municipalidades tomaron a su cargo este tema, en las grandes ciudades los pobres no tenían una verdadera alternativa al mercado privado de alquiler de viviendas, a diferencia de lo que ocurría en los asentamientos más pequeños. En el siglo XIX, ese mercado funcionaba suficientemente bien en la construcción de viviendas, pero el costo de brindar malas condiciones para los pobres generaba constantes fricciones y tensiones entre propietarios e inquilinos. La vivienda propia no era una opción realista para los trabajadores de la gran ciudad y, a la inversa, la vivienda compartida, que era usual en centros industriales desarrollados, no era significativa. Por lo tanto, los alquileres y los salarios fueron los dos parámetros básicos de la vida de los trabajadores de la gran ciudad. Mi propia iniciación, siendo un niño, a la conciencia política de la "Viena roja" se produjo cuando aprendí de otros chicos que los propietarios apoyaban al Partido Social Cristiano y los inquilinos al Social Demócrata. Desde luego, mientras esta experiencia era general en todas las grandes ciudades, los movimientos sociales pa-

recen haber estallado particularmente en las comunidades dentro de la ciudad, donde coincidían los salarios, alquileres, sentimiento comunitario y la organización de clase. Govan, un área de astilleros anexo a Glasgow, fue el corazón de las huelgas de inquilinos en 1912, como Wodwich lo fue del movimiento londinense. Ambos contaban con tradiciones locales de política y cooperación obrera independiente.

Las acciones de los inquilinos eran esporádicas pero el aspecto que se reveló como permanente en relación con los trabajadores fue la fuerza potencial que las construcciones comunitarias tenían en los grandes proyectos de viviendas, fueran éstos públicos o privados. Esto era así en virtud no sólo de su tamaño sino por la inversión política que representaban, en particular, los proyectos públicos. Cualquier gran complejo habitacional pudo proveer de preciosas oportunidades para la organización del movimiento obrero. Así el distrito berlinés de Neukolln, en 1912-13 tenía una población de un cuarto de millón, un electorado de casi 65.000 varones adultos de los cuales el 83% votaban por el SPD; los miembros del partido eran 15.000 o uno cada cuatro del padrón electoral, a quienes guiaban casi 1.000 funcionarios responsables de cuatro grupos de viviendas cada uno. Evidentemente, sin la existencia de concentraciones residenciales específicas de clase, tales triunfos de organización hubieran sido más difíciles o incluso imposibles.

Al mismo tiempo, proyectos especiales de viviendas dirigidos a los trabajadores -principalmente a los más regulares y confiables en el pago de sus rentas- originaron automáticamente

concentraciones de activistas. Charles Booth observaba que los edificios Shaftesbury en Battersea (Londres) fueron el centro de la actividad socialista en ese vecindario de obreros, donde se eligió el primer representante laborista al Parlamento del Condado de Londres. En el periodo entre guerras, el barrio más fuerte del laborismo en el distrito de Paddington se centraba en el complejo habitacional de Queens Park, construido entre 1871 y 1875 por la "Artisans and General Dwellings Company" para artesanos respetables (El tío del autor, quien llegó a ser el primer alcalde laborista de su distrito, fue su concejero durante años). Cuando el Partido Laborista o alguna municipalidad progresista construía sus propios complejos habitacionales, éstos se convertían, deliberadamente o no, en fortalezas de los trabajadores. Viena roja es un caso típico. El poder del partido, incluida su fuerza armada, descansaba en la red de grandes complejos de viviendas públicas que construyó en los años '20, llamados Marx, Goethe, Jaures y Washington. Finalmente, la viviendas públicas tienden a unificar la política en las municipalidades que las organizan, al crear un bloque de votantes cuyas preferencias estaban en gran medida determinadas por su status de arrendatarios públicos. Tanto este hecho como el empleo municipal en general, serían el principal factor de patronazgo en las "máquinas" políticas urbanas con respecto a los trabajadores.

Sin embargo, debemos notar un cambio muy importante en la naturaleza de los ocupantes de las viviendas públicas. Con el crecimiento de los suburbios, el éxodo de las industrias y los trabajadores y la crisis de los cen-

tros de la ciudades, la viviendas públicas del centro dejaron de ser el lugar donde vivía la mano de obra ocupada para transformarse en lugares para los marginados económicamente. Consecuentemente, el carácter social y político de tales edificaciones ha cambiado.

El rostro cambiante de la gran ciudad

Esto nos lleva a considerar las transformaciones fundamentales que han afectado a la gran ciudad en Occidente durante las últimas dos o tres últimas generaciones. Primero: se ha descentralizado como consecuencia de la migración a los suburbios y comunidades satélites. Segundo: se ha desindustrializado no sólo por la declinación general de la actividades secundarias, sino por la emigración de un tipo específico de industria con base en la ciudad y de la fuerza de trabajo más capacitada. Este fue, a menudo, el verdadero resultado de políticas urbanas progresistas, como cuando, en el periodo entre guerras el London County Council (Consejo del Condado de Londres) trasladó 100.000 trabajadores a viviendas nuevas en la zona semirural de Becontree, donde se convirtieron en fuerza de trabajo de la Ford Motor Company, asentada por esa razón en Dagenham.

Pueden sugerirse dos consecuencias ulteriores de esa tendencia. Para un número creciente de trabajadores, el ámbito diurno y nocturno así como el lugar de residencia y el lugar de trabajo han variado, teniendo ésto efectos importantes sobre el potencial organizativo de los obreros que siempre es más fuerte cuando coinciden el

lugar de trabajo y de residencia. También puede ser que el cambio de la economía de la clase trabajadora urbana haya llevado a una ruptura de aquellos mercados de trabajo altamente segmentados, los cuales, paradójicamente, hacían que la solidaridad entre trabajadores fuera más fácil de alcanzar. Mientras que en la práctica, los diferentes grupos y estratos de trabajadores, y especialmente grupos étnicos, no competían por los mismos empleos sino que ocupaban su propio lugar o lugares, las rivalidades y celos intraproletarios podían ser controlados más fácilmente.

Tercero: en general, la expansión administrativa de la gran ciudad se detuvo o fue detenida a medida que los suburbios prósperos (o los gobiernos reaccionarios como el del Reino Unido) combatían contra la dominación política de los pobres del centro y los altos impuestos. Cuarto: el "centro de la ciudad" parece estar dominado cada vez más por una población específica que asociamos con él: los diversos tipos de pobres, los trabajadores no calificados, los marginales sociales, las minorías étnicas y de cualquier otra clase. Esto no significa que los otros tipos de trabajadores se hayan ido, pero aquellos dominan la imagen que actualmente tenemos del centro. Esta nueva población típica del centro no está integrada solamente por los que se quedaron sino que a veces incluye a aquellos atraídos a la gran ciudad precisamente por lo que ésta contiene, y siempre ha contenido, como si fueran espacios sociológicamente abiertos, -diseñados para los grupos socialmente indefinidos. La gran ciudad siempre fue "par excellence" un lugar para transeúntes, visitantes, turistas, residentes tempo-

raros, en cierta manera proyectada como una tierra de nadie o mejor como una tierra para cualquiera. Su "anomie" y anonimato no son un mito.

Finalmente, al mismo tiempo que su estructura y población cambiaban en las formas descritas, el desarrollo urbano, público o privado, iba destruyendo las verdaderas bases que habían permitido la formación de las "comunidades urbanas" sobre las cuales había descansado mucha de la fuerza de los trabajadores. Esto fue notable en los '60, la década más desastrosa en la larga y singular historia de la vida urbana en el mundo. El paisaje urbano de las que solían ser áreas obreras está hoy, a menudo, ocupado por torres indefinidas rodeadas de espacios abiertos y los caparzones de antiguos depósitos o fábricas a la espera de convertirse en lugares de esparcimiento o departamentos lujosos. La profunda desmovilización de la gente pobre en estos desiertos peligrosos y pintados con aerosol no es un factor despreciable. Por el contrario, hay un fenómeno de "gentrification" generalmente minoritario, excepto en París donde la ciudad conservó sus límites de 1860. La "gentrification" convierte a los trabajadores en una población meramente diurna que se retira a sus madrigueras en algún lugar afuera, como en París donde los "bistrots" cierran luego de las horas de trabajo. Puede haber, claro está, alguna vivienda comunitaria entre los nuevos inmigrantes étnicos, pero probablemente no en la antigua escala. Y también puede haber nuevas poblaciones en el centro, potencialmente radicales como los estudiantes, pero no son del tipo de la vieja clase trabajadora.

Como consecuencia de todo esto, los

movimientos obreros en la gran ciudad han sido despojados de su anterior cohesión, excepto por lo que continúa siendo provisto por el núcleo, estructura y patronazgo de la política urbana. Si la ciudad ha sido abolida políticamente o no existe -como en Londres- lo único que persiste son los vínculos de la política nacional con la condición de que el área urbana conserve cohesión social suficiente. En resumen, los movimientos obreros de la gran ciudad viven del capital acumulado en el pasado. Son socialistas, laboristas o comunistas, o en los Estados Unidos, demócratas, debido a que esa fue la fuerza de movilización de los pobres en el pasado, y los pobres identifican todavía a esos partidos como "los partidos para nosotros". Pero si estas ciudades crecieran sobre la base de poblaciones nuevas -como parece el caso de Miami y Los Angeles- no habría una afinidad necesaria con los partidos que una vez se identificaban automáticamente con la movilización en tales contextos.

Lo que están perdiendo -o han perdido- los movimientos obreros es aquella identificación de clase como trabajadores que solía darles vigor y un sentido de poder colectivo. Si todo el conurbano constituyera la unidad de la política urbana, los trabajadores o los pobres podrían no sentirse más como la norma mayoritaria de los habitantes de la ciudad. Sin embargo, todavía lo son en el centro de la ciudad. Porque, paradójicamente, la desintegración de la megalópolis tendió a dejar al centro como el corazón del descontento. Pero, ¿qué tipo de descontento, de quién? En cierto sentido, la población trabajadora de la gran ciudad está retrocediendo des-

de el status y la conciencia de "proletaria" hacia la situación de "trabajadores pobres" pre-industriales, o solamente de "pobre", o aún peor de "trabajadores" o "gente común" a clases bajas. Y, en muchas grandes ciudades europeas, estos trabajadores o "trabajadores pobres" están, al menos, étnicamente mucho más desunidos e internamente fragmentados que antes, al no tener tanto tiempo como en Estados Unidos para adaptarse al mosaico de nacionalidades, lingüístico y racial que es hoy común en todas partes.

El modo característico de acción de estos "pobres" o "trabajadores pobres" no es ya la huelga o las grandes demostraciones o actos públicos, sino nuevamente, como en el pasado, la violencia. La gran ciudad se ha vuelto tumultosa, para no decir peligrosa, de una manera que había dejado de ser desde mediados del siglo pasado. Sin embargo no existen ya las creencias políticas de la "multitud" de George Rudé. Tampoco existen las profundas estructuras sociales para movilizarla. Las divisiones en el seno de la heterogénea y a menudo socialmente desorganizada población de nuevos "trabajadores pobres" determinan que sus acciones se dirijan hacia adentro o a los lados más que hacia arriba. Los desórdenes o estallidos típicos del presente, no son realmente políticos, y a menudo están claramente dirigidos contra algún otro contingente racial, territorial o de diferente estilo de vida, -pero les falta objetivos y propósitos. No tiene exigencias para satisfacer. Además no poseen una organización estructurada o cuacros en el viejo sentido del movimiento. La política del ghetto no es la de la clase trabajadora.

Todo esto constituye una seria desventaja para los movimientos obreros. Porque en la gran ciudad éstos nunca fueron, ni en sus mejores tiempos, tan cohesionados como en las pequeñas comunidades industriales, aún cuando estas no fueran asentamientos con una sola industria. Los trabajadores siempre fueron un estrato más variado y heterogéneo, que se mantenía unido por un estilo de vida en común -la vida del trabajo manual- y por una conciencia de clase común, de relativa pobreza y bajo status. Esto permitía a los partidos de los trabajadores convertirse en continentes de los intereses de clase y de otras minorías. Eran, como el Partido Demócrata en Estados Unidos, alianzas de intereses de minorías, pero no eran solo alianzas de ese tipo, dado que el concepto de "clase trabajadora" les proveía un denominador común con otros grupos diferentes, y aún divergentes. Esto ocurría aún cuando los movimientos de trabajadores no enfatizaban su llamamiento a minorías tales como, por ejemplo, los irlandeses o los judíos. Los protestantes y católicos de Glasgow, cuyo odio mutuo era evidente en el fútbol, podían unirse en un solo bando para acciones de política urbana.

Divisiones en la gran ciudad

Los pobres de la gran ciudad, trabajadores o no, están hoy divididos: étnicamente, por su status socioeconómico, entre aquellos que trabajan y los que viven de la caridad, entre residentes y los habitantes transitorios, proletarios y lumpenproletarios o marginales y, no menos importante, entre diferentes grupos de edad mutuamente incomprensidos y hostiles. Los

viejos están divididos de los jóvenes, a quienes temen. Tal población es, o parecería ser, sólo un conjunto de minorías o un agregado de gente que carece de un denominador común políticamente efectivo. El riesgo de esta situación es que la política de los trabajadores se adapte a ella, funcionando sólo como una coalición de minorías. Esto era muy visible en Londres en la década de 1980.

Hay dos problemas en relación a esta estrategia. El primero es que, al sumar solamente minorías, especialmente grupos marginados (rebautizados, con propósitos propagandísticos como "nuevos movimientos sociales") no resultan mayorías, desde un punto de vista político. Aún el Partido Liberal británico en 1890, cuando ganó movilizándolo a las nacionalidades más pequeñas y las minorías ideológicas y religiosas, no podía confiar en volver a triunfar en 1906 si no se apoyaba en una base más amplia, como un "partido del pueblo" aceptado por la mayoría. Además, la estrategia de las minorías puede probablemente alienar más que movilizar. Sus victorias pueden ser ilusorias. En muchas ciudades de los Estados Unidos, los negros eligen hoy sus alcaldes, pero lo hacen porque sus votos están concentrados en tales lugares, no porque nacionalmente, o aún en grandes ciudades, hayan dejado de ser una minoría. Aún más, el riesgo de apelar a una minoría, o a una "coalición multicolor" de minorías es abandonar al resto a los llamados de la derecha demagógica que habla el viejo lenguaje de la comunidad y la moralidad, la base de las exhortaciones de los trabajadores, pero con el vocabulario del racismo y del estado policía. Después de todo, esto es lo que ha venido destruyendo el

viejo "cordón rojo" en la gran ciudad en Francia y muchos de nosotros sabemos aunque pocos están dispuestos a admitirlo- que las mayores pérdidas del Partido Laborista entre los trabajadores se deben no tanto al llamamiento Thatcheriano al egoísmo próspero sino a sus apelaciones a la raza, a la "ley y el orden".

Parece claro que las antiguas exhortaciones de clase que constituían la fuerza de los trabajadores, no sirven ya en las grandes ciudades profundamente divididas. En estos días en que estamos volviendo de alguna manera a cierta versión de la política de las "multitudes urbanas" de la época "preindustrial, de los "estratos inferiores" y "los trabajadores pobres", ¿no sería lógico volver también a las políticas populistas de aquellos días? Porque todavía hay espacio para una ideología y un principio movilizador basados en aquello que tienen en común todos los habitantes de una ciudad: orgullo no disminuido por la ciudad y su superioridad- que puede llegar a ser un sentimiento muy poderoso en las grandes ciudades- y un interés en sus problemas, sin duda con un especial énfasis en lo que concierne a los pobres y explotados. Esto se corresponde enteramente con la línea de los movimientos obreros fuertes y profundamente arraigados. Por ejemplo, en los años '70, centros tan relevantes como Roma y Nápoles, fueron administrados por alcaldes comunistas por primera vez. En Gran Bretaña, el orgullo londinense fue un elemento muy importante en la política obrera durante los años de la lucha contra la disolución del Greater London Council (Gran Concejo de Londres). Dada la fuerza potencial de los trabajadores en lo que queda de las

megalópolis de Occidente y dada la tradición de liderazgo municipal de las izquierdas en tales ciudades, ¿por qué no?

Por supuesto, una estrategia así es posible. Realmente es esencial su adopción por los movimientos de trabajadores si desean evitar el error fatal de convertirse en grupos de presión sectorial, en representación de intereses específicos -que no coinciden y a menudo se contradicen- con aquellos del resto de los ciudadanos, incluyendo al resto de la clase trabajadora urbana. Además, en las actuales circunstancias, por lo menos en Gran Bretaña, la defensa de los intereses y autonomía de la ciudad contra un gobierno resuelto a destruirlos, se ajustan tácitamente a los intereses de la izquierda, aún a los de corto plazo. Sólo una cosa es incorrecta con respecto a esta "política popular urbana". Puede ser aplicada por los movimientos de trabajadores, pero no es específica de ellos. Otros pueden practicarla con la misma efectividad pero con propósitos menos deseables. No es necesario buscar demasiado lejos para encontrar ejemplos de políticos ensalzadores de la ciudad, con un agudo sentido de las realidades políticas y financieras, pero sin ningún interés por la justicia social.

UNA REFLEXIÓN PARA LOS HISTORIADORES: QUÉ LLEGA DE NUESTRA PRODUCCIÓN A LA ESCUELA MEDIA

Silvia FINOCCHIO

(U.B.A.)

"... Porque en las crisis se impone la exigencia de no marchar a ciegas y de detener con frecuencia el paso para elegir uno entre los múltiples caminos que se ofrecen a nuestra planta; y hoy, como antes muchas veces, la duda acosa y el espíritu reflexivo quiere apelar a todo el poder de su capacidad intelectual para fijar el rumbo.

La crisis es grave y peligrosa y el retorno a la historia -que es su signo- es también, por fortuna su clave... Que viva, quien quiere salvarse, en actitud histórica, a semejanza del piloto que trepa al más alto mástil cuando el peligro acecha, para mirar de lejos más allá -y más acá- de la vida".

(ROMERO, J.L.; 1988)

El propósito de esta declamativa cita no es legitimar nuestra actividad intelectual a través de las palabras de un historiador reconocido, sino plantearnos una vez más el compromiso social de este saber y reflexionar acerca de las consecuencias de que durante décadas miles de alumnos hayan egresado de nuestras escuelas sin ese anclaje en el presente que la conciencia histórica proporciona.

Advertimos en otra oportunidad (FINOCCHIO, S.; 1989) que las distintas áreas de los conocimientos que circulan en el ámbito escolar han tenido dinámicas históricas diversas y que consecuentemente el retraso de la escuela en relación con lo que la sociedad produce no es homogéneo.

En la comparación con otros saberes, la enseñanza de la historia se nos presentaba como un paradigma de inmovilidad, desactualización y escasa significatividad de sus contenidos. En el caso de física, también nos encontramos con contenidos educativos que desafiaban el paso del tiempo, sin embargo, la física newtoniana que los adolescentes aprenden hoy en nuestras escuelas tienen aplicabilidad técnica y científica fuera del ámbito escolar. Por otra parte, los contenidos de otras asignaturas han tenido historias más ágiles, de cambios, y aunque en alguna como en educación cívica, debido a la fuerte carga ideológica puesta en sus contenidos, ese dinamismo programático se relaciona con los controvertidos procesos políticos por los que atravesamos, en otras como en lengua y literatura, esas transformaciones se corresponden con nuevas demandas

sociales y con una actualización vinculada a las más modernas teorías lingüísticas.

Intentaremos aquí explicar algunas cuestiones referidas a la enseñanza de la historia y discutir acerca de la función social que la misma ha tenido en el nivel medio del sistema educativo formal.

Para lograrlo -y sin pretensiones de exhaustividad- analizaremos planes, programas y textos, en especial estos últimos ya que debido a su uso masivo se aproximan bastante al curriculum real.

"El método tradicionalmente usado en nuestros institutos secundarios, públicos o privados, para la enseñanza de la Historia, consiste en adoptar un manual nacional o extranjero como libro de texto, y en obligar a los alumnos a estudiarlo, por dosis, en sus casas, para recitarlo en la clase ante los condiscípulos y el Profesor, quien suele agregar algunos comentarios o ampliaciones". (DELLEPIANE, A.; 1903).

Transcribimos aquí una pequeña parte del informe presentado al Ministerio de Instrucción Pública por A. DELLEPIANE, a quien como especialista se le había solicitado un análisis acerca de la enseñanza de la historia. Lo que este párrafo refiere demuestra que los textos escolares de historia -en particular- constituyen una fuente pertinente para el análisis del curriculum desde aquel entonces. No es el problema más reciente del profesor-taxi-muchos trabajos en distintos lugares para alcanzar un salario de subsistencia- el que lleva a delegar en los manuales casi exclusivamente los contenidos de la enseñanza. Creemos que es más un problema pedagógico -el énfasis puesto por la pedagogía tradi-

cional en este recurso- sumado al de la baja calidad de la formación docente, carencia que es reiterada por los testimonios desde el surgimiento y desarrollo del nivel dentro del sistema⁽¹⁾.

Tras la creación del Colegio Nacional de Buenos Aires en 1863 se establecieron colegios nacionales en el resto de las provincias⁽²⁾ constituyéndose así las bases fundacionales de la escuela secundaria pública en nuestro país.

En estos colegios se ofreció una enseñanza enciclopedista que preparaba a una minoría para acceder a la universidad. En ella convergían dos tradiciones, la enseñanza clásica que tenía siglos de vigencia y la formación científica que luchaba como en Francia por dominar en el campo de los conocimientos la cultura escolar.

A partir del análisis de los primeros planes de estudio para el nivel medio -1867, 1870 y 1874⁽³⁾- pudimos comprobar que aproximadamente el 12% de horas de clase estaba destinado para el estudio de historia y geografía, disciplinas que hasta la década del ochenta ⁽⁴⁾ aparecían y se dictaban juntas. Sólo eran superadas en los tres planes por: idiomas extranjeros (22%), matemática y sus aplicaciones (22%) y ciencias naturales (13%).

En el marco de una enseñanza que como dijimos intentaba abarcar un espectro de saberes lo más amplio posible, historia tenía un peso relevante⁽⁵⁾.

Con la expansión de la matrícula la escuela secundaria perdió su carácter elitista y se transformó en un ciclo de masas (Tedesco, J.C.; 1983). El acceso de mayores sectores de la población al nivel medio fue acompaña-

da por la creación de nuevas modalidades que se agregaron al colegio nacional y la escuela normal: comercial e industrial en la década del 90 del siglo pasado, y agropecuaria y artística en los años 70 del presente.

Historicamente los planes de estudio se estructuraron siguiendo el viejo modelo enciclopedista del nacional o bachillerato al que se sumaron asignaturas. La carga horaria destinada a la enseñanza de la historia se redujo en mayor medida en las modalidades técnica y agropecuaria. Pero aquel 12% destinado a historia ha continuado vigente en los planes de estudios del Ciclo Básico Común al Bachillerato y Magisterio de 1949, del Ciclo Básico de Enseñanza Secundaria de 1956; y en la reciente resolución ministerial 1813/88 que unifica los primeros años del bachillerato y del comercial diurno en un Ciclo Básico Común se suprimen horas en algunas asignaturas para sumárselas a otras sobrepasando al anterior 10% de horas de clases dedicadas a esta asignatura en todas las escuelas nacionales de comercio (cursos diurnos).

En Juvenilia, Miguel CANE (s/f) recuerda un encuentro con su compañero BINOMIO, aquel que, seducido por las matemáticas en sus años escolares, se lamentaba ya maduro por su destino de modesto empleado público:

"-No hay como la historia, y sino mirá a nuestros compañeros que han hecho carrera".

La utilidad de la historia parece haber sido reservada para aquellos años en los que sólo una minoría accedía a los colegios nacionales, y egresaba luego haciendo flamear la historia desde los lugares privilegiados que ocupa-

ban en la vida pública (CANE, M.; s/f) ¿Qué ocurrió a partir de la masificación del nivel medio? ¿Por qué ya en 1919 los alumnos del Colegio Nacional de Buenos Aires plantean en la revista del centro de estudiantes la poca relevancia de lo aprendido y la importante carga horaria destinada a la enseñanza de la historia (Atenas, 1919)? ¿Cómo explicar la permanencia dentro del grupo de asignaturas denominado generales⁽⁶⁾ de un 12% del tiempo escolar dedicado a la enseñanza de una historia desactualizada y poco significativa para la mayoría de los jóvenes frente a otras asignaturas que sí se han renovado profundamente⁽⁷⁾?

Historia conservó nominalmente el viejo prestigio que daban sus conocimientos en otra época⁽⁸⁾ y no podía desaparecer. Por otra parte una fuerte carga ideológica fue puesta en los contenidos de Moral Cívica y Política (1910), Cultura Ciudadana (1952), Educación Democrática (1955), ERSA (1973), Formación Cívica (1976) y (Formación Moral y Cívica (1978). Este fue el campo de batalla que utilizaron los gobiernos de turno quedando los contenidos históricos al margen de la contienda.

¿Qué restaba? Podemos decir que desde las primeras décadas de este siglo las autoridades educativas a través de sus políticas garantizaron sucesivamente a los sectores sociales que el gobierno representaba, un discurso inofensivo por medio de la enseñanza de una historia irrelevante y totalmente desvinculada del presente.

Este papel no le fue reservado exclusivamente a la historia. Desde el siglo pasado existió otra asignatura, Instrucción Cívica, que aún conserva su

denominación y que no ha variado sustancialmente. La perduración de su carácter formal y su falta de relación concreta con la vida política del país la acercan a la historia, compartiendo ambas la función de educarnos sin memoria, o mejor dicho, para no plantearnos nuestra falta de memoria.

En cuanto a los tiempos, espacios y temáticas privilegiadas para su estudio, ubicamos un gran corte en la década del ochenta del siglo pasado. El esquema general de los contenidos históricos (9) en los planes de instrucción general para la enseñanza secundaria correspondiente a los años 1863, 1867, 1870, 1873, 1874, 1876 y 1879 fue el siguiente para cada uno de los cinco cursos: historia sagrada e historia antigua, historia de Grecia y Roma, historia de la Edad Media y Moderna, historia de América Colonial, y por último una revista general de la historia que constituía una síntesis de los tres primeros.

Dos innovaciones se incorporaron en el plan de 1884. Se incluyó definitivamente como programa de estudio la historia argentina. Antes los alumnos egresaban conociendo fundamentalmente la historia judea y europea (FREGEIRO, C.; 1885). Ocasionalmente pudieron acceder al pasado nacional en cátedras aisladas creadas fuera del plan⁽¹⁰⁾ o por su incorporación en un plan de corta vigencia⁽¹¹⁾.

Esta no fue la única novedad ya que se agregó además el estudio de lo que comenzaba a llamarse historia contemporánea y que comprendía a partir de la Revolución Francesa.

Desde allí nada parece haber cambiado demasiado aunque se podrían señalar tres momentos:

- en los planes de estudio para los colegios nacionales de 1884 y 1910 se destinaban dos cursos para historia nacional y tres cursos para historia antigua, medieval, moderna y contemporánea europea⁽¹²⁾,

- en los planes para el ciclo básico y segundo ciclo de 1949, y para el ciclo básico de bachillerato y magisterio, primer ciclo de escuelas nacionales de comercio y segundo ciclo del bachillerato de 1956 se establecía que en tres cursos se estudiaría la historia argentina y en dos cursos la historia antigua y medieval por un lado, y moderna y contemporánea por otro (siempre europea),

- en los contenidos mínimos generalizados para los tres primeros años del ciclo básico y comercial de 1978 se dispuso un curso de historia antigua y medieval, un curso de historia moderna europea en relación con el período hispanoamericano y un curso de historia nacional vinculado con acontecimientos europeos y americanos.

Sin duda el crecimiento y la difusión del saber histórico a partir de la publicación de las obras de Mitre y la aplicación de la metodología positivista a la investigación histórica permitieron la inclusión de la historia nacional como programa de estudio en 1884.

Por otra parte, para esa época, la enseñanza de la historia debía cumplir también aquella importante misión que Mitre le había asignado a la historia: construir el país al otorgarle una visión de su pasado. Poseer una visión del pasado orientaría la acción de los alumnos que en pocos años más tendrían en sus manos aquella tarea⁽¹³⁾. Leámos el prólogo de un texto:

"Hemos dicho que el conocimiento de

la Historia procura una alta enseñanza moral e intelectual y aquí debemos agregar que ella (la historia nacional) contribuye, mejor que ninguna otra ciencia, a preparar al ciudadano para entrar de lleno en las agitaciones de la vida pública". (FREGEIRO, C.L.; 1885).

En consecuencia, qué debía ser la historia para estos autores?

"En la dirección de los asuntos humanos es el Estado quien más obra, su acción es más constante y es más efectiva. De consiguiente la Historia puede considerarse, y muy a menudo lo es, como la Biografía de los Estados, puesto que se refiere a sus destinos, las obras de sus gobiernos y los acontecimientos que ejercen influencia sobre ellos". (PRESSINGER, A.; 1880).

Para ese entonces los contenidos históricos estaban absolutamente consustanciados con los procesos políticos y económicos por los que el país atravesaba e intentaban legitimar la formación del estado nacional y las nuevas formas de dominación que el mismo imponía.

La realidad fue cambiando y las inquietudes con las que algunos preocupados por recuperar la memoria recurrían al pasado también. Sin embargo programas y textos continuaron vigentes con escasas variaciones. El curso de Historia Nacional de Alfredo GROSSO tuvo su primera edición en 1883 y casi setenta años después seguía apareciendo. Los apuntes de Historia Americana de Navarro LAMARCA se publicaron por primera vez en 1894 y la cuadragésimo tercera edición fue en 1950. Los manuales sintéticos de Astolfi de la década del 40 se publican hoy. Y se mantiene incólume además la lista de presentes

y ausentes en cuanto a actores sociales, temas, tiempos y espacios representados, lo que sería aquí una obviedad reiterar. Es comprensible entonces que no sólo indiferencia sino resistencia generaran los contenidos históricos tal como se los han enseñado a la mayoría de los jóvenes.

El hecho de que a partir de 1949 la balanza, se inclinara aún más por la historia argentina lo explica un contexto fuertemente nacionalista. Sin embargo, al contrario de lo que muchas veces se supuso, los cambios introducidos en los programas de historia no se vieron afectados por esta ideología ni fueron peronizados sus contenidos. Incluimos aquí unidades temáticas correspondientes a los programas de historia para los colegios nacionales de 1910 y del ciclo básico de 1949 para su comparación.

1910

Unidad 8

La Gobernación de ROZAS. El general BALCARCE y los gobiernos del litoral. Usurpación de las Islas Malvinas. Caída de BALCARCE. Juan J. VIAMONTE. Expedición al desierto. Regreso de ROZAS. Rivalidades entre QUIROGA, LOPEZ y ROZAS.

El asesinato de QUIROGA. ROZAS, gobernador con la suma del poder público. El plebiscito. Las fiestas parroquiales. Las representaciones teatrales. La Mazorca. "La Gaceta Mercantil". La reacción contra ROZAS. Conspiración de MAZA. Revolución de 1839. Campaña de LAVALLE. La coalición del norte. Consolidación de ROZAS en el gobierno.

Las complicaciones con Francia. El bloqueo de los puertos argentinos.

Negociación MACKAU. Dificultades de ROZAS para desenvolver su política en el Estado Oriental. La invasión al Uruguay. Intervención anglo-francesa.

Unidad 9

Resistencia de Corrientes contra ROZAS. Campaña militar de PAZ contra ROZAS. Batalla de Caá Guazú. Desinteligencias entre los jefes de la reacción. Batalla de Arroyo Grande. Nueva reacción en Corrientes. Tratado de Alcaraz. Vences.

Unidad 10

URQUIZA: sus antecedentes. Pronunciamiento del 10. de mayo de 1851. La escuadra brasileña en las aguas del Paraná. El paso del Tonelero. URQUIZA atraviesa el Paraná. Caseros. Caída de ROZAS. Situación del país al tiempo de la caída de ROZAS. El Acuerdo de San Nicolás.

1949

IX.-Nueva disolución del régimen nacional. Gobiernos de DORREGO y LAVALLE. La paz con el Imperio. Unitarios y federales en el interior del país. Primer gobierno de ROZAS. Usurpación de las islas Malvinas. Gobiernos de BALCARCE y sus sucesores.

X.-La época de ROZAS. La suma del poder público. La "Asociación de Mayo". Reacciones contra la dictadura. Conflictos con Francia e Inglaterra. Convención Mackau-Arana. Combate de Obligado. Pronunciamiento de URQUIZA.

XI.-Campaña de la Banda Oriental. El Ejército Grande. Caseros. Gobierno de Vicente López. Acuerdo de San Nicolás.

Mientras que en el programa de Cultura Ciudadana (1952) y también en sus textos (Battoa, F. y otros, 1954; Ferrari, C., 1954; Liberal, J., 1954; López Basanta, 1953; Parera, 1953) se confundía la socialización política con el adoctrinamiento, los textos de historia se siguieron editando y circulando sin cambios sustantivos (Navarro Lamarca, C., 1894; Malet, A., 1912; Levene, R., 1913; Saenz Valiente, J., 1925, Sarthou, B. y J.A. Lafont, 1934; Lafont, J., 1936; Raffo de la Reta, J.C., 1941; Astolfi, J.C., 1942) y aquellos que se editaron en ese entonces por primera vez lo continuaron haciendo en décadas siguientes (Paesa, P., 1954; Trevisan, H. 1954).

Posteriormente, las modificaciones introducidas en los programas de contenidos mínimos de 1978 fueron también absolutamente formales ya que solo consistieron en alternar unidades de historia europea y americana o nacional. Los textos no superaron esta dificultad (Miretzki, M.L.N. de, 1985; Llado, J.B. y otros, 1982).

Podemos decir que nada parece haber cambiado demasiado no sólo por los tiempos, espacios o temáticas privilegiadas sino también por el tipo de conocimiento.

En un análisis de la construcción del conocimiento en el nivel medio, Alicia Entel (1988) distingue las formas atomizantes, estructurales y procesuales⁽¹⁴⁾. Desde nuestra perspectiva, el conocimiento histórico atomizado sería el de los hechos; el estructural, el de las relaciones lógicas entre los hechos; y el procesual, el de la dialéctica entre los hechos, incluyéndose así las contradicciones y el cambio.

El análisis de los textos escolares permite comprobar que en el nivel medio

se accede aún hoy a lo histórico a través de un conocimiento atomizante. Por qué no recorrer en una librería los estantes correspondientes a los textos escolares que este año leerán los adolescentes? Podríamos anticipar cuál es el modo de conocer que proponen algunos. La historia de Roma antigua, por ejemplo, puede ser fagocitada en 107 páginas (Drago, A., 1988) o en 71 páginas (Astolfi, J.C., 1987) y sin demasiadas diferencias con los viejos textos de Ch. Seignobos (1899) o A. Malet (1912) -que sí respondían a una visión del mundo y la realidad acorde con su tiempo- a través de la sucesión de: Rómulo, Remo, Tarquino el Antiguo, Servio Tulio, Tarquino el Soberbio, los Graco, Mario, Sila, César, Pompeyo, Octavio, Antonio, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Trajano, Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio, Cómodo, Septimio Severo, Caracalla, Heliogabalo, Alejandro Severo, Diocleciano, Maximino, Majencio y Teodosio; todos estos, mínimas parcelas o átomos de la realidad pasada, que la pautan pero que no permiten comprenderla.

Encontramos no sólo resistencias al cambio sino profundas contradicciones si nos referimos a la influencia de las corrientes historiográficas en la redacción de los textos escolares.

Los manuales anteriores a la década del ochenta del siglo pasado (Drioux, s/n, 1858; Duruy, V., 1868) les resultarían hoy extraños a cualquier adolescente que los tomara en sus manos por su estilo particular heredado de la narración histórica romántica.

Sin embargo no ocurriría lo mismo con los textos producidos a partir de ese momento. Una interpretación que se decía objetiva y neutral -pero que respondía en verdad a una visión par-

ticular: el liberalismo- el liberalismo nacionalista de Mitre para el caso de la historia nacional- era garantizada por un autor imparcial que no se apartaba más allá del dato que la fuente histórica ofrecía. Así lo atestiguan los prólogos de manuales redactados en diversas épocas (Pelliza, M., 1910; Levene, E., 1913; Cobos Daract, J., 1925; Astolfi, J.C., 1942; Ccosmelli Ibañez, J., 1961, Pisano, N., 1981). En este sentido podríamos decir que el éxito de la Nueva Escuela Histórica (1905) ⁽¹⁵⁾ fue total. Sin embargo, la paradoja se presenta al comprobar que en muchísimos de estos manuales de historia las citas de las fuentes se encuentran ausentes. Debe agregarse que en los años recientes algunos autores o editoriales han comenzado a renegar de esta concepción de la historia para ponerse a tono con las corrientes en boga. Esto lo han hecho sacando simplemente los prólogos, presentaciones o advertencias a los textos (Astolfi, J.C., 1987; Ibañez, J., 1984) pero sin modificar lo producido en sus aspectos teóricos o metodológicos.

Aquel grupo de historiadores integrado entre otros por Diego Luis Molinari y Emilio Ravignani advirtieron en las primeras décadas de este siglo las limitaciones de la Nueva Escuela Histórica:

"... reprochaban a la vez que su metodología sólo aproximativa su frecuente servidumbre a finalidades patrióticas o facciosas"(Halperin Donghi, T.; 1986).

Estos hombres intentaron contribuir a la enseñanza de la historia con la publicación de una serie de manuales de Historia de la Civilización argentina. Sólo alcanzaron a publicar con gran esfuerzo un tomo (Carbia, R.;

Molinari, D.L.; Ravignani, E.; Torres, L.M.; 1917) y no pudimos comprobar si este texto se llegó a utilizar e incluso si era factible su lectura en las escuelas.

En los años posteriores, el revisionismo en tanto alternativa del liberalismo tradicional tuvo un mínimo impacto en lo que a redacción de textos escolares se refiere (Pellegrini, C.; 1950; Ocon, J.; 1974; y en algunos aspectos Fernández Arlaud, S.; 1967).

Las corrientes historiográficas renovadoras que aparecieron en el mapa universitario argentino a partir de 1955 y que respondían a influencias heterogéneas (la escuela de los Anales, el marxismo, el neomarxismo, y de otras disciplinas sociales como la sociología o la economía) tampoco han estado presentes en los procesos de producción y circulación de conocimientos en nuestras escuelas ya que los textos que apoyarían esta tarea intelectual no las recogen. Sólo en un manual de reciente edición (González, A. y otros; 1988) puede comprobarse una cierta apertura temática o problemática. Sin dejar de reconocer el aporte que el mismo ha significado, es posible comprobar la dificultad para escapar a esa fuerte tradición de los manuales de historia: mientras que en algunos capítulos prevalece lo inteligible o conceptual que caracteriza a las más modernas tendencias, en otros sigue primando lo anecdótico⁽¹⁶⁾.

Finalmente intentaremos bosquejar aunque sea unos pocos aspectos de la situación comunicativa producida por ese género particular de discurso propio de los textos escolares de historia.

A una gama relativamente variada re-

ferida a la inserción profesional de los autores de los manuales en nuestro país: Raffo de la Reta y Levene (académicos), Arocena (docente universitario de historia), Cobos Daract, Pae-sa, Etchart Douzon (docente de historia del nivel medio), Carbia (investigador), Ibañez (profesor en Letras) o Grosso (matemático), le corresponde una representación homogénea por parte del receptor-alumno. Los adolescentes en general o no conocen al autor y se refieren siempre al libro como "el manual de historia" o llegan a cosificar el apellido, "el Ibañez" o "el Astolfi", pero sin poder ubicar concretamente al autor, al que siempre imaginan como un individuo desconocido, distante o lejano.

Esto puede tener varias explicaciones: ni el docente en el aula ni la editorial en el texto, lo presentan; tampoco lo hace el propio autor en un prólogo o introducción. Pero, este tipo de discurso puede generar en el alumno la inquietud ¿quién habla? No, la intención del que escribe es siempre estar aparentemente ausente, crear presunción de objetividad y evitar cualquier marca que denote a un sujeto con una ideología y valoración particular de la realidad. Maingueneau (1980) llama pertinentemente a este tipo de recurso "enmascaramiento".

¿Y cuál es la imagen que el autor se hace del destinatario-alumno?. También hay aquí una única figuración y ella corresponde a la de un joven que no quiere comprometerse con nada, al que no se le reconocen condiciones para la acción o para la reflexión y al que se le debe dar todo "cocinado".

"La selección de todos los medios lingüísticos se realiza por el hablante

bajo la influencia del destinatario y de su respuesta prefigurada" (Bajtin, M.; 1982). Las oraciones enunciativas en indicativo y en tercera persona quitan toda posibilidad de un oyente-participante y la respuesta esperada no será alcanzar un convencimiento (falta una actitud marcadamente argumentativa o valoradora) ni esperar una réplica (está omitida toda posibilidad de conflicto). La expresividad y la entonación demuestran que lo que se espera es la lección. Es absolutamente infrecuente este modo de enunciar:

"Quizá pueda parecer, en efecto, que la máquina esclaviza al hombre y hace de él un elemento secundario en la vida económica. Pero lo importante es que puede liberarlo de su bárbara servidumbre, incorporando a la vida del espíritu enormes masas, antes forzosamente apartadas de ella, y en las que nadie sabe qué capacidades intelectuales y morales se esconden.

La era maquinista apenas ha comenzado. Quedan todavía por resolverse muchos de los problemas que ha planteado el estupendo desarrollo de la máquina en la organización económica y en la vida social y política" (Romero, J.L.; 1951)

En este caso el autor se permitió enunciar desde la reflexión y en consecuencia se supone que su imagen del receptor-alumno es la de alguien que puede reflexionar.

Por otra parte al observar la composición o estructura donde lo didáctico parece ser lo constitutivo, comprobamos que desde la aparición en el ámbito escolar de los manuales franceses de Malet (década de 1910), los cuales señalan el comienzo de un nuevo tipo de texto, pequeños párrafos con subtítulos organizan el discus-

so pronunciado en un lenguaje formal. Esto queda definido como el espacio de lo enunciado por el autor y recitado por el alumno. Pero desde la publicación de la Historia Dinámica de Aubert (1962) se acompaña al relato con ilustraciones y fuentes unidas a propuestas de actividades, constituyéndose éste en un espacio para otro tipo de respuesta por parte del receptor -en el mejor de los casos, comparar la opinión de distintos autores o formular hipótesis (González, A. y otros, 1988)-.

Esta contradicción del discurso de los manuales de historia en el que se contraponen lo paralizante y lo activo como espacios diferentes no ha sido superada por ningún texto de historia aunque sí ya lo han comenzado a lograr manuales de otras asignaturas (Lorenzini, C. y Ferman, C.; 1988).

Si la historia debe ser una memoria para la reflexión como planteaba José Luis Romero en nuestra cita inicial, los manuales de historia invitan a lo contrario, y así lo demuestran las fabulaciones que se construyen con frases estereotipadas para héroes y minihéroes históricos. Prácticamente todos los manuales siguen la siguiente secuencia al referirse a Cristóbal Colón o a Mariano Moreno:

Cristóbal Colón

- origen humilde/oscura navegante
- casamiento socialmente favorable
- peripecias para obtener el favor real
- audacia y arrojo
- descubrimiento de una tierra desconocida

Mariano Moreno

- estudió en prestigiosas institucio-

nes educativas

- lecturas de clásicos y liberales
- ideales de libertad y de justicia
- mente lúcida, habilidad para juzgar, firmeza en las convicciones, notable memoria
- injusto final: su cuerpo echado al mar

Léxicos convencionales también forman parte de este tipo de discurso y un mismo tipo de adjetivos puede adscribirse a buenos, mediocres o malos según corresponda:

- "Felipe II el Augusto fue uno de los mas grandes monarcas de la Edad Media. Príncipe emprendedor e inteligente, declaró a París capital de Francia y la embelleció con grandes construcciones".
- "Su nieto Luis IX el Santo, fue un modelo de virtud y de buen gobernante".
- "Felipe IV el Hermoso fue el tercer gran capeto. Muy distinto de su abuelo San Luis, fue un príncipe inteligente y emprendedor".

Las citas precedentes corresponden al texto de A. Drago (1988).

- "Felipe II Augusto (...) fue un soberano activo, paciente y valeroso".
- "Luis IX, el Santo, nieto de Felipe Augusto, fue un soberano valiente, justiciero y de ejemplar religiosidad".
- "Felipe IV el Hermoso, príncipe inteligente y audaz..."

Estas frases fueron extraídas del texto de J.C. Astolfi (1987).

Sólo podemos presentar algunas hipótesis para explicar el por qué de una enseñanza de la historia que ha negado toda posibilidad de toma de conciencia de las relaciones sociales

y políticas y de las diversas formas de producción desde lo económico a lo intelectual o mental.

Siguiendo a T. Halperin Donghi, si nos referimos a la primera mitad de este siglo podríamos argumentar que a una crisis en la producción historiográfica que el autor vincula con el contexto socio-político, le corresponde una crisis mayor en la enseñanza de la historia, ya que frente a la multiplicidad de prácticas sociales la educativa parece estar junto a aquellas de ritmo más lento para introducir cambios y se agudiza consecuentemente la posibilidad de remontar su solución. Pero, ¿y superada la crisis en la producción?

Una razón creemos puede ser el escaso caudal o poca relevancia del contacto entre la investigación histórica y la formación docente del nivel medio, relación que se ha ido deteriorando progresivamente y que en otras áreas del conocimiento donde parece haber sido más fluida, la transmisión del conocimiento estuvo más acorde a las nuevas producciones y demandas sociales.

En segundo lugar, como dijimos al comienzo, el carácter absolutamente formal de adhesión al liberalismo político, enajenó a este saber de toda posibilidad de cuestionamiento o planteo de problemas y le permitió acomodarse a las más variadas coyunturas socio-políticas.

Finalmente una explicación general para este caso particular sería que el Estado y la sociedad se han privado en las últimas décadas del ejercicio de su responsabilidad en la selección y distribución de saberes y que la misma ha sido asumida por los particulares -individuos y cor-

poraciones- ante la presión y acción de estos últimos sobre el Estado y por la paralización forzosa de las organizaciones sociales (Braslavsky, C.; 1988).

Son ya reiterados los planteos (Braslavsky, D.; 1988 y Tedesco, J.C.; 1988) acerca de que resulta imprescindible acompañar al proceso de democratización política del país con una democratización real de acceso al conocimiento que la sociedad construye y que es significativo para las diversas formas de participación en la misma.

En el marco de una serie de proyectos por mejorar la calidad del servicio educativo en el nivel medio, creemos que el enfoque histórico puede contribuir a alcanzar un diagnóstico más preciso referido a lo que se enseña y aprende en la escuela y a dar una significación más profunda al proceso de selección y definición de los saberes que la escuela debe transmitir.

Aquí nuestra intención fue realizar un pequeño aporte en aquello que nos toca más de cerca: la historia.

NOTAS

(1) Ver las memorias rectorales elevadas al Ministerio de Instrucción Pública por las autoridades educativas de los establecimientos diseminados por el país desde la década de 1860.

(2) En 1865 se crearon los colegios de Tucumán, Mendoza, San Juan, Catamarca y Salta; en 1869, en Jujuy, Santiago del Estero, La Rioja, Corrientes y San Luis; en 1892, los colegios nacionales del norte y Sur en la Capital, y en 1898 el del Oeste (Tedesco, J.C.; 1970)

(3) Los planes de enseñanza de dichos años aparecen reproducidos o recons-

truidos en: Antecedentes sobre la enseñanza secundaria y normal en la República Argentina (1903).

(4) En los planes de la década del 60 y 70 historia y geografía se encuentran siempre juntas. Esto se vuelve a repetir sólo en el plan de instrucción general para los colegios nacionales de 1891.

(5) Incluso en el plan Magnasco (1903), uno de los tantos intentos por terminar con la escuela única y crear distintos tipos de modalidades para los distintos sectores sociales, la única asignatura humanística que en el segundo ciclo preparatorio para la universidad estaba presente en las cuatro especializaciones (en el Doctorado en Filosofía y Letras, en Derecho y Ciencias Sociales, en Ciencias Médicas y en Ciencias Exactas, Físicas y Naturales) era historia.

(6) Tomamos esta clasificación de Aguerondo, I. (1988) quien sostiene: "Parecería que el núcleo básico de contenidos programáticos que define el nivel está conformado por el grupo de asignaturas que se ha denominado generales. Estas se agrupan en cuatro áreas: instrumental (matemática y lengua y literatura), ciencias básicas (ciencias biológicas y físico-químicas), ciencias sociales (educación cívica, historia y geografía), y expresión (estética que abarca dibujo y música y educación física). Además se comprende dentro de estas asignaturas generales el idioma extranjero".

(7) Lengua y literatura o matemática a partir de la influencia de la corriente estructuralista.

(8) Aquella concepción de la historia como maestra de la vida estuvo profundamente arraigada y fue un componente básico en la cultura escolar de fines de siglo pasado y comienzos del presente.

(9) Hablamos de un esquema general pues hubo entre ellos algunas diferencias. En el plan de 1867 no se incluía historia de América y se separaba en dos cursos Grecia y Roma. En 1874 y en 1879 se incorporó historia nacional en 6o. y 5o. año respectivamente.

(10) Cátedra de Historia Argentina a cargo de José Manuel Estrada en el Colegio Nacional de Buenos Aires durante los años 1866 y 1868.

(11) Planes de 1874 y 1879.

(12) Sólo en el plan de 1884 que era de seis años aparecía un curso de historia de América Colonial.

(13) En contraposición con una línea de análisis que vincula los conocimientos escolares con las actividades productivas del país, Juan Carlos Tedesco (1970) ha privilegiado la variable política y los relaciona con el propósito de preparar a una elite de jóvenes para ingresar a la Universidad y constituir una clase dirigente nacional.

(14) Señala Alicia Entel que en el nivel medio del sistema educativo argentino se puede rastrear un modo atomizado de conocer vinculado con la herencia positivista y un enfoque sistémico derivado del pensamiento estructural funcionalista siendo el área del lenguaje aquella donde más penetró. En tanto que el modo procesual de conocer que implica concebir al conocimiento como una construcción social ha estado prácticamente ausente.

(15) Escuela historiográfica que caracteriza así T. Halperin Donghi (1986): "mantuvo una existencia exclusiva en el rigor metodico como única piedra de toque de la validez de cualquier construcción historiográfica" y que "si aceptaba encuadrarse en la visión liberal nacionalista que sub tendía la obra de Mitre, no era porque reconociese en ella, con la misma fe del fundador de la historiografía nacional las claves para la historia en proceso de hacerse en el presente, sino porque este aspecto de la aproximación al pasado le interesaba demasiado poco para incluir entre sus tareas la de modificar un marco que podía servirle también como cualquier otro para llevar adelante sus ejercicios de aplicación del método histórico".

(16) Ver capítulos correspondientes a la historia de Grecia y de Roma.

BIBLIOGRAFIA CITADA

AGUERRONDO, I. (1987) Los planes de estudio vigentes en el nivel medio en el orden nacional. Buenos Aires. (Mimeo).

Antecedentes sobre la enseñanza secundaria y normal en la República Argentina (1903). Buenos Aires, Taller tipográfico de la Penitenciaría Nacional.

ASTOLFI, J.C. (1942) Síntesis de historia de Oriente, Grecia y Roma. Buenos Aires, Kapeluz.

ASTOLFI, J.C. (1987) Historia 1. Buenos Aires, Troquel.

Atenas (1919) Revista del Centro de Estudiantes del Colegio Nacional de Buenos Aires, año VI, No. 1 y 2, agosto-septiembre de 1919.

AUBERT, L. y otros (1962). Historia Dinámica. Buenos Aires, Kapeluz.

BAJTIN, M. (1982) Estética de la creación verbal. México, Siglo XXI.

BATTOA, F. y otros (1954) Curso de Cultura Ciudadana. Buenos Aires, Crespillo.

BERSTEIN, S. y P. MILZA (Comp) (1982). Histoire. Premiere. Paris, Hatier.

BRASLAVSKY, C. (1988). La responsabilidad del Estado y de la sociedad en la distribución de saberes a través de la escuela. En: Braslavsky, C. y D. Filmus (Comp.). Respuestas a la crisis educativa. Buenos Aires, Cántaro/FLACSO/CLACSO.

CARBIA, R. y otros (1917) Historia de la Civilización Argentina. Buenos Aires, Franzzetti.

COBOS DARACT, J. (1926). Historia Argentina. Buenos Aires, Ed. Virtus.

COSMELLI IBAÑEZ, J. (1962). Historia Argentina. Buenos Aires, Troquel.

DELLEPIANE, A. (1903). La enseñanza de la historia, en: Antecedentes sobre la enseñanza secundaria y normal en la República Argentina (1903).

DRAGO, A. (1967). Historia Antigua y medieval, Buenos Aires, Stella.

DRAGO, A. (1988) Historia 1, Buenos Aires, Stella.

DRIUUX, s/n (1858) La historia moderna. París, Librería de Rosa y Bouret.

DURUY, V. (1868). Compendio de historia de los tiempos modernos. París, Hachette.

ENTEL, A. (1988). Escuela y conocimiento. Buenos Aires, Cuadernos FLACSO, Miño y Dávila Ed.

FERNANDEZ ARLAUD, S. (1967). Historia Argentina, Buenos Aires, Stella.

FERRARI, C. (1954). Cultura Ciudadana. Buenos Aires, s/ed.

FINOCCHIO, S. (1989). Programas y textos en la historia de cuatro asignaturas del nivel medio: Historia, Educación Cívica, Lengua y Literatura y Física. En: Propuesta Educativa. Revista de la FLACSO, Año 1, No. 1.

FREGEIRO, C. (1885). Lecciones de Historia Argentina. Buenos Aires, Igon.

GONZALEZ, A. y otros (1988). Historia 1. Buenos Aires, Santillana.

HALPERIN DONGHI, T. (1986). Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985). En: Desarrollo Económico, Revista del IDES, No. 100, vol. 25, enero-marzo de 1986.

IBAÑEZ, J.C. (1984). Historia 2. Buenos Aires, Troquel.

LAFONT, J. (1936). Historia Argentina. Buenos Aires, El Ateneo.

LEVENE, R. (1913). Lecciones de Historia Argentina. Buenos Aires, Lajouane Ed.

LIBERAL, J. (1954). Cultura Ciudadana. Buenos Aires, Crespillo.

LOPEZ BASANTA, (1953). Cultura Ciudadana. Buenos Aires, Fides.

LORENZINI, E. y C. FERMAN (1988). Con palabras. Buenos Aires, Ed. Club de Estudio.

LLADO, J.B. y otros (1982). Historia 2. Buenos Aires, Azedit.

MAINGUENEAU, A. (1980). Introducción a los métodos de análisis del discurso. Buenos Aires, Hachette.

MALET, A. (1912) La Antigüedad, Oriente, Grecia y Roma. París, Hachette.

MALET, A. (1922). Historia romana. París, Hachette.

MIRETZKI, M.L.N. de (1985). Historia 2. Buenos Aires, Kapeluz.

NAVARRO LAMARCA, C. (1984). Apuntes de historia americana. Buenos Aires, Estrada.

OCÓN, J. (1974). Historia Argentina. Buenos Aires, Coliseo.

PAESA, P. (1954). Historia Argentina. Buenos Aires, Ed. Don Bosco.

PARERA, (1953). Cultura Ciudadana. Buenos Aires, Librería del Colegio.

PELLEGRINI, C. (1950). Historia Argentina II. Buenos Aires, Estrada.

PELLIZA, M. (1910). Historia Argentina. Buenos Aires, Librería Nacional.

PISANO, N. (1981). Historia Argentina. Buenos Aires, Estrada.

PRESSINGER, A. (1880). Lecciones de Historia Nacional. Buenos Aires, Imprenta Ostwald.

RAFFO DE LA RETA, J. C. (1941) Lecciones de Historia Argentina. Buenos Aires, Estrada.

ROMERO, J.L. (1951). Historia Universal. Buenos Aires, Estrada.

ROMERO, J.L. (1988). La vida histórica. Buenos Aires, Sudamericana.

SAENZ VALIENTE, J. (1925). Curso de historia colonial americana y en el actual territorio argentino hasta 1810. Buenos Aires, Estrada.

SARTHOU, B. y J. A. LAFONT (1934). Historia Media, Moderna y Contemporánea. Buenos Aires, Poblet.

SEIGNIBOS, Ch. (1899). Historia de la civilización Antigua, Oriente, Grecia y Roma. París-México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret.

TEDESCO, J.C. (1970). Educación y Sociedad en la Argentina (1880-1910). Buenos Aires, Panedille.

TEDESCO, J.C. (1983). El problema de la enseñanza media en América Latina. Caracas, CINTERPLAN.

TEDESCO, J.C. (1988). Hacia la renovación democrática de la educación. En: Braslavsky, C. y D. Filmus. Respuestas a la crisis educativa. Buenos Aires, Cantarc/FLACSO/CLACSO.

TREVISAN, H. (1954). Manual de Historia Antigua y Medieval. Buenos Aires, Librería del Colegio.

ADOLFO PRIETO: ENTREVISTA

realizada por Ema CIBOTTI y Mirta Zaida LOBATO

Crítico literario e historiador de la literatura, Adolfo Prieto desarrolló su labor docente en la Universidad Nacional del Litoral y en los últimos años en The University Of Florida, Gainaville, Estados Unidos donde reside actualmente.

Es autor de: Sociología del público argentino (1956); La Literatura autobiográfica argentina (1964); Literatura y Subdesarrollo (1968), Estudios de Literatura argentina (1969) y El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna (1988).

ENTREPASADOS: Nosotros pensábamos iniciar esta conversación preguntándole sobre aquellos momentos que marcan su formación como intelectual y el modo en que su obra se integra dentro de ese proceso. Pero como toda entrevista se re-hace continuamente dejemos pendiente por un momento esta cuestión y comencemos por el significado de la palabras "por la vuelta" que aparecen en su último libro.

ADOLFO PRIETO: Es un filón muy doméstico, simplemente el deseo explícito de recomponer el núcleo familiar de manera estable, núcleo que fue in-

terruptido por mi alejamiento del país hace ya doce años y que se ha mantenido desde entonces con encuentros anuales para ver a los hijos, a los nietos. Así la dedicatoria sería una especie de mensaje, un código personal.

E.: Pero detrás de lo familiar, con sus vaivenes, con la idas y vueltas al país, ¿no hay también un signo de su formación y de su trabajo como intelectual?

AP.: Sí, aunque en ese sentido no sé si la palabra "por la vuelta" tiene demasiado sentido porque yo tengo la impresión de que nunca salí de ciertas preocupaciones, de cierta forma de encarar mi trabajo profesional. Hay una temática, hay una intención que se ha ido complementando y reformulando a través de muchos años pero que nunca se ha salido por la tangente, nunca ha buscado caminos distintos de los que estaban formulados prácticamente desde el comienzo del trabajo. Y en relación a lo que Ud. señaló en cuanto a una biografía sumaria yo creo que en mi trabajo de tesis ya estaba marcando una línea que no se ha perdido hasta hoy, por lo menos en cuanto al manejo instrumental de

las pretensiones de ese manejo intelectual. Yo trabajé en mi tesis doctoral el sentimiento de la muerte en la literatura española de los siglos XIV y XV, o sea nada que ver con la argentina, pero ya estaba allí la propuesta de trabajo que de algún modo ha continuado hasta hoy. Es decir, elegí un tema llegando a él a través de la literatura pero sin agotar el análisis de la literatura sino viendo de que manera la literatura se convierte en un medio no tanto de reflejo sino de expresión y de modificación de una sociedad determinada. En este caso fue concretamente España en los siglos XIV y XV donde el sentimiento de la muerte fue un hecho de gran impacto emocional, demográfico, económico y perseguido a través de un instrumento auxiliar como puede ser la literatura. Pero no solamente el reflejo de la literatura sino también ver como actúa la literatura que estaba participando de ese proceso y así hay algunos libros de ese momento que fueron muy importantes para mi formación; desde luego, Huizinga que muestra como la literatura puede ser utilizada para esto. Lucien Febvre es otro, Américo Castro que tenía una formación más filosófica pero que en última instancia estaba también trabajando en esa dimensión. La otra cosa es que desde el punto de vista de una concepción de trabajo intelectual yo creo que prácticamente lo mío estaba puesto allí. Lo que vino después fue una especie de descubrimiento de otro ámbito; es decir, España era para mí todavía, evidentemente, un ámbito cultural y descubrí tardíamente y diría súbitamente que yo vivía en la Argentina. Entonces allí se produjo un viraje notorio, dejé completamente de lado todo lo relativo a España y me dediqué a lo argen-

tino, casi sin interrupciones. Primero de manera juvenil, casi infantil. Una especie de descubrimiento de la crítica, de la literatura argentina representada por Borges. Y, a partir de allí, otros trabajos en los cuales comencé lentamente a integrar todo ese instrumental con el que había trabajado anteriormente pero en función de esta nueva problemática. Y empecé, así, lentamente a formular una idea, idea muy vieja que la podría definir ahora después de muchos años de una especie de proyecto de historia social de la literatura argentina. Esto es un poco el marco amplio en el cual la mayoría de mis trabajos se han ido encaminando; a veces parcial, a veces lateral pero nunca olvidando básicamente esto.

E.: Claro, es que leyendo esos trabajos aparece una palabra que tiene mucha fuerza: la idea de las intersecciones entre historia y literatura, entre literatura y sociedad que se refleja también cuando aborda los temas sobre la cultura popular y la cultura letrada.

A.P.: Efectivamente, son cruces e intersecciones pero esto no era deliberado aunque después de 30 años me hago cargo de una tendencia a trabajar siempre en estos intersticios del discurso.

E.: En los cruces y en las zonas de conflicto también. Este es otro aspecto, es poner la mirada en las zonas de tensión que sin duda aparecerá más adelante. Pero volviendo a su formación como intelectual Ud. dijo que hubo autores que influyeron más que otros. Tal vez ellos le dieron la orientación como para pensar unidas la literatura y la sociedad ¿qué otras cuestiones aparecieron en el camino que

podieron aportarle o crearle conflictos, y cómo fue resolviendo esos problemas?

A.P.: Muchos, los más importantes se refieren a la irrupción en los años setenta de una nueva concepción de teorizar el campo de la literatura que de pronto pareció convertir en extraña la combinación de estudios literarios y estudios históricos y culturales. Es decir, una especie de irrupción de una crítica literaria que reclamaba tanto la atención del texto en sí mismo que no dejaba, literalmente, espacio para otra cosa más que para eso. Y ese fue un momento muy cortante, en ciertos casos inhibitor. Acá no puedo seguir manejándome en este territorio en que los cruces y los intersticios tienen lugar sino que si soy crítico literario no tengo más remedio que someterme un poco a la tensión del texto en cuanto tal y olvidarme de algo que en algún momento pareció casi una palabra interdicta en muchos frentes. Y se impuso con tanta fuerza y con tanto poder de convicción esta propuesta que para mí, y creo que para muchos de mi generación, fue un proceso inhibitorio. A mí me llevó bastante tiempo, no digo superar, pero por lo menos admitir esa tensión y tratar de incorporarlo a lo que ya tenía yo de elementos formativos y tratar de aplicarlo luego.

E.: ¿Estructuralismo?

A.P.: Estructuralismo y postestructuralismo.

E.: Revisando los libros que le conocemos observamos un hiato entre 1969, fecha en que publica *Estudios de la Literatura Argentina* y su último libro, *El Discurso Criollista* en 1988. ¿Hasta qué punto lo que Ud. está diciendo tiene que ver con ese espacio en blanco?

A.P.: Tiene que ver. No explica absolutamente todo, es un período bastante extenso pues también aparecen problemas personales y con la situación del país: renuncia a la universidad, búsqueda de lugares de trabajo, de gran distracción en todo sentido, la ida a EE.UU., dos o tres años que me llevó a aceptar la idea de que estaba allí en un lugar tan distinto. De modo que todo eso fue sumando una cantidad de tiempo que no se puede imputar a esta crisis. De todas maneras esta crisis es parte de ese conjunto. Yo no lo puedo medir en tiempo naturalmente porque está muy imbricado uno y otro pero lo que no cabe duda es que existió y que fue un elemento además de los otros, una especie de perplejidad, decir ¿ahora qué? Todo esto que era una especie de torrente incesante de libros artículos distintos y novedosos. Muchos de ellos altamente interesantes, otros absolutamente extraños y bueno por una especie de trabajo de ingestión de toda esa nueva concepción de la crítica.

E.: Ingestión que hizo en EE.UU.

A.P.: Yo me fui en ese momento. coincidió eso con mi viaje a EE.UU y allí pude hacer con más tiempo, con más tranquilidad ese trabajo de decantación y llegar a la conclusión de que en última instancia volvía a ser compatibles esta doble propuesta y que lo que había que hacer era simplemente un ajuste. Es decir, era posible partir de la literatura y encontrar en ella todos los elementos que intervienen en la composición y en la escritura de un texto sin olvidar, y esto era lo nuevo, la importancia del texto, era una especie de cambio de énfasis. Probablemente el error de la propuesta anterior se advierte en autores como Hizinga que de pronto lee un poema y lo que

está viendo del poema es el contenido pero no hay ninguna preocupación particular por el texto en sí o por la escritura del texto. Entonces, lo que yo supongo que ocurrió en todos estos años es una especie de nueva formulación de todo esto y la convicción de que era posible volver a esto mismo a condición de darle al texto la importancia que tiene en sí.

E.: La irrupción del estructuralismo puso en cuestión entonces un aspecto que tiene cierta fuerza en sus trabajos y se refiere a la conexión con la realidad, que no es la lectura descarnada del texto. Yendo más allá, es volver a la relación entre literatura e historia pues el estructuralismo puso en cuestión a la historia. Entonces, la vuelta de este conflicto parece ser rescatar la historia y poner al texto en una lectura intertextual.

A.P.: Efectivamente, se puede visualizar un punto clave en este proceso. Encontré que la enseñanzas que yo había recibido en los primeros años estaban muy claramente expresadas en una frase de Lucien Febvre: "los textos, pero todos los textos". Yo he tomado eso y en mis trabajos es realmente decisivo. Así, estaba en la vieja tendencia de usar todos los textos pero simplemente los contenidos y entonces no avanzaba en la propuesta que venía de la nueva crítica. En ese momento encontré algunas posibilidades de reformular todo eso con la aparición y discusión del concepto difundido por Kristeva sobre la intertextualidad como algo que se está generando permanentemente entre textos que inciden y modifican otros textos. Es decir, el texto aparece allí como una instancia en sí misma, no tanto lo que dice sino reclamando una atención que no reclamaba en la for-

mulación de Febvre y de algún modo, pude entrever que era posible reunir aquella propuesta del historiador a la que me sentía muy próximo con esta tan valiosa que apuntaba a atender al texto como una especie de tejido que está en permanente formación y conformación. Entonces, esta atención al texto más la atención al concepto de "todos los textos" me reabría la posibilidad de trabajar nuevamente.

E.: El tema del impacto del estructuralismo, su a-historicidad, nos lleva a la discusiones en torno a la modernidad y posmodernidad.

A.P.: Yo escribí hace tiempo un artículo en *Punto de Vista*. Es una cuestión sumamente compleja, hay que situar toda la propuesta del estructuralismo y del post-estructuralismo en función del concepto de modernidad.

E.: Sin embargo allí hay algo interesante que es con lo que Ud. termina su artículo. Es la idea de modernidad incompleta, claro que percibida desde nuestra historia. ¿Porqué no se explaya sobre esta idea de modernidad incompleta y sobre la consecuencias que esto produce desde el punto de vista de la práctica intelectual, de la producción y de la teoría.

A.P.: En mi caso particular puedo continuar legítimamente trabajando en esta línea sin ninguna discusión. No advierto que haya signos que agotaran el proyecto de la modernidad y en consecuencia que haya que plantearse otra cosa.

E.: Es evidente que en la producción intelectual existen cuestiones que legitiman nuestra profesión. Cuando Ud. dice "lo que yo encuentro es que puedo seguir trabajando dentro de esta línea", quiere decir que está cómodo dentro del concepto de modernidad y

se siente legitimado. De modo que hay teorías, formas de pensar y relacionarse con los objetos de estudio que deben ser legitimados por nuestros propios pares y esto produce ciertas situaciones de conflicto en nuestra producción, sin embargo a veces no se percibe la tensión que existe entre las teorías que legitiman y la producción.

A.P.: De mí puedo decir que lo hice con bastante esfuerzo y muy en soledad. Toda la redacción de mi último libro se hizo muy aisladamente, salvo en la parte final en que me atreví a exponer en algunos lugares y recibir alguna observaciones de colegas. Pero toda la primera parte fue un trabajo solitario en el que por mi mismo traté de resolver este conflicto. En su origen mi idea era básicamente una situación casi personal; yo había leído el libro de Ernesto Quesada *El criollismo en la literatura argentina* y fue una gran sorpresa lo que encontré allí. Apenas terminé de leerlo me propuse el proyecto de leer alguna vez el mismo material que había leído Quesada para ver porqué le había producido tanta irritación, porque le parecía una especie de perversidad del gusto colectivo y formar mi propia opinión sobre el material leído por Quesada. Eso fue prácticamente el origen de todo pero apenas avancé un poco y leí algunos de los textos y profundicé un poco la época apareció este tema pero yo no podía volver a escribir el mismo libro que escribió Quesada simplemente con una opinión distinta y así empezó todo, de manera muy lenta.

E.: Pero Ud. encontró otro tema.

A.P.: Claro, pero se hizo el mismo trabajo y en este sentido yo rescato un

poco la influencia positiva de todas estas lecturas, a veces abrumadoras, de la nueva crítica, digamos de la concepción de que toda la lectura es una experiencia tan importante y tan creadora como la lectura misma y, por otro lado, el proceso de escribir también es un mecanismo del cual van surgiendo propuestas que no estaban en el arranque inicial. A veces, se siente la comprobación de que se empieza a escribir una página y la misma escritura va conduciendo a cosas que no eran exactamente las que uno tenía en la perspectiva inicial. Y estas son maneras distintas de enfocar el texto literario. Uno no se limita a exponer con transparencia de la primera a la última página, eso es en el lenguaje científico pero en el lenguaje que no es científico y ahí incluiría a los historiadores si Uds. me lo permiten, el lenguaje tienen un rol protagónico, va formulando sus propias exigencias y de pronto uno se encuentra con que la construcción de una frase no es satisfactoria y al preguntarse porqué no lo es uno a veces descubre que no lo es porque no tiene que ver con lo que está exigiendo la frase anterior. Es una especie de lógica interna que se va perfilando cada vez más, que va proponiendo sus normas y esa es la importancia del descubrimiento de lo que es la escritura en sí. Y eso no nos ocurre a todos. En mi caso el proyecto inicial era así de modesto como lo acabo de formular ahora y se fue desarrollando bajo la instancia de la propia escritura. Entonces apareció algo que no estaba en el origen y es ese capítulo sobre el público. Yo me dí cuenta que tenía que darme y dar una explicación de cómo aparece. De modo que la idea de describir los campos de lectura

surgió de la exigencia del mismo trabajo que es la comparación de una novela de Gutiérrez y el poema de Obligado. De hecho podría haber sido en el proyecto inicial un elemento tangencial pero luego al elaborarlo me dí cuenta que tenía que demostrar de la manera más exhaustiva posible qué correlación existía entre esa literatura popular encarnada por Gutiérrez y la literatura culta de Obligado y para eso tenía que hacer un trabajo casi de tipo filológico mostrando como se daba esa relación. Si no lo hacía sentía que simplemente estaba diciendo algo que podía ser sin tomarme el trabajo de mostrar como era. Todo esto, repito, fueron exigencias que iban partiendo de lo mismo que se iba diciendo allí. De pronto una formulación iba exigiendo otra. Si los textos eran populares ¿quién era el pueblo que leía? No podía seguir adelante sin tratar de explicar quién leía, por qué se decía que era una literatura popular, qué era lo popular o qué era popular. Esto era una exigencia y entonces hay que darle un espacio a esto.

E.: Esta idea de que hasta una palabra puede cambiar el rumbo de parte de su trabajo da la impresión que es allí donde aparece la literatura más que la historia.

A.P.: Exactamente, yo me hago cargo pero es discutible. Yo no creo que Uds. estén demasiado convencidos o seguros de que en Uds. influye menos pero de todas maneras la conciencia del lenguaje es distinta, pero el trabajo de la literatura es similar al trabajo de la historia. De hecho también los historiadores utilizan un lenguaje y aunque de esa lengua tengan menos conciencia está allí. Hay un modo de decir las cosas, hay una ló-

gica interna, hay un tipo de exigencia interna. Cuando un texto se pone muy exigente no se lo puede parar. Depende de como uno maneje su lenguaje.

E.: En historia el problema de cómo narrar aparece como una preocupación en los últimos tiempos.

A.P.: Como preocupación sí, pero en la literatura es parte del trabajo.

E.: En el libro *El discurso criollista* hay algunas hipótesis sobre la sociedad argentina contenidas en los trabajos de otros historiadores. ¿Ud. siente que su libro ha consolidado alguna línea interpretativa de la historia argentina del período?

A.P.: No sé si consolidar. De hecho en mi punto de partida no hubo hipótesis de este tipo. Había, por supuesto, cierta información, cierta aceptación de esquemas, la idea de la argentina moderna del ochenta a 1910, el proyecto del ochenta, la aparición de la inmigración, cierta idea de conflicto de ese momento tan particular y eso era todo lo que yo disponía para introducirme en esto. Lo que apareció fue más bien un elemento para mí novedoso dentro de un esquema que parecía bien redondeado, donde no aparecían elementos de conflicto y de complejidad. Al menos para mí habían pasado desapercibidos y lo que intenté hacer fue analizar lo que aparece como literatura popular y su modo de relacionarme con la literatura culta que estaba revelando para mí una forma de conflicto, mucho más aguda de lo que yo había previsto antes de introducirme en esta problemática.

E.: Ud. habla de conflicto y lo interesante es que la idea parte de un conflicto estético entre esa literatura po-

pular y la culta y el conflicto político también.

A.P.: Claro pero no hay modo de separarlo. Algunos incluso podrían vivirlo como un problema estético pero un análisis de esta naturaleza descubre rápidamente que ese conflicto estético no es separable de este otro conflicto. Es decir, lo que se condena estéticamente se condena en otros niveles, también ideológica, política y socialmente. Es decir, que si uno toma determinado autor aquí la respuesta es puramente estética y probablemente lo sentía así, lo vivía así, pero evidentemente cuando se ve el fenómeno en su conjunto la complejidad es mucho mayor.

E.: La forma como está construido el discurso criollista es interesante. Hay un trabajo de exhumación de textos. Tal vez sería interesante que nos cuente cómo lo hizo, porque Ud. utiliza el Anuario bibliográfico de Navarro Viola que cubre un período, luego tiene un bache y finalmente los títulos de la Biblioteca Lehman Nitsche.

A.P.: Efectivamente, acá estoy más cerca de Uds. que de la literatura.

E.: O del arqueólogo.

A.P.: Sí también de ellos. Todo lo que Uds. hacen de encontrarse de pronto en la búsqueda de materiales es un hallazgo que produce una gran alegría como cuando pude encontrarme con todas las cajas de la folletería de Lehman Nitsche puesta a mi disposición por treinta días y también las enormes frustraciones, acá en Buenos Aires, en la Biblioteca Nacional, frente a este Anuario Bibliográfico que cubre magníficamente un determinado período pero se corta y después prácticamente no hay nada para cubrir ese período. Incluso había leído

por allí en alguna nota a pié de página una referencia que Rubén Darío había escrito algo sobre el particular y me pareció que no podía perderme eso. Voy a las obras completas de Darío y ese artículo no estaba incluido, voy a la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y ya Uds. se pueden imaginar, días hasta encontrar el diario, después de mucho esfuerzo un día aparece el diario allí y yo con toda emoción dije finalmente acá tengo a Rubén Darío. Abro y en la fecha indicada estaba el artículo de Darío y empecé a leer, en la cuarta línea una especie de borrón, no se podía leer bien, entonces levanto un poco la página para acercarla y aparece un enorme agujero que prácticamente había destruido todo el artículo a partir de la tercera o cuarta línea. Una sensación terrible y al mismo tiempo una especie de incentivo, de empecinamiento. Me dije a mí mismo: la Argentina de los años 90 ya era un país bastante moderno, seguramente había una prensa moderna, entonces yo pensé que en esa época ya existía en EE.UU y Europa lo que se llama el periodismo sindicado. Los periodistas escriben una nota para un periódico determinado pero comprometen el mismo artículo para una cadena de diarios que lo reproducen casi inmediatamente. Pensé, si esto es así tiene que estar en Rosario. Vine acá y efectivamente busqué un periódico de la época y exactamente una semana después estaba publicado. Una de las alegrías mayores que tuve en mi trabajo.

E.: Esto significa dos cosas. Una es que en realidad la relación que uno tiene con los documentos es erótica.

A.P.: Seguramente. Hay una relación absoluta de deseo y la respuesta tie-

ne el mismo carácter de gran frustración o de aceptación.

E.: Y la otra es la confirmación de que la Argentina era moderna.

A.P.: Bueno, pero eso era pura especulación. Yo dije, si la Argentina es moderna tal vez haya incorporado este rasgo de la prensa y, efectivamente, lo había incorporado.

E.: En la literatura autobiográfica usted toma las autobiografías de los miembros de élite, de alguna manera es una radiografía del poder.

A.P.: Exactamente.

E.: En *El discurso criollista*, sin abandonar a la élite, Ud. se introduce en la cultura popular. ¿Cómo se produce ese tránsito, esa necesidad de ver lo que ocurre en el campo popular? y ¿Cuáles son los problemas que aparecen en la reconstrucción de lo popular?

A.P.: Con respecto a la primera parte de la pregunta debo decir que no hubo un designio específico, formaba parte de aquella idea general de realizar una historia social de la literatura con todos los textos. En algún momento tenía que aparecer y en este caso apareció un poco azarosamente, casualmente pero no contradictoriamente. Eran partes de un mismo proyecto sólo que ahora me convocaba el tema de la cultura popular, un fenómeno que encierra enormes dificultades para su estudio. Me limité a hablar de esto en la medida que aparecía textualizado o como gesto colectivo a través de la influencia de estos textos en la conducta colectiva (en los carnavales, en los actos moreiristas) pero siempre registrados pues yo no soy un antropólogo para hacer un trabajo de otro tipo.

E.: En esta construcción de lo popular se podría preguntar. ¿Qué es lo popular? Incluso, usted habla de un criollismo popular y un criollismo populista.

A.P.: Hay también otra forma de criollismo ni popular ni populista que es criollismo culto. Es decir, por algunas razones en nuestras historias literarias aparece con el nombre de nativismo para diferenciarlo justamente de este criollismo, el mismo intento de recuperar ciertos valores de vida campesina pero traducidos en clave de alta lectura.

P.: ¿Sería el mismo nativismo enunciado por Ricardo Rojas?

A.P.: No, es anterior, es contemporáneo a la vertiente criollista. Hay gente como Obligado, por ejemplo, que se considera un criollo realmente de ley y, por supuesto, no quiere ser confundido con este criollismo. Sus temas son los mismos: el payador, el gaucho; pero el trata de traducir esa imagen a términos de otra cultura.

E.: Eso estaría sintetizado en el último capítulo sobre las funciones del criollismo para los sectores nativos populares y los inmigrantes.

A.P.: Sí, actuaría de catalizador para diferentes clases sociales. Algunos lo tomaron como una forma de asimilación para integrarse y otros lo tomaron como una especie de bandera para no integrarse. Al final del período cada tendencia general se orienta a usarlo como una forma de integración que es lo que aparece en la creación de todos estos centros criollistas, en los cuales se invoca la figura de la vida campesina pero en un sentido positivo en términos de la época. Es decir, el trabajo, la dedicación a la familia, la patria; valores todos que se incorporan en un sentido positivo.

E.: Para los historiadores que hemos pensado a los sectores populares casi exclusivamente en términos inmigratorios esta aparición de más de dos mil centros criollistas en Buenos Aires es impactante.

A.P.: Es lo que me pasó a mí, volviendo atrás, la lectura del libro de Quesada me impactó. Mi idea de la Argentina, de Buenos Aires era la de una sociedad fuertemente extranjerizada y que podía permitir alguna presencia marginal pero no de estar magnitud.

E.: ¿Es importante la cuestión del criollismo en la constitución de la idea de Nación?

A.P.: Es muy importante por lo que uno puede deducir de las formas de conducta. Evidentemente se buscaba resolver los problemas de identidad a través de los símbolos que proveía el criollismo. Asimilarse al lenguaje y los hábitos de la vida campesina era, evidentemente, una forma de sentirse argentinos para aquellos que no lo eran y de confirmarse que lo eran para aquellos que sentían la invasión de los extranjeros. Era funcional a dos puntas. Si el nativo que venía de las provincias llegaba a Buenos Aires una de las formas de afirmación más espontánea que podía tener era reafirmarse en aquello que sentía que era lo propio. Y, al revés, para el que acababa de llegar del exterior era una forma de decir la Argentina es esto, obviamente ir a lo más directo, a lo que parecía más importante.

E.: Esta idea de los usos del criollismo y, sobre todo, de la afirmación de una identidad que permite reconocer la Nación parece confirmar la idea de que en Argentina se produjo un crisol de razas. Esto, ¿no estaría afianzando una hipótesis corriente en la historiografía de la inmigración?

A.P.: Si, pero esto es canónico. La realidad es más conflictiva. Yo no apuntaba tanto a este resultado y entro al problema por otra vía, al revés de la trama. Es decir que se dio este proceso pero fue mucho más conflictivo, más dirigista y con una integración más directa de lo que uno imagina. La idea que uno recibe a través de los demás es que esto sucedió espontáneamente. Este era un lugar maravilloso en donde la gente vino y rápidamente encontró su lugar, aceptaron los símbolos etc. Pero esto no se dio así y había tensiones. Aunque el resultado, las conclusiones son las mismas. Más o menos hacia la década del veinte el país estaba constituido y no se produjo la disgregación tan temida por muchos. El nacionalismo en nuestro país es un sentimiento muy fuerte y evidentemente pasó incólume y hasta fortalecido por una prueba que podía haber sido fatal. Pienso en lo que fue la inmigración en esos años que podría haber dislocado y haber concluido con toda idea o sentimiento de Nación. Y no fue para nada así. Esto confirma un poco el tema del crisol de razas pero no confirma los procedimientos, la escuela no fue la única generadora de un sentimiento nacional, la cuestión fue mucho más compleja y la literatura hizo su aporte.

E.: Tal vez sería interesante volver al inicio de esta conversación, a la idea de cómo y dónde usted realiza su trabajo, pues su último libro se construye en los Estados Unidos.

A.P.: La idea es vieja y empieza acá pero me fuí con la ganas de ver alguna vez el material de la literatura criollista. Tenía una especie de bosquejo sin una idea absoluta del desarrollo que luego tendría el libro. Se produce el viaje, un período de dos o tres años

que duró la adaptación; al mismo tiempo continué con la idea. Pero en Estados Unidos todo se volvía más agudo pues la vida académica es como una campana neumática y se tiene mucha mayor presión que acá. Se está en la Universidad y no hay otra cosa más que la Universidad, de modo que todo esto que estuve diciendo de la nueva crítica se vivía de una manera muy intensa que influyó también en el período de gestación inicial hasta que en algún momento y de alguna manera hice esta especie de recomposición de los instrumentos de trabajo que me habían sido útiles, que eran para mi satisfactorios. Al menos con lo que me pareció que era rescatable de esta propuesta y cuando empecé a ver eso con claridad apareció la etapa de encontrarme con los documentos y con los testimonios. Yo no quería escribir sobre la base de lo que decía Quesada, de modo que tenía que ver esos textos. Cuando tuve la suerte y la oportunidad, más que la lectura de los textos mismos que obviamente son pobres literariamente me interesaba tenerlos allí, físicamente, verlos, mirar la presentación. Esto es muy fuerte y en eso estoy mucho más cerca de ustedes, tiene que ver con el oficio del historiador. Fue realmente una experiencia total, estar allí 8 horas por día con una fotocopidora a mi disposición de modo que lo pasaba sacando cosas, tomando notas. Luego vino otro período también de estancamiento, y cuando regresé con las fotocopias y me dije ahora qué. Más de 700 u 800 folletos de muy diversa índole y la obligación de realizar ese arduo trabajo de decidir esto va, esto no va, sacrificar cosas que a uno le cuesta tanto encontrar y uno se dice cómo no lo voy a poner, y en otro momento uno

dice no, esto no va. Yo tengo casi la tercera parte del material que está allí. Es cierto que fue usado en la medida que formó parte de la elaboración global pero no hay constancia de eso en el trabajo en sí, no lo puedo mostrar porque sería una distorsión que llevaría las cosas por otros rumbos, hacia otras cuestiones. Es decir, una especie del sentido del sacrificio, de dejar cosas de lado. Este fue un tiempo largo en el que fui resolviendo todos estos problemas. También surgió a posteriori, porque no estaba previsto totalmente, la relación entre las dos culturas, es decir aquello de "los textos pero todos los textos". Entonces tenían que aparecer los textos de la cultura letrada. Allí otra vez para sorpresa mía había una relación mayor de la que las otras historias literarias nos querían hacer creer: que existe la cultura letrada y la otra no existe, o es una nota a pié de página. Entonces la comprobación de que había una presencia puesta frente a frente y que eso no fue en vano, que hubo vasos comunicantes que se pueden visualizar con ejemplos como el encuentro de Gutiérrez con Cané que es maravilloso. Eduardo Gutiérrez está avergonzado por las cosas que escribe. Otro, es el reportaje que le hacen a Hormiga Negra que es la otra punta. Allí se ve como los dos niveles se van entrecruzando.

E.: Reportaje donde además Hormiga Negra explicita las reglas del género y donde las exageraciones sobre su propia vida las ve como el producto de los hombres de pluma.

A.P.: Exactamente, Uds. inventan todo, ponen que un gaucho puede pelear con 20 policías, total en el papel no cuesta nada. También entre los textos que hubo que sacrificar hubo

algunos que me impresionaron mucho. Recuerdo una especie de presentación que hace uno de los payadores en la que dice la cantidad de ejemplares que integra su obra, se propone a sí mismo como un profesional y sobre todo una especie de conciencia de que se estaba intercalando en el otro plano. Nuevamente estos dos niveles donde se incluye también el caso de la ópera, el intento de tratar de copiar el otro nivel. Se toman los elementos populares y los incorporan a un género considerado culto que por lo demás son tomados por otros autores también como Ginzburg en *El queso y los gusanos*. Existe una permanente relación entre los diferentes estratos. El problema está en encontrarlo y ver los diferentes aspectos en los que se da ese encuentro puro tampoco es cuestión de sostener que se da regularmente en todos los planos. Hay planos donde las distancias son siderales. El camino es sinuoso, hay un recodo por allí, un poco la tarea nuestra es encontrar esos puntos, los momentos en que se produce ese tipo de acción o de pasaje.

E.: A nosotros nos interesa desmenuzar como se realiza el trabajo intelectual porque la gente llega al producto terminado...

A.P.: Estoy de acuerdo con Ud. y es algo que he sentido toda mi vida. Esto es un trabajo terminado y uno se atiene a él pero uno ignora el proceso de construcción y, a veces, el proceso es tan esclarecedor o más que el producto terminado y eso queda siempre afuera porque se supone que no tiene que mostrarse. Pero todos estamos aprendiendo siempre, entonces la experiencia de otros ya sea por sus errores, por sus frustraciones, o inclu-

so por lo que no pudo hacer, también sirve.

E.: El proceso de construcción de una obra es continuo, incluso el marco teórico al que algunos estudiosos, en particular los jóvenes, le asignan un lugar prioritario es el resultado de un largo proceso.

A.P.: Mi idea es que se va haciendo en la medida que el trabajo mismo va señalando las limitaciones y planteando las exigencias. No es necesario tener todo porque el peligro de tener el marco teórico antes del trabajo en sí es terminar metiendo todo lo que viene a continuación para que coincida con el marco teórico. Es un poco el sentido, siguen un modelo conseguido por alguien que lo hizo muy bien y lo que hacen es vertir cuestiones que provienen de circunstancias distintas nada más que para mostrar que ese marco teórico es válido.

E.: También es cierto que hoy Ud. puede decir más suelto de cuerpo que el marco teórico se construye.

A.P.: Seguramente. No creo que lo hubiera dicho hace 10 años. Claro que tiene que ver con todo el proceso que señalaba antes, además creo no engañarme al decir que he hecho un esfuerzo real, no simplemente descartar esto porque no me gusta o es incómodo, porque es negativo, sino de haber hecho ese esfuerzo, y llegar a la conclusión que uno puede encontrar elementos compatibles.

E.: En este tipo de enfoque ¿con quiénes se siente próximo? Naturalmente que pensando en sus colegas del campo de la literatura.

A.P.: Bueno, obviamente Beatriz Sarlo que es la persona con la que estoy mucho más cerca y otros que ya están más distanciados.

E.: Pensando en los que se acercan a la historia uno puede incorporar a David Viñas.

A.P.: Sin duda, en cuanto a la necesidad de incluir lo histórico el está en primera línea, la diferencia está en que él privilegia a lo mejor el enfoque político pero en mi caso y también en el de Beatriz es incluir esto en una problemática más englobadora.

E.: Para terminar nos gustaría volver a su experiencia de trabajo en los EE.UU por algunas razones: por las dificultades del trabajo intelectual en la Argentina, por la incidencia de los vaivenes político y económico, incluso por las idealizaciones en torno a la producción en otros países.

¿Cómo ve Ud. el mundo académico en los EE.UU.?

A.P.: Lo positivo de acá es que hay una práctica y un modo de vivir la vida académica que me parece más favorable que la de los EE.UU; hay participación, hay diálogo, eso es bastante positivo. Desde luego para quienes se dedican a la literatura argentina mucho más. La ventaja allá está en la existencia de excelentes bibliotecas pero difícilmente esto balancee una especie de aislamiento, que en algunos casos puede ser grave. Y aquí la respuesta tiene que ver con la personalidad de cada uno. Hay gente que puede sobrevivir a eso, entonces está lo que sería el producto standard, el investigador que cada año publica 2 ó 3 artículos, cada 4 años un libro. Materiales que abultan las bibliografías pero no aportan demasiado. En este aspecto la respuesta es personal, el que está en condiciones de sobrevivir a ese aislamiento, la falta de comunicación, aprovecha solamente las ventajas materiales, enton-

ces puede ser positivo pero no es el paraíso, lo digo porque de pronto puede suscitarse la fantasía de que hay un lugar, que uno va allá y se instala y a partir de allí empieza a escribir sin contratiempo.

E.: Posiblemente se cumpla la sentencia de "publica o perecerás".

A.P.: Esa es la frase que lo sintetiza. Exactamente. Pero es una distorsión tan patológica del trabajo intelectual... La gente se olvida del otro, a nadie le importa lo que Ud. hace lo que importa es que cada tantos años Ud. saque un libro. Esa es la distorsión patológica y los que sucumben a eso se pierden, ese es el riesgo. Otras cuestiones relacionadas con el cómo se viven las circunstancias, las cosas en general donde a uno no le concierne tan directamente, como se digiere a una sociedad que no es la propia, eso es muy personal y cada uno la resuelve a su manera.

E.: ¿A Ud. lo ha afectado eso?

A.P.: Yo tengo una gran ventaja es que yo me fui a los 50 años. Es una edad en la que uno está hecho para bien o para mal de modo entonces lo que yo puedo decir no es aplicable para alguien que vaya a los 20 años que es una edad donde el peso de todo eso puede ser distinto. Pero aún con esa ventaja me hago cargo de los problemas políticos que tienen allá. Aunque es cierto que las decisiones que se toman se miran un poco de afuera y eso tiene su ventaja, uno no es ciego. Lo cierto es que uno es testigo, está presente en un país que suceden cosas que pueden no ser compatibles con lo que uno piensa. De modo que eso también es un factor que se resuelve por vía personal.

E.: ¿Y la lejanía no afecta su trabajo?

A.P.: ¿Mi caso es bastante anómalo yo vengo cada tres meses, hago un proceso de re-inmersión y por otra parte mis dos hijos siguen vinculándose con todo esto a través de sus cartas, de sus comentarios, pero le repito es una situación anómala. En otros casos no es así, se produce un corte y ese corte puede ser al cabo de unos años negativo porque uno cuenta con lo que supo alguna vez pero no ha confirmado, ha perdido el pulso de lo que sigue pasando porque si bien uno se dirige al pasado este es el pasado de una sociedad que tiene un presente de modo que las interrogaciones tienen que ver con ese presente.

EL CATOLICISMO INTEGRAL EN LA ARGENTINA (1930-1946)

DE FORTUNATO MALLIMACI, CUADERNOS
SIMÓN RODRÍGUEZ, NRO. 13, BUENOS AIRES,
EDITORIAL BIBLOS-FUNDACIÓN SIMÓN RODRÍGUEZ, 1988

Desde los interrogantes del pasado y desde los problemas que plantea el presente, la Iglesia Católica se ha transformado en objeto de estudio para las Ciencias Sociales. Distintas investigaciones y trabajos están permitiendo evaluar el indudable peso de la Iglesia como actor político en las últimas décadas. Al mismo tiempo, esto posibilita que, dentro de los medios académicos, pueda iniciarse el debate acerca de la función y el papel desempeñado por el catolicismo y la institución eclesiástica dentro de la sociedad argentina. Y es esto precisamente lo que motiva el comentario sobre el trabajo de Fortunato Mallimaci, *El Catolicismo Integral en la Argentina (1930-1946)*.

Es indudable que muchas veces resulta difícil, por su misma naturaleza, definir o delimitar, por lo menos, con cierta precisión aquellos objetos o fenómenos correspondientes al área de las mentalidades, ideologías o "historia intelectual". Este problema puede incluso ser mayor en el caso del tema encarado en el trabajo de Fortunato Mallimaci, el "catolicismo integral", caracterizado por el autor como "un movimiento de acción" (p.5), "un movimiento que se expande y que

busca penetrar el tejido social, sin límites objetivos demasiado definidos. Sin embargo, a pesar de esa dificultad, también está fuera de duda que toda investigación exige para su abordaje, la delimitación metodológica de su objeto de estudio. Esta necesaria delimitación hubiera evitado, en el caso del trabajo considerado, uno de los problemas que presenta su lectura: el continuo desplazamiento de su objeto. En el análisis, el catolicismo integral, caracterizado como "un "tipo" de catolicismo (p.5), se desplaza constantemente hacia "otros tipos", de muy somera o ausente caracterización⁽¹⁾; hacia el catolicismo "en general", e incluso llega a confundirse, en una misma totalidad, sin solución de continuidad, con la sociedad global. La identificación catolicismo integral/sociedad permite, por ejemplo, que el autor pueda afirmar: "Hay "un ceremonial y "un rito que comienza a tomar forma. Presencia de gobernantes, de militares, de clero, junto a las masas convocadas por ese catolicismo. Los actos comienzan o terminan con el mismo ritual: se canta el Himno Nacional y se entona la marcha del Congreso Eucarístico Internacional de

1934. Siguen luego los vivos a la Iglesia, a la Patria, a Cristo Rey. El Estado liberal así es corroído desde la sociedad civil".(p.24, el subrayado es nuestro). Y ante esta identificación, cabe entonces preguntarse hasta qué punto el análisis del autor no ha quedado entrampado en la perspectiva de su propio objeto de estudio: en la perspectiva ideológica de ese catolicismo que aspira a ser considerado "como representante de la sociedad civil en su conjunto"⁽²⁾.

Fortunato Mallimaci reconoce la dificultad que afronta para diseñar su objeto cuando señala: "Esta concepción integralista presenta dificultades metodológicas que la investigación no puede ignorar. La división en espacio social, religioso, político, económico, que en las ciencias sociales se ha elaborado para estudiar los fenómenos, responde a una concepción de autonomía de esos campos que este catolicismo no sólo no acepta y rechaza, sino que hace de esa negación una bandera de lucha". (p.15-16). Pero este reconocimiento implica también algunos problemas ya que vuelve a confundir la posición del investigador con la del objeto estudiado.

En efecto, la unicidad de los fenómenos sociales resulta "un problema que no acepta demasiadas discusiones: es imposible aislar la forma en que los hombres se ganan la vida, de su medio material, de las relaciones que entre ellos se entablan, de sus ideas y de sus lenguajes. Pero el reconocimiento de esta unicidad no impide que para fines analíticos, se puedan definir ciertas actividades humanas, caracterizar niveles, construir modelos, fijar prioridades. Se trata de recursos metodológicos que

permiten abordar aspectos de una totalidad y que no niegan -independientemente de toda consideración sobre la posible autonomía de las esferas- la unidad de los hechos sociales⁽³⁾.

Pero además, la negativa a reconocer la posibilidad de este procedimiento por parte de los sujetos del proceso social estudiado -como todas las imágenes y representaciones, sentimientos y sistemas de valores que los hombres construyen- también forma parte del objeto de investigación: es "un "dato" que no invalida la metodología de análisis. Dicho de otra manera, no pueden confundirse las proposiciones que el objeto de estudio -en este caso, el catolicismo integral- considera significativas, reales o verdaderas, con las proposiciones que dependen de distinciones que son consideradas adecuadas y significativas por la comunidad de los observadores científicos. Incluso, el mismo autor parece entrar en contradicción con las aseveraciones con respecto a las "dificultades metodológicas" cuando desliza la posibilidad, desde "una perspectiva sociológica", de "formular tipos, modelos y características de catolicismos"(p.7) independientes de las que se adjudican a sí mismos los actores sociales (p.6). Pero, como él mismo lo reconoce, esta formulación "exige rigor metodológico y perspectiva histórica"(p.7).

II

La cuestión de la delimitación del objeto se vincula estrechamente con la definición del universo de análisis, con los "datos" que es necesario tener en cuenta para abordar el objeto. Y el problema señalado anteriormente -la

falta de definición- se refleja en el tipo y en el tratamiento de los materiales empíricos. El análisis se centra en la revista Criterio, la cual, según el autor, refleja los "signos fundamentales" del catolicismo integral (p. 14-15). Este análisis le permite acceder a los contenidos y mecanismos discursivos de su objeto de estudio.

Es indudable la importancia de este nivel para la comprensión de "un fenómeno ideológico, pero en la medida en que el catolicismo integral es definido básicamente como "un "movimiento en acción"(p.5), que busca "recristianizar la sociedad"(p.5), que "no acepta estar relegado en la sacristía"(p.5), una serie de preguntas quedan pendientes: ¿Por qué, desde esta perspectiva, se considera que la "coyuntura" exige "un proceso de "recristianización"? ¿Quiénes deben ser "recristianizados"? ¿Por qué? ¿Quiénes son los sujetos sociales responsables de la "recristianización? ¿Cuál es la calidad social de estos responsables?

En ese sentido, tan significativo como lo anterior (o quizá más) hubiera resultado el análisis de las políticas que ese catolicismo diseña con respecto a la sociedad, de los mecanismos de acción, de las "estructuras intermedias y paralelas que -el mismo autor reconoce- "un estudio de este tipo no puede ignorar"(p.6). Sin embargo, ese nivel del análisis, muchas veces, queda limitado a una simple exposición de datos fácticos. "un ejemplo de lo señalado, lo constituye la breve reseña que el trabajo ofrece sobre la Acción Católica Argentina. A pesar de que el trabajo reconoce a dicha organización como "una pieza, quizá la fundamental, del catolicismo intran-

sigiente del país"(p.31), resulta llamativo que el tratamiento de este punto no esté al nivel de dicha evaluación.

III

De esta manera, el tratamiento del tema se basa fundamentalmente en el análisis de la revista Criterio, a la que reconoce como "la revista católica más importante de la época"(p.14). Otras de las afirmaciones con respecto a la publicación resultan, en cambio, más discutibles. Por ejemplo, la referida a que, desde esa revista, se "abre una discusión y una polémica que permanece inexistente en otros grupos y sectores"(p.6). En ese sentido, sería útil que el autor ampliara sus referencias bibliográficas sobre el tema⁽⁴⁾.

De todos modos, los problemas mayores aparecen en el mismo tratamiento de los contenidos. El autor busca explicitar los significados de ciertas categorías -conceptos que estructuran los contenidos- a través de las formas en que se construyen los sinónimos (p.18). Sin embargo, las listas de sinónimos presentadas no agotan la temática e, incluso, en la misma revista Criterio, pueden encontrarse otras construcciones que incluso niegan las recogidas en este trabajo. Con respecto a la categoría "nazismo", el autor selecciona las acepciones "Idolatría pagana del Estado", "Se lo tiene que combatir"(p.20), pero excluye otras acepciones. Quedan excluidas, por ejemplo, aquellas que limitan la posición de "combate", para presentar al nazismo como "un "mal menor" frente al comunismo. En este sentido, el mismo monseñor Franceschi, director de Criterio durante "un largo período, no dudaba en afirmar: "Claro está que hoy por hoy, puestos

a tener que elegir, caso de conflicto entre las dos fuerzas, optaríamos por el nazismo, pero no porque sea "un bien, sino porque es el mal menor, y porque mientras el comunismo tiene "un carácter universal el racismo nacional-socialista lo posee necesariamente más circunscripto a la raza germánica aún cuando quepan aplicaciones a otras razas"⁽⁵⁾.

Asimismo, el autor contradice su propia sinonimia de "nazismo" cuando en la Cronología señala que en Criterio de diciembre de 1931 se consideraba a Hitler la "figura del año" porque "al acentuar su extremismo de derecha, ha servido de contrapeso al otro extremismo, al comunismo, y permitido así una política moderada de centro"(cita de Criterio, s/d. p.20). Por lo tanto, resulta llamativo que, después de haber seleccionado para el análisis a la revista Criterio, por considerarla una de las publicaciones más representativas del catolicismo integral, afirme que "un grupo, más minoritario, verá en el nazismo y en Hitler el mal menor (...) Pero para ello deberán enfrentarse a la mayoría del catolicismo integral que condena al nazismo por su persecución a la Iglesia Católica y por sus raíces paganas". (p.23) De esta manera, en la elección de sinónimos para caracterizar las categorías pareciera recortarse cierta arbitrariedad que contradice la aspiración al rigor científico expresado por el autor⁽⁶⁾.

La misma arbitrariedad pareciera insinuarse también en la forma en que el autor construye los sinónimos, ya que, en algunos casos, parecen contruídos a partir de recortes del texto que distorsionan su significado. "un ejemplo de esto lo tenemos en la presentación del sinónimo liberal-

ismo= nacionalismo, que deriva de la afirmación "el nacionalismo de Leopoldo Lugones, como todo nacionalismo, es "un liberalismo"(p.19). Sin embargo, para este catolicismo, el nacionalismo de Leopoldo Lugones, y no todo nacionalismo, puede ser considerado una forma de liberalismo en la medida en que no propone la subordinación de la nación a la Iglesia Católica: "La metafísica y la teología católica serán por otra parte lo único que nos salvará del nacionalismo peligroso que predica Leopoldo Lugones y que a la postre es "un liberalismo"⁽⁷⁾.

Además, no resulta comprensible por qué en el análisis de la categoría "anticomunismo", se incluyen referencias al "antifascismo" (p.20). Si bien las dos categorías pueden incluirse dentro de las referencias a los "anti", es indudable el distinto peso y la distinta ubicación que presentan ambos conceptos en la estructuración de los contenidos. La denuncia del comunismo definido como "intrínsecamente perverso" -como el autor reconoce (p.20) ocupa en Criterio una posición central, atraviesa todos los temas tratados y es prácticamente una de las categorías más permanentes; el fascismo, en cambio, no sólo no ocupa una posición tan central sino que la postura frente al tema es de reserva e, incluso, de aceptación, fundamentalmente en la medida que puede constituirse en "un arma contra los avances comunistas"⁽⁸⁾.

Por otra parte, resulta indudable que esta posición frente al fascismo -"llegado el momento se puede colaborar", como señala el autor (p.20)- deriva directamente, sobre todo en los primeros años de la década del 30, de

la posición fijada por la Iglesia Católica, en 1931, en la encíclica Quadragésimo Anno. Según el texto papal: "Recientemente, todos lo saben, se ha iniciado una especial organización sindical y corporativa (...) Basta "un poco de reflexión para ver las ventajas de esa organización, aunque la hayamos descripto sumariamente: la colaboración pacífica de las clases, la represión de las organizaciones y de los intentos socialistas, la acción moderadora de una magistratura especial". Si bien se le reconocen riesgos, éstos pueden superarse, según la Encíclica, mediante una activa participación de los católicos, "cuanto mayor sea la cooperación de la pericia técnica, profesional y social, y más todavía de los principios católicos y de la práctica de los mismos"⁽⁹⁾.

Asimismo los contenidos de la revista Criterio no pueden ser definidos exclusivamente en función de los "anti", ya que, como todo discurso crítico, contiene propuestas alternativas con respecto a lo que se considera negativo. Por lo tanto, resulta llamativa la ausencia, en el análisis, de otras categorías, como el caso de "corporativismo", tratada en el texto muy someramente⁽¹⁰⁾. Sin embargo, esta categoría no sólo ocupa también una posición central y permanente en la estructuración de los contenidos de Criterio, sino que se construye en forma paralela y alternativa a las categorías de "comunismo" y "liberalismo/democracia"⁽¹¹⁾. En última instancia, el corporativismo es el proyecto social sostenido por amplios sectores del catolicismo como salida ante "un Estado liberal que ya no resulta garantía suficiente para contener (lo que se percibe como) los embates democratizantes de la sociedad que,

según esta perspectiva, conducirían irremediamente al comunismo. De esta manera, el corporativismo es presentado como "un elemento clave para el disciplinamiento de la clase obrera"⁽¹²⁾.

En relación con lo anterior -la necesidad de disciplinamiento social- hubiera sido interesante además que el autor incorporara el análisis de otras categorías, sobre las que se estructura el proyecto de sociedad implicado en la idea de "recristianización", como los conceptos de "clase social" y de "conflicto social" o "conflicto de clases", que muestran una marcada permanencia en las páginas de Criterio. Porque si bien, como señala el autor, "llevado a la práctica este catolicismo integral descubrirá la realidad de la vida obrera, de los barrios populares, del campesinado pobre"(p.41), no debe descuidarse el hecho de que estas preocupaciones están estrechamente vinculadas al potencial conflictivo de la situación social que se percibe como amenazante para el orden constituido⁽¹³⁾. Paliar ese peligro es indudablemente uno de los principales sentidos de la "restauración católica". Como señala una publicación de la Acción Católica Argentina: "Los mismos cimientos del edificio social van siendo minados por la ignorancia religiosa y la inmoralidad imperantes, que traen como consecuencia el ateísmo laicista, la disolución de la familia, el desbordamiento del egoísmo, el imperio de las pasiones, la independencia del espíritu, la lucha de clases, la rebeldía general. Es pues, de imperiosa y urgente necesidad el Apostolado Seglar para recristianizar la vida y restaurar en Cristo a la moderna sociedad"⁽¹⁴⁾.

Por otra parte, en el análisis de estas categorías estructurantes, el autor también incurre en "un cierto desplazamiento de los significados. De esta manera, "liberalismo" es empleado, en algunas partes del texto, como sinónimo de "capitalismo" y/o de "burguesía". A partir de este desplazamiento, el autor puede entonces afirmar: "Este catolicismo integral tiene dos momentos fundacionales: el Sylabus de Pío IX y la encíclica Rerum Novarum de León XIII. Ambos hechos forman "un mismo núcleo de acción: no transigir con la sociedad capitalista" (p. 36). Más adelante, agrega: "frente al mundo burgués (...) sólo cabía una postura: la del enfrentamiento intransigente"(p.37).

Es indudable que el catolicismo integral es profundamente antiliberal. Pero la oposición al liberalismo no puede confundirse con anticapitalismo: simplemente critica las formas más extremas que asumen las prácticas capitalistas, en la medida en que estas prácticas puedan provocar "un cataclismo social que arrastre al catolicismo junto con las clases dominantes. Y tampoco es antiburgués, sino que se limita a pedir a la burguesía que, frente a las clases subordinadas, asuma los rasgos de paternidad que su posición social le impone. Así, desde la Primera Asamblea Diocesana de la Asociación Nacional de Hombres Católicos, en 1934, se podía recomendar: "Porque el hombre de pueblo está imbuido de prejuicios pero no tiene mal corazón, ante el espectáculo de una vida laboriosa como la suya acepta con más facilidad la ley del trabajo que pesa sobre él, agradecido a nuestra benevolencia cristiana le es menos sensible la distancia que le separa del que le emplea y dirige"⁽¹⁵⁾.

Por lo tanto, el "esquema triangular" donde "cada uno es "un vértice" (p.17) que construye el catolicismo integral, como representación de su propia ubicación ideológica y social -según el autor, "mundo liberal, mundo comunista, mundo católico. Cada uno con promesas de paraísos, con religiones y sumos sacerdotes en quienes creer, con ortodoxias y herejías" (p.20)- no puede ser confundido con la posición efectiva que este catolicismo asume frente a los conflictos reales que plantea la sociedad.

Además, en el análisis de las categorías, es fundamental tener en cuenta, tanto sus contenidos como sus articulaciones. Como señala Ernesto Laclau, sobre todo en el caso de aquellas ideologías que se construyen a partir de fragmentos correspondientes a paradigmas muy dispares, la forma específica en que se articulan los distintos conceptos permite discernir su orientación y su significado⁽¹⁶⁾. De esa manera podría advertirse que categorías como "antimperialismo", articulada con conceptos como "antisemitismo", tienen dentro del catolicismo integral "un significado y una orientación claramente diferenciables de las construidas por el liberalismo y por lo que, en términos generales, podemos llamar la izquierda.

IV

El objetivo del autor, con respecto al catolicismo integral es "estudiarlo histórica y sociológicamente en una coyuntura concreta, la de 1930 y 1946..."(p.5). Sin embargo, uno de los rasgos que caracteriza el trabajo es la ahistoricidad de su tratamiento. El

análisis de Criterio, por ejemplo -a pesar de estar ubicado en el capítulo "Desarrollo histórico"- no registra ningún tipo de cambio en la orientación y significado de los contenidos, sino que los presenta como inmutables e idénticos a sí mismos a lo largo de todo el período en tratamiento. ¿Acaso las ideas respecto al liberalismo, al fascismo, al comunismo, al papel que debe cumplir el Estado, a la percepción de los sectores populares, etc. no sufren ninguna transformación en el período?(17). ¿No registran los cambios sociales, políticos y económicos de la década? Por ejemplo, ¿las concepciones del fascismo o del corporativismo que se construyen a comienzos de la década -la época de Quadragésimo Anno- son semejantes a las que se elaboran durante la crisis y caída del régimen de Mussolini -la época el Mensaje Papal sobre democracia de fines de 1944-?

Del mismo modo, el análisis de las organizaciones -caso de la Acción Católica Argentina- también se caracteriza por presentar la misma inmovilidad. Así, por ejemplo, en el trabajo se desechan ciertas cuestiones que son índice de las transformaciones sociales y de su percepción por parte del catolicismo integral, como el cuestionamiento a los Círculos de Obreros y el nuevo impulso dado, a comienzos de la década del 40, para la formación de sindicatos católicos a partir de la creación de la Juventud Obrera Católica.

De esta manera, el enfoque histórico propuesto se reduce a una brevísima y tradicional reseña de la década del 30 -a la que el autor insiste en continuar llamado "la década infame" (p.6)- en la Introducción del trabajo (p. 5-6) y a una Cronología del catolicismo

argentino durante el período (p.47) sumamente extensa: 31 páginas frente a las 40 de texto. (¿Es necesario recordar que ninguna cronología puede suplir el análisis histórico?) Por otra parte, como toda cronología, ésta se reduce a la enumeración de una serie de datos fácticos, sin que queden explicitados los criterios de la elección.

La falta de "un análisis histórico se refleja también en otras cuestiones. El autor atribuye al catolicismo integral, en 1939, la construcción de "antinomias hasta ayer desconocidas en el análisis, como son ciudad versus puerto versus interior; inmigrantes versus pueblo criollo" (p.28-29). Puede señalarse no sólo que dicha antinomia es una preocupación constante a lo largo de la década del 30,⁽¹⁸⁾ sino que, además su construcción procede de épocas anteriores y de medios sin relaciones excesivamente directas con este tipo de catolicismo.

En cuanto a la información que el trabajo aporta respecto al tema, esta no supera la ya aportada por la bibliografía referida al nacionalismo argentino, a pesar de que estos trabajos toman el tema del catolicismo de manera lateral y exclusivamente limitada a sus vinculaciones con el desarrollo de las ideas y los movimientos nacionalistas⁽¹⁹⁾. También llama la atención que esta bibliografía no aparezca citada en el trabajo.

Por otra parte, el trabajo contiene una serie de afirmaciones que, en el mejor de los casos, sólo podrían ser consideradas hipótesis -algunas de indudable sugerencia- pero que deberían quedar sujetas a una rigurosa tarea de corroboración empírica, para alcanzar el rigor científico que el autor expresa aspirar⁽²⁰⁾. Puede citarse

como ejemplo: (Con el golpe del 1930) "disminuye las posibilidades de participación para amplios sectores sociales, especialmente de nivel medio y popular. Estas clases tendrán en el movimiento católico una posibilidad real de participación..." (p.10)

Otras afirmaciones proceden de inferencias no excesivamente adecuadas. Así por ejemplo, a partir de los análisis desarrollados por Hiroshi Matsushita y por Hugo del Campo, con respecto al sindicalismo argentino, el autor infiere que, en la década del 30, "la presencia de la corriente y de la cultura sindicalista en el interior de la clase obrera, con su rechazo a los partidos y su enfrentamiento con el Partido Comunista, sus posturas de adaptación y diálogo con autoridades y funcionarios, no tendrá "un carácter militantemente anticlerical o antirreligioso (...) permitiendo (o al menos tolerando) de este modo la expansión del movimiento católico hacia los sectores populares" (p.11)

Sin embargo, Hugo del Campo ubica precisamente lo que llama "el ocaso del sindicalismo" en 1935, observa a partir de ese momento "el avance de los comunistas" dentro de las organizaciones obreras y considera que el neo-sindicalismo de comienzos de la década de 1940 es de filiación socialista⁽²¹⁾. Además, si bien reconoce la importancia de la tradición sindicalista, considera que dicha tradición podrá vincularse, más adelante, con el surgimiento del peronismo: "la herencia que dejaban (los sindicalistas) no era nada desdeñable: sus constantes esfuerzos por mantener la independencia del movimiento sindical frente a los partidos políticos -que se había transformado, de hecho, en abierta hostilidad hacia socialistas y

comunistas- (...) es uno de los factores que sin duda facilitaría la tarea del peronismo"⁽²²⁾. En síntesis, a partir de lo señalado por Hugo del Campo, resulta muy difícil inferir la relación que el doctor Mallimaci establece entre sindicalismo/movimiento católico, a menos que se proceda a una automática identificación entre catolicismo/peronismo (que sólo puede constituir "un abus de langage"). Caso contrario, estamos otra vez ante una hipótesis de trabajo que exigiría ser confirmada empíricamente.

Algunas otras afirmaciones pueden llevar a interpretaciones no demasiado claras. Por ejemplo, el autor señala que durante este período, el catolicismo integral "buscará ganarse masivamente a sectores juveniles y también niños, grupos sociales hasta ese momento casi olvidados o desconocidos por otras fuerzas culturales y políticas" (p.11). Pero esta afirmación puede despistar a algunos espíritus incautos, si no se señala cuál es el sentido de esta nueva actitud.

En primer lugar, desde las páginas de Criterio se desprende que el interés por la juventud o la infancia apunta también al proyecto general de disciplinamiento social, que caracteriza a este tipo de catolicismo⁽²³⁾. Pero además, los niños y los jóvenes son considerados como efectivos instrumentos del proyecto de "recristianización". Para ello se buscará organizarlos apelando, con "un lenguaje de resonancias militaristas, al "espíritu de cruzada" e incluso planteando la necesidad de la inmolación. Así, por ejemplo, dentro de la Acción Católica Argentina, los "aspirantes" son llamados "pequeños cadetes del gran ejército de Cristo", su distintivo "escudo de armas", el crucifijo es pre-

sentado como el "arma" de los católicos y su fe como una "coraza". El Coro Misional para niños comienza diciendo que "la voz del Pontífice y la voz de Cristo son la voz de mando" y concluye con "un estribillo que invita a la conquista: "Mientras haya infieles, no tendrá descanso, no tendrá descanso nuestro corazón"⁽²⁴⁾.

Además, la misma concepción de catolicismo que maneja el autor merece algunas observaciones. Fortunato Mallimaci señala que "consideramos al catolicismo como "un lugar social donde se confrontan discursos competitivos y desiguales, donde las relaciones con el exterior no se detienen jamás" (p.6), de allí que "debemos comprender que el catolicismo es "un lugar social donde el conflicto se juega dentro de "un cierto consenso. Cada coyuntura histórica fijará los límites del disenso" (p.13). El autor pareciera ignorar la vinculación entre catolicismo/Iglesia Católica, institución jerárquicamente organizada que se reserva para sí la función del "magisterio".

Dentro de ese contexto, ¿cuál es el sentido que adquiere el concepto de consenso? Podría pensarse que la cuestión de la unidad ideológica del catolicismo no fuese tanto una cuestión de consenso sino que entrara básicamente en la esfera de la política. Como señala Antonio Gramsci, a través de la política o "dominio directo", la unidad es mantenida mediante el principio de autoridad y una clara organización jerárquica, "ejerciendo una disciplina de hierro sobre los intelectuales, para que no rebasen ciertos límites en la distinción y no lleguen a hacerla catastrófica e irreparable"⁽²⁵⁾.

En cuestiones estrictamente no confesionales, la jerarquía y el principio de autoridad son los que funcionan como límites para el "disenso", permitiendo dentro del catolicismo la existencia de corrientes de opinión o de "tipos" -como prefiere designar el autor- que le permiten una importante gama de posibilidades de reubicación, manteniendo la imagen de inmutabilidad. Incluso, le permiten absorber corrientes que han sido contestatarias al mismo principio de autoridad. Así, por ejemplo, si los movimientos heréticos de la Edad Media son "reabsorbidos por la Iglesia con la formación de órdenes mendicantes (...) el modernismo no ha creado órdenes religiosas sino "un partido político, la democracia cristiana"⁽²⁶⁾. Asimismo, estas posibilidades de reubicación que garantizan la unidad del catolicismo se vinculan también con lo que Gramsci llama "movimiento progresivo", que "permite dar ciertas satisfacciones a las exigencias de la ciencia y la filosofía, pero con "un ritmo tan lento y tan metódico que los cambios no son percibidos por los sencillos, aunque resulten revolucionarios y demagógicos a los ojos de los integralistas"⁽²⁷⁾.

Tal vez, la clave de la estrategia de investigación del trabajo que aquí se comenta puede estar en la convicción del autor acerca de que "saber importa menos que comprender" (p.7), en su intención de acceder a lo que denomina "los mares profundos" (p.35) del objeto estudiado. La oposición conocimiento/comprensión deriva en gran parte de la fenomenología, filosofía neokantiana fundada por Edmund Husserl⁽²⁸⁾. Según Husserl, las formas de conocimiento científico no son aplicables a los

fenómenos de la vida social o cultural, en la medida en que éstos -a diferencia de los objetos de las ciencias físicas y naturales- tienen "un significado" al que únicamente puede accederse mediante su comprensión subjetiva. Dicho de otra manera, la comprensión de los hechos sociales o culturales exige entender lo que significan en tanto "vivencias" subjetivas. A partir de allí, todo enunciado puede ser considerado una proposición "verdadera".

No entraremos a analizar las implicancias epistemológicas de estas posiciones. Nos interesan otro tipo de cuestiones. Como señala Marvin Harris, precondition absoluta de cualquier juicio moral es saber quién hizo qué cosa, a quién y cuándo, dónde y cómo lo hizo. Y sostener que toda proposición es verdadera es confundir al atacante con el atacado, al torturador con el torturado, al asesino con el asesinado⁽²⁹⁾. De esta manera, mientras los científicos sociales no recobren "cierto respeto por la objetividad científica y lo demuestren distinguiendo entre conducta y pensamiento, entre las dimensiones emic y etic, entre enunciados empíricos y no empíricos, entre hecho y ficción, así como entre teoría y práctica (...) su juego será el de una nueva era de ignorancia y opresión"⁽³⁰⁾.

Susana Bianchi
Maria Ester Rapalo

INDUSTRIA Y TRABAJADORES: EL VALOR DE LOS ARCHIVOS COMO FUENTE DOCUMENTAL

Mirta Zaida LOBATO *

Fernando ROCCHI **

* CONICET - UBA - PEHESA/CISEA

** UBA - PEHESA/CISEA

A partir de la década de 1880 comienza a desarrollarse en la Argentina un incipiente proceso de crecimiento industrial que cuenta desde sus inicios con algunas características que mostrarán una fuerte perduración en el largo plazo. Una de ellas es la conformación de un universo en el cual se desenvolvía un numeroso grupo de pequeños talleres -sobre los que habría que precisar mejor la aplicación de la denominación de industrias- en paralelo con una pequeña cantidad de grandes empresas que, sin embargo, acaparaban la mayor cantidad de mano de obra empleada y de producción en la mayoría de las ramas de las nacientes manufacturas.

Esta visión general, aunque compartida por los estudiosos de la industria argentina desde el trabajo pionero de Adolfo Dorfman⁽¹⁾, ha podido ser poco profundizada quedando sólo la idea de que las características oligopólicas de la industria argentina, especialmente en aquella destinada a la exportación, hacían que las grandes empresas dieran el tono de un hasta ahora poco conocido comportamiento en cada una de las ramas componentes del sector.

La dificultad mayor ante la necesaria profundización de la evolución industrial parece estar dada por las mismas fuentes con las que contaron los estudios dedicados al tema industrial ya sea desde la óptica del empresariado, de los trabajadores o de la organización de la producción. Estas fuentes de las que se han valido estos estudios se caracterizan por su fuerte nivel de agregación -son básicamente censos nacionales- y por ello encubren dentro de un universo de medianías una situación muy alejada de la compleja realidad simplificando bajo el signo del promedio los comportamientos de las pequeñas, medianas y grandes empresas respecto al contexto económico y social que las rodeaba. Si esto puede ser en parte paliado analizando las cédulas censales de 1895, la pérdida de las del censo de 1914 y las realización de nuevos censos nacionales recién en la década del 30 dejan un vacío de más de cuarenta años en la posibilidad de un análisis más profundo de la problemática industrial si se insiste en esta misma vía.

Por otro lado los censos sólo contienen alguna información que no siempre resulta la más útil ni inter-

esante para los estudios que el historiador desea realizar. Esta oscuridad ha sido parcialmente subsanada por la inteligente vía de la apelación a las fuentes cualitativas que sin embargo no han permitido avances significativos dentro de la problemática industrial llevando a la circularidad de un debate en donde "sólo se produce más de lo mismo" según expresión de Juan Carlos Korol e Hilda Sabato ⁽²⁾.

Ya señalaba Ruth Sautu en la década del 60 que "Para poder discutir el problema del crecimiento de las empresas industriales, es evidente que deberíamos contar con datos suficientes que nos permitieran rastrear su origen y los mecanismos de expansión desde su fundación, de manera tal de poder determinar pautas más generales de crecimiento en relación con las circunstancias históricas concretas en que el fenómeno se produjo" ⁽³⁾.

La necesidad de profundizar en esta problemática no resulta particular de la Argentina y no emerge exclusivamente de la escasez y pobreza de los censos realizados en el país. Es así como dentro de un contexto más englobador como el de la historia económica en general, Witold Kula enfatizaba desde hace muchos años la necesidad de estudios microhistóricos como herramienta fundamental para el análisis general de los procesos históricos ⁽⁴⁾.

Uno de los enfoques que permitiría salirnos del debate circular y realizar aportes historiográficos novedosos dentro de la problemática industrial nos parece la investigación dentro de los archivos de fábrica utilizando el material que las mismas contienen como de importancia fundamental

para avanzar en las nuevas propuestas. A pesar de esto, esta nueva perspectiva de análisis no cuenta aún con demasiados adeptos en la Argentina.

Estas preocupaciones tienen en cambio una historia muy rica y nutrida en países donde el énfasis puesto en las investigaciones en ciencias sociales ha sido más entusiasta y profundo que en el nuestro. Así y atendiendo a la necesidad de explorar en los procesos individuales que se daban en los distintos establecimientos industriales ya desde principios de siglo en EEUU y Europa se intentó una reconstrucción microhistórica de la industria a través de los volúmenes conmemorativos que las propias empresas publicaban pero, dado su carácter apologético, las conclusiones carecían de un valor medianamente objetivo y pronto se concluyó en que sólo podían utilizarse como material complementario para los trabajos serios de investigación ⁽⁵⁾. Esto hizo que se volviera inevitable la recurrencia a la información primaria referida a las empresas industriales en aras de realizar estudios donde el nivel de objetividad científica fuera mayor.

Sin embargo, esta idea se iba a enfrentar con una dificultad temible. Como señala Kula "Con su principio sagrado del secreto empresarial, el capitalismo liberal no dejó por regla en los archivos oficiales muchas informaciones importantes para nosotros. La soberanía de la empresa no permite a las autoridades públicas enterarse de sus cuestiones y como quiera que aquéllas no sabían nada no esperamos encontrar en las actas oficiales informaciones tan importantes para nosotros" ⁽⁶⁾. Así la única posibilidad que quedaba era la visita

a la propia empresa y la indagación in situ de los materiales que la misma contenía.

Los resultados fueron poco alentadores en Francia, Suiza, Holanda y Alemania y decididamente desconsoladores en Italia ⁽⁷⁾. El recelo de las empresas en dar a luz fuentes de carácter privado estaba imbuído del temor a la entrada de extraños científicos sociales invadiendo una esfera de privacidad que se consideraba indiscutible mientras aquellos que debían abrir las puertas para permitir las investigaciones - los empresarios - no llegaban a comprender qué buscaban estos extraños investigadores. Pero una situación más alentadora comenzó a darse en los EEUU, probablemente por la mejor imagen que el empresario tenía dentro de la sociedad norteamericana y por el deseo del mismo, sobre todo por parte de los self-made-men, de mostrar ante la misma los logros obtenidos a través de sus esfuerzos. Sin embargo los intereses de los historiadores y de los empresarios chocaron rápidamente ante la búsqueda de la verdad científica por parte de los primeros y el deseo de ser ensalzados por parte de los segundos. A todo esto se unía el temor a que las comisiones parlamentarias antitrust pudieran utilizar los materiales recogidos por los historiadores en desmedro de la empresa ante el temido ejemplo de un monopolio que fue condenado ante el jury por medio de un memorándum salido de un archivo y que parecía carecer de importancia ⁽⁸⁾.

Todos los papeles se volvieron así peligrosos en potencia para ojos extraños a los miembros del Directorio y de la Gerencia de las empresas. Pero paradójicamente la definición de este

entuerto vino de parte de las propias empresas que comenzaron a vislumbrar la importancia de contar con sus propios archivos y de guardar el material que antes se destruía. Cuenta una anécdota que en un viaje que Rockefeller pensaba realizar al Lejano Oriente pidió a uno de sus empleados que le enviara la información contenida en el archivo del Chase Manhattan sobre anteriores contactos en la zona y al explicarle el empleado que el banco no tenía este tipo de archivo Rockefeller, entre iracundo y azorado, ordenó poner todo el empeño posible en la construcción de uno adecuado ⁽⁹⁾.

Pasado el temor de la ley antitrust algunas empresas norteamericanas iniciaron una decidida apertura a los investigadores y aún donaron parte o la totalidad de sus archivos a las universidades como el caso de Swift y Armour con las universidades de Chicago y de Yale. Coca-Cola, Chase-Manhattan, Gral. Motors, Du Pont, Ford y la mencionada Swift-Armour son sólo algunos ejemplos de excelentes archivos mientras otras compañías como la Wells Fargo incluso cuentan con un plantel de historiadores y archivistas trabajando para la propia empresa. Paralelamente desde 1945 se comenzó a suscitar un movimiento no sólo a favor de una entrada menos problemática en los archivos de fábricas sino para presionar ante los poderes públicos en pos de evitar la destrucción de estos papeles privados que la mayoría de las firmas seguían realizando ⁽¹⁰⁾.

Más lentamente los archivos de empresas europeas comenzaron a abrirse a los investigadores, especialmente en los países sajones, mientras en los latinos el temor al fisco y a

los reclamos obreros seguía cerrando tanpreciado material al estudio de los historiadores. Sin embargo la obstinación de éstos pudo más y poco a poco algunas empresas industriales comenzaron a permitir la consulta de sus papeles privados.

El acceso a los archivos de fábrica posibilitó la realización de estudios que resultaron un aporte fundamental a la historiografía referente al capitalismo industrial. Así los investigadores ingleses que trabajaron con archivos de empresas para el período de la Segunda Revolución Industrial pudieron ver como estas industrias, muy confiadas en la estrategia de mercado, no dieron la suficiente importancia a los que el genial Alfred Chandler llamó la "Mano Visible", es decir aquella en donde los empresarios emprendían, aún contra las tendencias del mercado y de los principios del liberalismo económico una diferente organización del trabajo y una estrategia de integración vertical, contrataban un cuerpo de profesionales administradores e introducían novedosa tecnología. Mientras sólo pocas empresas inglesas adherían a la "Mano Visible", ésta operaba con fuerza en Alemania y EEUU con los resultados que ya a principios de siglo iban a evidenciar la decadencia relativa de la industria británica ⁽¹¹⁾.

En el Brasil, el estudio de los archivos de fábrica permitió reconsiderar la tesis tradicional que asimilaba la industrialización paulista con la del país entero a partir de los excelentes trabajos de los historiadores norteamericanos William Stanley y Warren Dean. A pesar de la seriedad de estos estudios numerosos historiadores brasileños, especialmente cariocas, sospechaban que esta generalización

resultaba incorrecta y el estudio integral de una empresa textil, la Companhia America Fabril ⁽¹²⁾, contribuyó a mostrar que San Pablo - con industriales ligados a la actividad cafetalera, trabajadores inmigrantes y todas las consecuencias que ello implicaba - contrastaba profundamente con el ejemplo de Rio de Janeiro - con industriales vinculados a las finanzas y trabajadores brasileños nativos -. Diferentes mercados de trabajo y diferentes estrategias empresarias comenzaron a aparecer dentro de una historiografía que mostraba hasta ese momento un importante grado de homogeneidad en sus conclusiones. El entusiasmo a que llevó este estudio ha hecho que actualmente se estén realizando trabajos similares en Minas Gerais, Bahía y Paraná. El caso del Brasil, por las características similares que presentan los países periféricos, muestra así una perspectiva por demás interesante desde la óptica en que se pueden realizar estos estudios en la Argentina.

Los estudios sobre empresas a través de los archivos de fábricas realizados en los países europeos mostraban una característica muy importante señalada por Kula: "El análisis de una empresa sólo es posible si se realiza en el marco del conjunto al que pertenece y que por lo tanto exige, por lo menos, un conocimiento aproximativo de las regularidades y dependencias de su medio ambiente" ⁽¹³⁾. Estos análisis mostraban un avance respecto a la simple descripción de la historia de una empresa con la que los norteamericanos habían comenzado sus estudios pioneros.

Sin embargo una nueva advertencia debe guiar estos análisis para lograr un estudio completo que pueda inte-

grar distintos aspectos de la historia económica y social. Señalaba María Bárbara Levy: "Economistas y sociólogos parecían haber trazado un Tratado de Tordesillas, en el cual cabría a los primeros el estudio económico y financiero de las empresas y, a los segundos, las reflexiones sobre el trabajador dentro y fuera de la fábrica" ⁽¹⁴⁾. Si consideramos que gracias a estas nuevas fuentes se pueden establecer robustos y permanentes puntos de contacto entre la historia social y económica, entre la producción y el mercado de trabajo, entre el empresario y el obrero, entre la instalación de la fábrica y la formación de barriadas de trabajadores, la nueva perspectiva de análisis aparece como más que prometedora. Pero este "Tratado de Tordesillas" dejaba en nuestro país vacíos los dos campos en que el mismo dividía esta nueva línea de investigación.

Paralelamente, y de manera similar a la industria donde se verificaba una tendencia a producir más sobre lo mismo, las historias de los trabajadores surgidas en el seno de la militancia y con un propósito legítimamente focalizaban en una cronología de las instituciones o de las controversias ideológicas ⁽¹⁵⁾. La literatura del campo académico continuó por largo tiempo con esta tendencia y recién en los últimos años puede advertirse una renovación temática y metodológica. Los nuevos aires vinieron de la mano de aquellas investigaciones que no sólo atendían los parámetros estructurales o los problemas institucionales sino de las que intentaban asir la experiencia concreta de cada día, los niveles y estilos de vida, las tensiones internas, las relaciones con otros grupos sociales y la cultura de la más

inclusiva categoría de sectores populares ⁽¹⁶⁾. Sin embargo la fábrica, punto de encuentro de los problemas que atañen a las empresas y a los trabajadores, no fue objeto de estudios específicos en los análisis históricos a pesar de que a través de ella se podía lograr una aproximación a la realidad cotidiana de los trabajadores y a la articulación de los roles jugados por industriales y asalariados.

En la Argentina la investigación en los archivos de fábricas es de muy reciente data y si bien los trabajos de Cortés Conde ⁽¹⁷⁾ sobre los niveles salariales en la fábrica Bagley muestran un intento pionero recién con las investigaciones sobre los trabajadores de las fábricas Swift y Armour pertenecientes a la industria frigorífica ⁽¹⁸⁾ y el proyecto del PEHESA-CISEA sobre historias de empresas el análisis se torna más exhaustivo ⁽¹⁹⁾.

Si en el caso de la industria el examen de los archivos de fábricas permite matizar la visión general de pequeños talleres que coexisten con una reducida cantidad de grandes empresas, y sobre todo, los mecanismos de expansión de las mismas firmas, las pautas de crecimiento, su relación con las circunstancias concretas que la rodean, para el caso de los trabajadores, abre un abanico de cuestiones a veces muy transitadas pero poco conocidas y explicadas en la conformación de la clase trabajadora.

El origen de los trabajadores urbanos dió lugar a una amplia literatura donde el peso de los factores étnicos o ideológicos marcaba la conformación y estructuración de las organizaciones gremiales, la difusión de determinadas ideologías y la mayor o menor permeabilidad a las mismas. Una

mirada al interior de las fábricas puede servir para medir lo que efectivamente se quiere decir cuando se alude a las diferencias nacionales y calibrar el valor de la experiencia en el lugar de trabajo en la creación o no de lazos solidarios. Las formas y organización de las tareas, la estructura de la calificación, la duración de las labores, los sistemas de seguridad forman parte del mundo del trabajo, del cotidiano laboral y deben haber tenido su peso en los comportamientos de los asalariados de las diferentes ramas industriales.

Esta aseveración pone en el centro del análisis al trabajo con su organización, sus condiciones, con el modo con que las distintas operaciones son asignadas a los individuos dentro de una unidad de producción, con las normas de control y represión, con la mayor o menor adaptación al contenido del trabajo cuyas manifestaciones pueden ser clasificadas de acuerdo a una tipología de comportamientos que de cuenta a su vez de las pautas que quieren imponer las empresas, de las reacciones frente a ellas por parte de su personal y de los resultados finales de esa confrontación. Es en la fábrica entonces donde se pueden observar estas cuestiones, con su carácter ocasional o provisorio o como un verdadero programa organizativo.

En este sentido algunas empresas conservan las notas de sus gerencias de relaciones industriales, de sus oficinas de tiempo, de las oficinas técnicas y las actas de directorio, encontrándose allí constancia de los problemas referidos al "personal", de la necesidad de modificar circuitos de producción, de introducir nuevas maquinarias. A su vez los registros

del personal dan cuenta del perfil de los trabajadores: origen, sexo, edad, nivel de instrucción, sección a la que ingresan, tipo de tareas, enfermedades y sanciones, lo que nos lleva a pensar en el tipo de obrero y sus conductas del mismo modo que los datos referidos a las empresas dan la pauta de la forma que consideran que pueden obtener más beneficios o de la manera en que es necesario organizar el tiempo de las tareas de los trabajadores.

Más allá de los muros de la fábrica una nueva imagen puede aparecer si nos acercamos a los documentos conservados por las empresas con nuevos interrogantes. Las comunidades organizadas alrededor de una actividad monoprodutora reproducen, a veces, las relaciones de poder internas en la unidad de producción en la vida comunitaria. La vivienda, la escuela, la iglesia, las diversiones incluso están pautadas por la empresa⁽²⁰⁾. En otros casos aunque el desenvolvimiento del pueblo está también íntimamente vinculado a la fábrica, sus relaciones son más laxas, más abiertas a actividades controladas por los miembros de esa comunidad y más al margen de las directivas empresarias.

Fábrica, comunidad, pueblos, se enlazan en torno de experiencias que se gestan, desarrollan y modifican alrededor de los lugares de trabajo y cuyo análisis parece imprescindible.

Claro que no se puede salir a tuestas en esta búsqueda puesto que los problemas son innumerables. En primer lugar, como señalamos anteriormente, las empresas son privadas y por lo tanto la decisión sobre su aper-

tura a los investigadores no es tarea fácil.

En nuestro país se han realizado importantes avances sin los cuales los trabajos sobre Alpargatas, Bagley, Pirelli o Swift-Armour hoy no estarían desarrollándose, pero aún falta despertar el interés en el seno mismo de las empresas por su pasado más allá de las intenciones estrictamente laudatorias con las que en más de una oportunidad se logra la colaboración de las mismas. No menos complicado resulta el acercamiento a las empresas públicas donde aún no se ha podido ingresar y donde no se acierta con el camino para conocer los mecanismos con los cuales se pueda lograr un interés que permita resultados tan alentadores como la experiencia realizada en Brasil, en la generadora pública de energía eléctrica Electropaulo, donde a través de documentos inéditos, recortes de periódicos y fotografías conservadas en el establecimiento se pudo analizar el movimiento político de 1924⁽²¹⁾.

En el caso argentino no sólo se podría indagar sobre temas particulares como el realizado por el grupo de historiadores de Electropaulo sino también estudiar las políticas de inversión, los laborales y el funcionamiento todo de un sector que se encuentra en el centro del debate político actual. Para ambos casos el problema de la destrucción de los materiales es una cuestión que aún no se constituyó como tal en la medida en que casi sin pudor se destruyen documentos de incalculable valor histórico. En esto nos hallamos a gran distancia del movimiento conservacionista surgido en Europa y en los EEUU en la última posguerra. Vaya como referencia la venta al "botellero" de la colección

completa de volantes y hojas sueltas distribuidas en el interior o en la puerta del establecimiento por parte de una empresa de larga data en el país.

El estudio de los trabajadores y de la industria entonces requiere de dos elementos que se conjugan, por un lado los propietarios de los materiales y por otro los propios investigadores, nosotros. De la acción mancomunada pueden abrirse nuevas líneas temáticas, metodológicas, nuevas interpretaciones y un mejor conocimiento de los problemas que nos aquejan.

En abril de 1989 se desarrolló en Buenos Aires el Seminario "A casi 500 años de la llegada de los europeos a América: balance de las investigaciones y reflexiones", coordinador por el Dr. Enrique Tandeter y organizado por la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Menéndez y Pelayo. En él, antropólogos e historiadores argentinos y españoles expusieron durante una semana sus puntos de vista sobre el tema, ante un público heterogéneo que participó del debate cotidianamente, en ocasiones en forma acalorada.

Con la publicación de la palabras de Joseph Fontana en el Panel de cierre del Seminario ("1492-1992: ¿Qué celebrar?") queremos introducir la discusión sobre el quinto centenario del Descubrimiento de América, que no ha merecido hasta el momento casi ninguna consideración por parte de los medios de difusión y académicos. Este texto polémico permite reflexionar sobre el contrapunto entre "conmemoración" y conocimiento histórico.

Joseph Fontana, conocido historiador catalán, es profesor de Historia

Económica en la Universidad Autónoma de Barcelona y autor de varios libros de su especialidad.

Joseph Fontana

Creo que todos estamos de acuerdo en que no conviene celebrar ni conmemorar, yo lo estoy por otro motivo, no sólo porque es bueno o porque es malo, sino porque celebrar y conmemorar es una especie de trampa. Tengo una hipótesis acerca de ello.

La visión del pasado que convenía a los grupos dominantes de la sociedad fue transmitida desde comienzos del siglo XIX por la enseñanza de la historia que se recibía en la escuela. Pero en el siglo XX, y en especial después de 1945, el control de la enseñanza se ha hecho cada vez más difícil. Libros de texto con una visión renovada y sobre todo docentes dispuestos a dar una interpretación crítica de la historia han acabado por hacerla inútil para los fines de adoctrinamiento perseguidos. Restablecer la vieja situación no es fácil, requeriría procedimientos de control policiaco que son difíciles y costosos, no imposibles evidentemente (imagino que Uds. lo saben), pero que normalmente son costosos y que en muchos países no resultan adecuados.

Se reaccionó a ello en un principio, descalificando el estudio de la historia como algo sesgado de ideología y poco objetivo, y proponiendo en su lugar el de otras ciencias de la sociedad más objetivas y de métodos más modernos como la sociología o la antropología. País latinoamericano hubo, como Ecuador, en que la enseñanza de la historia desapareció de

hecho en la universidad. Se eliminó una carrera que permitiese formar historiadores. ¿Para qué? Si no servía para nada una cosa anticuada y vieja. Eso trajo dos problemas. El primero, que los presuntos científicos fríos se fueron calentando y resultó que un sociólogo o un antropólogo podían ser casi tan molestos como un historiador. Pero luego trajo otro problema, -y Uds. saben también de eso, me imagino-; que se perdió el tipo de educación patriótica que hasta entonces se había dado en la escuela. Así, por ejemplo, en Francia, recientemente, el ministro de educación de Mitterrand, descubrió con estupefacción y consternación, que los niños franceses ya ni siquiera sabían la letra de la "Marsellesa", lo cual quería decir que algo fallaba en su educación. Cómo se iba después a apelar a la "patrie" si faltaba en los fundamentos de su misma educación cualquier conciencia acerca de la naturaleza de la comunidad a la que pertenecían. La consecuencia fue, pues, que el gobierno socialista francés se apresuró a reintroducir una enseñanza de la historia en Francia desde los galos a Mitterrand, pasando por Juana de Arco, del más viejo estilo. Es lo que Pierre Vilar me decía en broma, que entre los colegas calificaban como la "histoire evenementiel", es decir, la vieja historia recuperada para nuevos usos, pero la vieja, la vieja tal cual.

El gobierno de la Sra. Thatcher se ha roto la cabeza con el problema. Yo tengo folletos publicados por instituciones -digámoslo así- "thatcheristas", donde por ejemplo se apela a los padres para que intervengan en la escuela y para que controlen lo que se enseña a sus hijos. "La historia está en peligro", dice; "que los padres la sal-

ven". Está claro, el gobierno ya no puede controlar eso, tendría que empezar a ejercer una suerte de inquisición sobre los enseñantes, pero si pueden los padres. Y se han convocado coloquios y reuniones; entre ellos uno magno que debía presidir el historiador oficial, Lord Thomas, que no es otro que Hugh Thomas, quien perpetró una historia de la Guerra Civil española y algún otro ejemplo semejante.

Si eso no funciona, en cambio se ha descubierto que existía un camino mucho más eficaz, menos costoso, más rápido de reformar la mala educación histórica que se estuviese dando. Ese camino es el de la "Conmemoración". Si uno piensa en los pueblos de la antigüedad, los monumentos y la inscripciones estaban destinados, en el fondo, con mucha frecuencia, a instituir una visión de la historia conveniente al orden establecido presente. En ese sentido eso es viejo. Pero la "Conmemoración" como tal, que es un método menos costoso y más rápido, eso es algo más nuevo. Aquí se ha recordado que nadie conmemoró el 3er. Centenario; a nadie se le ocurrió que hacía falta entonces. Si al 4to., pero del cuarto para acá, el uso de la conmemoraciones se ha acelerado hasta llegar a convertirse recientemente en un auténtico abuso y amenaza por asfixiarnos. Estamos teniendo conmemoraciones y celebraciones constantemente. Pero esas conmemoraciones y celebraciones no son nada inocentes, permiten comunicar a la mayoría de la población y a la escuela lo que le da la gana. En consecuencia, cuando convenga decir que la Revolución Francesa fue mala, que el descubrimiento de América fue una tan gran cosa que de-

muestra que somos mejores porque nadie fue capaz de tanto, vamos a usar nosotros los medios y vamos a bombardear a la población con esta información.

Tenemos un ejemplo que ha sucedido este año pasado en España: el 2do. Centenario de la muerte de Carlos III. Han muerto muchos tíos y veo que éste es el primero a quien se celebra, tampoco veo por qué. No creo que haya un motivo particular para escoger especialmente a éste. Si hay varios motivos especiales: la idea surgió de la propia dinastía, es decir del heredero y del oficio. [No diría más, porque dado que normalmente ocurre que los historiadores hemos tenido la mala costumbre de desprestigiar la monarquía, por lo menos desde 1700 para acá, ya no queda nada por donde agarrarlo. O se copió lo que parecía lo más presentable para celebrarlo.] La idea es plausible desde quién la promovió; la aprovechó inmediatamente un gobierno que con ella quiso hacer a la vez la conmemoración del Reformismo Ilustrado, esto es, lo bueno es que otros piensen y dirijan por tí, que como son buenos y saben lo que se hace, van a hacer lo mejor para tí. Por tanto, esa era otra idea que estaba asociada aquí. Pero lo más paradójico es que mi propia comunidad, en Cataluña, donde hay un gobierno autónomo, lo que debía haber recordado es que éste es de todos los soberanos de Estado (vamos a exceptuar, porque no era exactamente un soberano, sino un jefe de Estado, el general Franco), aquel que con más dureza y lucidez -porque sabía perfectamente que quería decir y hacer eso- reprimió, por ejemplo, el uso de la lengua catalana. Tendría que haber recordado eso y no otras

cosas. En lugar de eso se ha sumado a la celebración y en Cataluña hemos tenido como 27 exposiciones distintas, de todo lo que se podía ligar a Carlos III y la Ilustración para celebrarlos. ¿Porqué? Efectivamente, porque se está en un momento en que ante la previsión de que en las próximas elecciones no den mayoría al partido actualmente en el poder, se ha fraguado ya la posibilidad de una alianza entre el partido supuestamente nacionalista que rige nuestra comunidad y el gobierno actual. Y hay que empezar a venderle a la gente esa idea contra natura de que es bueno tener esa suerte de alianza y que eso es bueno en términos nacionales. Como eso era tan difícil de vender, la conmemoración sirve.

Después de 27 exposiciones, después de películas que cuentan aventuras ilustradas de ese tipo, después de emplear la televisión machaconamente, después de todo eso, vaya Ud. por el mundo diciendo que pobre el señor Carlos III, que al fin y al cabo lo que hizo, que mire Ud. como dejó al país, que luego no hubo quién lo pudiera salvar, que se fue a pique. Vaya Ud. a decir eso: no va a conseguir efecto, porque el bombardeo masivo y sistemático es mucho más poderosos que lo que se pueda hacer. Y eso es mucho más rápido y más barato que tratar de reformar toda la enseñanza.

Uds. van a ver cómo vamos a seguir siendo bombardeados. A Uds. les aseguro que de acá hasta el 2010 pueden tener conmemoración tras conmemoración, como nosotros. No vamos a salvarnos, por lo menos, de un par de conmemoraciones por año. Ya no sé realmente, ya que toda la his-

toria va a ser contada así, para qué vamos a seguir enseñando.

Eso además tiene una ventaja para quienes organizan la conmemoración, que les permite acallar más fácilmente las voces en contra, porque así son las reglas del juego. Y con respecto al V Centenario, ¿qué vamos a hacer entonces?

Yo creo que no basta protestar. Que diga no basta protestar no quiere decir que no hay que denunciar. Eso está claro, pero no basta protestar. Hay que hacer bastante más que eso. No hay que caer en la trampa de una mera contra-conmemoración, que significa aceptar las reglas del juego que fija el enemigo. Y bajar a pelear con un palito contra el otro que lleva una traca. Puede ser moralmente muy bueno pero se acaba mal, con la cabeza partida sin haber ayudado a nadie. Yo creo que lo que hay que hacer es combatir no con el grito sino con la reflexión. Cuando convenga, incluso, usar su mismo juego para llevarlos a otro terreno.

¿Cómo hacer eso? Yo no soy quién para decirles a ustedes lo que se debe hacer de este lado del Atlántico, qué preguntas se debe formular la sociedad, qué reflexiones se deben impulsar. Pero yo sé lo que nosotros deberíamos intentar hacer: primero, difundir conocimiento sobre América, porque aunque Uds. se crean todo lo contrario, la historia de América es un campo escasamente conocido entre nosotros, y además normalmente suele ser difundido por quienes no deberían difundirlo.

Así, por ejemplo, el trabajo iniciado por la colección dirigida por Nicolás Sánchez Albornoz,¹ es muestra de un tipo de trabajo a hacer; pero hay que

hacer mucho más que eso, hay que ayudar a llevar hasta donde se pueda el conocimiento de América. Y un conocimiento de América fabricado desde los dos lados del mar. El que se produce, el que se fabrica aquí, raras veces, muy pocas ha llegado allá hasta ahora.

Difundir conocimiento para que no se puedan seguir contando ciertas cosas y haciendo pasar ciertas cosas como verdades. Y después incitar a la reflexión. Incitar a la reflexión, en nuestro caso y para nuestra sociedad, tienen que ser unas preguntas específicas. Preguntas, si se quiere, astutas y malintencionadas. Empezar diciendo: "Bueno, 500 años, bien, ¿y de qué nos sirvió? ¿Quién le sacó el provecho?"

Reflexiones que permitan empezar a combatir el mito de que tenemos un pasado común que tenemos la obligación de asumir. Que permitan empezar a luchar contra esta idea de que todo lo que forma parte de lo que se nos ha vendido como lo único que existió en el pasado, porque ese pasado se nos ofrece generalmente en la educación, aquello que conviene recordar, no lo que se ha eliminado de él, es nuestro pasado, nuestra herencia y tenemos la obligación moral de defenderla. Un pasado que no fue nuestro, ¿por qué hemos de defenderlo?

Introducir, inducir a la gente a estas reflexiones. Empezar por aquí, a partir de un conocimiento nuevo, incitar a pensar en forma nueva sobre esto, empezar a hacer las preguntas molestas y empezar a utilizar -si es posible- los mismos métodos que se han mostrado para organizar la gran charanga con el fin de aguarles, en lo posible, la fiesta y no dejársela tan sólo a los "te-

nores" escogidos oficialmente para representar los primeros papeles.

Todo eso, ¿para qué? Para usar la historia de una forma, que es aquella en que lícitamente debe ser usada: para crear conciencia en los hombres, españoles y americanos, a uno y a otro lado. Para que reflexionen ellos mismos sobre su pasado y su presente y para ayudar en la modestísima medida en que le es posible al historiador, pero en alguna medida también le es posible; así por lo menos cuando llegue el Sexto Centenario nos encuentre a todos con más igualdad, con menos miseria, con menos miedo y con más libertad, a uno y a otro lado del Atlántico.

¹ Se refiere a la Colección 'Alianza América' publicada en Madrid por la editorial Alianza (N.E.).

Robert DARNTON: LA GRAN MATANZA DE GATOS Y OTROS EPISODIOS EN LA HISTORIA DE LA CULTURA FRANCESA

Trad. de Carlos Valdés, México, Fondo de Cultura Económica, 1987 (Ed. orig.: New York, Basic Books, 1984), 269 p., il.f.t.

"¿Pero, podemos reunir los mundos simbólicos que desaparecieron hace muchos siglos? Este libro es un intento de hacer eso exactamente"(p.264). Así explicita Darnton el propósito de este grupo de ensayos sobre la Francia del siglo XVIII. Sus reflexiones se remontan a 1972 en que dictara un curso en Princeton sobre historia y antropología junto con Clifford Geertz, y acusan el impacto de la llamada historia de mentalidades.

Los seis trabajos nos acercan más bien a una búsqueda de testimonios singulares que evidencien los aspectos diferenciales de los distintos niveles culturales de la Francia del Antiguo Régimen respecto de la contemporánea. En esta significación de lo diferente creemos percibir un eco de los tratamientos que Foucault realiza con referencia a la concepción que Nietzsche tuviera de la historia. El tema es, por otra parte, atractivo para otros estudiosos norteamericanos como Mark Poster (ver *Foucault, el marxismo y la historia*. Buenos Aires, Paidós, 1987).

Los campesinos cuentan cuentos: el significado de Mamá Oca intenta mostrar en qué medida los cuentos tradi-

cionales contribuyen a dar una imagen de la cultura campesina francesa del siglo XVIII. Las dificultades de las condiciones de vida, las actitudes ante el poder aparecen en una visión impresionista generada en la comparación entre diversas tradiciones folklóricas europeas (francesa, alemana, italiana). Esta amplitud lleva a que sea el trabajo que más se resiente de su forma ensayística. Las observaciones confirman los cuadros sociales trazados para el período por autores como P. Goubert o E. Le Roy Ladurie, pero no terminan de plantear caminos para averiguar lo que aún ignoramos.

En *La rebelión de los obreros: la gran matanza de gatos en la calle Saint-Séverin*, el autor -a través del relato de un obrero tipógrafo, Nicolás Contat- intenta presentar cómo se manifestaba una protesta de acuerdo a códigos simbólicos no compartidos por los mismos actores sociales. Así, la "ejecución" de gatos, en su combinación de viejas prácticas populares, canaliza el descontento de un grupo de obreros contra un patrón absentista y exigente, un "burgués" que no alcanza a comprender el sentido verdadero de la práctica. En este caso, el ca-

rácter diferencial que atrae a Darnton es la convergencia de broma y violencia: burlarse del "burgués" torturando animales.

Un burgués pone en orden su mundo: la ciudad como texto, se basa en una descripción de la ciudad de Montpellier escrita por un anónimo "burgués de Antiguo Régimen" en 1768. Presentando una procesión de las dignidades de la ciudad y un reordenamiento de los tres états tradicionales, aparece el sentido que adquiere la ciudad para uno de sus habitantes. La digresión sobre el contenido del término "burgués" -en la que involucra básicamente a quienes viven de rentas y ejercen algunas profesiones- aparece dirigida sobre todo contra la posición marxista y evidencia la escasa comprensión de su perspectiva por el autor.

Un inspector de policía organiza su archivo: la anatomía de la república de las letras utiliza los curiosos informes personales de un inspector del comercio de libros de París, Joseph d'Hemery, que reúne 501 notas sobre otros tantos autores entre 1748 y 1753. La morfología del testimonio le permite al autor algunas consideraciones cuantitativas: edades, extracción social, origen geográfico, etc. Como texto emanado del aparato de poder plantea la visión de un funcionario sobre la actividad literaria y sus cultores.

En *Los filósofos podan el árbol del conocimiento: la estrategia epistemológica de la "Enciclopedia"*, Darnton relee el *Discours préliminaire* de D'Alembert señalando cómo la génesis y la clasificación del conocimiento cambia hacia su fundamentación empírica -las sensaciones- partiendo de los ordenamientos de los saberes cons-

truídos por Bacon y Chambers. El hecho de haber sido compuesto el artículo sobre una conferencia conspira contra la envergadura real de la cuestión revelando algunas simplificaciones excesivas.

El último capítulo, *Los lectores le responden a Rousseau: la creación de la sensibilidad romántica*, parte, en principio, del epistolario que un comerciante de La Rochelle, Jean Ranson, mantiene entre 1774 y 1785 con su consultor literario y encargado de la Société Typographique de Neuchâtel, M. Ostervald. Las solicitudes de libros de Ranson y sus comentarios son la base para comentar y formular reflexiones sobre la manera de leer de la época y su determinación social, especialmente en torno a la recepción de la obra de J.J. Rousseau.

Un corpus de cuentos, las memorias de un tipógrafo, una descripción, un archivo de informes, un texto erudito, un epistolario -de los que se transcriben pasajes significativos- son los ejes de análisis de una práctica que Darnton inscribe en la *historie des mentalités* y cuyos réditos teóricos presenta tanto en la Introducción como en la Conclusión. Esa modalidad historiográfica que para el autor "podría llamarse historia cultural, porque trata nuestra civilización de la misma manera como los antropólogos estudian las culturas extranjeras" (p.11).

A casi tres décadas de los textos programáticos (Duby, Le Goff, Dupront, Mandrou, etc.), no se puede más que decir que las dificultades de conceptualización de esta práctica continúan. La ausencia de una dinámica de relación entre esos "mundos simbólicos", esas "formas de pensar", y la praxis económico-social siguen os-

cureciendo las explicaciones, a pesar de que el autor reconoce la pertinencia de la pregunta en torno a esas relaciones. Complican la situación los reparos de Darnton a la postura -que asimila a lo que llama Escuela de "Annales", "con sus referencias implícitas al marxismo y al estructuralismo" (p. 262)- de discriminación de los tres niveles del pasado -economía, sociedad, cultura-, la derivación de este último respecto de los primeros y la consideración, en todos, de métodos de comprensión análogos ("... el análisis estadístico, el juego de la estructura y de las conexiones, y las consideraciones sobre el cambio a largo plazo más bien que sobre los sucesos" (p.260)). Las objeciones a la serialización devienen del énfasis puesto por Darnton en el artículo de Peirre Chaunu, "Un nouveau Champ pour l'histoire sérielle: Le Quantitatif au troisième niveau" (En: *Idem; Histoire quantitative, histoire sérielle*. Paris, 1978) que, en realidad, expresa el perfil menos representado en la producción francesa de historia de mentalidades. A esta posición opone formas de interpretación poco explícitas en las que reconoce dificultades de verificación, y que parten siempre de "explicar las expresiones individuales" (p.266). A este nivel casi intuitivo reduce su método este libro escrito, sin embargo, de un modo envidiablemente simple y ameno.

Horacio BOTALLA

Pablo POZZI: OPOSICIÓN OBRERA A LA DICTADURA (1976-1982)

EDITORIAL CONTRAPUNTO

El conjunto de libros y artículos dedicados al movimiento obrero durante el último período militar en Argentina tienen un punto en común: con variantes, todos centran su análisis en las estructuras sindicales formales. El principal atractivo del libro de Pablo Pozzi es su elección de una óptica diferente: su propuesta es el estudio de la clase obrera "desde abajo hacia arriba". Esta perspectiva amplía considerablemente la comprensión de los estudios del movimiento obrero que a menudo se reducen a los cambios producidos en sus cúpulas sin considerar la trama más compleja pero al mismo tiempo más rica de la vida obrera.

El segundo atractivo del libro que nos ocupa, que también lo diferencia de los anteriores dedicados al tema, es la cuidadosa tarea de investigación y consulta de fuentes que lo apoya. Muchas de ellas fueron relevadas fuera del país, lo que agrega la provisión de elementos no conocidos y sumamente útiles sobre la resistencia obrera en el período.

Ambos elementos visión del movimiento obrero desde abajo y paciente investigación, están apuntalados por el concepto de clase de E.P. Thomp-

som. Este historiador inglés ha contrapuesto a la concepción estructural de la clase obrera una visión esencialmente histórica, es decir formativa, de la clase. Apoyándose en Thompson, Pozzi no considera a la clase obrera algo dado sino una realidad que se forma a través de su experiencia y su conciencia. Obviamente una concepción de esta naturaleza impone una tarea que excede los límites de un libro y la virtud de Pozzi es dejar señalados caminos que tendrán que recorrerse con mayor detenimiento para brindar una visión completa de la clase obrera en el período.

En este sentido su objetivo es reconstruir la experiencia de lucha de la clase obrera contra la dictadura militar entre 1976 y 1982. Para ello discutirá una hipótesis muy difundida en la Argentina que él adjudica a los sectores medios de nuestra sociedad: esa hipótesis señala que la apertura democrática de 1983 fue otorgada por el gobierno militar debido a su fracaso económico y a la derrota en la guerra de las Malvinas. En contraposición Pozzi sostiene, sin negar la incidencia de esos factores, que el proyecto del gobierno militar no era sólo económico sino implicaba una transformación

global del país. El fracaso respecto a los objetivos que se había propuesto con los trabajadores antecede a lo señalado anteriormente y preanuncia su colapso final. En este sentido, la resistencia obrera a los planes dictatoriales pasa a ocupar un lugar central en ese desenlace.

A través de los diferentes capítulos el autor recorre los temas que llevan a probar su hipótesis principal: las condiciones materiales de la clase obrera, la resistencia de los trabajadores y las cúpulas sindicales. En ellos queda claro que el régimen militar había fracasado en sus proyectos respecto al movimiento obrero antes de la guerra de Malvinas. Por último, a modo de conclusión, el autor se interroga sobre si ha cambiado la clase obrera. Considerando los brutales cambios a que fue sometida: reducción de la cantidad de obreros industriales, aumento del sector terciario, reducción en el nivel de vida, feroz represión; y sin negar su influencia, Pozzi sigue considerando a la clase obrera la gestora del cambio social en Argentina. Más aún, ve en la experiencia forjada durante la dictadura signos todavía impredecibles pero indicativos del lugar central de la clase obrera en el futuro de la lucha de clases en este país.

Sin duda los temas y aspectos considerados son amplios y el análisis de ellos excedería el marco de esta crítica. Sin embargo hay dos cuestiones que quisiera señalar por su incidencia en el conjunto de la obra. Ellas son, una concepción en cierto modo estática de la sociedad argentina y una dualidad demasiado marcada entre clase obrera y dirigencia sindical.

Para la primera, si bien a través de la obra se encuentran referencias a los

cambios que se producen en la sociedad argentina a partir de los años '50 no deja de sorprender que la situación de la clase obrera previa al golpe de 1976 sea analizada a partir del artículo de Daniel James sobre los límites de la actividad gremial en 1955. Otro tanto ocurre con la salida electoral de 1983, la cual es analizada con los elementos que Portantiero utiliza para la de 1973. Estos ejemplos, quizás los más salientes, evidencian una concepción estática de la sociedad que se contradice con una visión histórica de acuerdo al marco Thompsoniano que el autor presentaba en la introducción.

La segunda cuestión es la marcada dualidad de la clase obrera y la dirigencia sindical que se manifiesta a través de la independencia de la primera respecto a la segunda. En lo que parece más un presupuesto que una comprobación se encuentra gran parte de la fuerza de la argumentación de Pozzi. Sin poner en duda ciertas diferencias básicas que existen entre los dirigentes y sus bases creemos que considerar a estos de modo independiente es, además de utilizar reflejos propios de los '70, desconocer las evidencias que en sentido contrario nos brinda a menudo la realidad sindical en elecciones, huelgas o actividades políticas. Esto no quita que durante la dictadura las actividades independientes de los obreros hubieran existido, pero es posible explicarlas también por la misma situación de excepción que vivían los sindicatos. En este sentido, las estructuras internas y los mecanismos de poder de los sindicatos son muy mal conocidos para deducir su no participación en actividades donde superficialmente no muestran su presencia.

Por fin, creemos que el libro de Pablo Pozzi da pie a futuras investigaciones con un respaldo firme en cuanto a información y fuentes. Las posibilidades son amplias aunque creemos que hay un aspecto que la sociedad argentina requiere reconstruir para no olvidar la monstruosa barbarie en que estuvo envuelta: me refiero a la represión militar contra los obreros (el mayor porcentaje de desaparecidos) cuya incidencia en sus formas de vida debe haber sido muy importante. En este sentido el libro de Pozzi brinda precisas indicaciones para una futura profundización.

Sergio LISCHINSKY

ENTREPASADOS

Fe de erratas

1. Pág. 137. Lamentamos que por problemas ajenos a nuestra voluntad, la transcripción de la ponencia de Josep Fontana en el seminario realizado en Bs. As. (Abril 1989) con motivo del 5º Centenario no figure en la sección EN DEBATE tal como estaba programada.

2. Pág. 130. Adjuntamos Notas Bibliográficas al artículo EN DEBATE de Susana Bianchi y María Ester Rapallo.

(1) Por ejemplo, el padre Julio Meinvielle es ubicado entre los católicos "integrales" en las páginas 35-36 y 43 y entre los "integristas" en las páginas 37 y 44, a pesar de la diferenciación que se establece entre ambos tipos: "Frente al cómo construir la Argentina católica habrá católicos integrales que acentuarán el trabajo societal, a largo plazo, y otros que insistirán en la eficacia inmediata, el apoderarse del Estado, en ligarse a los diversos grupos de poder, especialmente las FF.AA. A éstos se los llamará -los llamaremos- integristas." (p. 7) El autor se refiere también a otros "tipos", como "sociales" (p. 7) y "liberales" (p. 6). Sin embargo, esta tipología se diluye en el texto donde la caracterización es reemplazada por menciones muy generales a "otros grupos", "otros grupos católicos", "un gran sector", "la mayoría de los católicos", etc.

(2) Gramsci, Antonio: *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno*, Buenos Aires, Lautaro, 1962, p. 16. Además, nos preguntamos si no es posible invertir los términos de la relación Estado/sociedad civil tal como está formulada en el subrayado del párrafo citado. ¿El Estado es "corroído" por la sociedad civil, como señala Mallimaci, o es también posible pensar que es el Estado quien avanza sobre la sociedad civil instrumentando a la Iglesia Católica? En este sentido, Tulio Halperin señala: "El gobierno, por su parte, buscó ampliar sus bases utilizando políticamente un renacimiento católico que no estaba exento de concomitancias clericalfascistas, intensificadas gracias a la guerra civil española..." *Historia contemporánea de América Latina*, Buenos Aires, Alianza, 1986, p. 351.

(3) Hobsbawm, Eric: "De la historia social a la historia de las sociedades" en *Nuevas tendencias de la historia social y demográfica*, México, SepSetenta, 1976.

(4) Para la cuestión de las publicaciones de la época, el autor cita únicamente el libro de Warley, Jorge: *Vida cultural e intelectual en la década del 30*, Buenos Aires, CEAL, 1985.

(5) Francheschi, Gustavo: "Nacionalismo y dignidad humana" en *Criterio*, Año X, Nro. 501, 7 de octubre de 1937, p. 125.

(6) Resulta también llamativa la falta en el texto de toda referencia erudita respecto a la procedencia de las citas escogidas. Se señala que corresponden a la revista *Criterio*, pero no se indica el número ni el año de su publicación.

(7) "La Grande Argentina" en *Criterio*. Nro. 131, 4 de septiembre de 1930, v. p. 312.

(8) Incluso, llegan a justificarse hechos como la represión desatada por el canciller Dollfus, en Austria. Según monseñor Gustavo Francheschi: "El orden se ha impuesto por la fuerza, y se debió llegar hasta la horca para vencer a los elementos revolucionarios (...) El ejemplo que a esta hora está dando Dollfuss es en verdad confortador (...) Este hombre no debe ser escarnecido, sino presentado como modelo a tantos apocados como hay en este mundo. Y el sentimentalismo debe callar una vez por todas ante el gobernante que en una hora suprema hubo de emplear la fuerza para salvar a su país del caos". En "Orden social y sentimentalismo", *Criterio*, Año VI, Nro. 312, febrero 22 de 1934, pp. 173-175.

(9) *Quadragesimo Anno*, Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1983, pp. 52-53.

(10) A pesar de que Jorge Warley: *Vida Cultural...* -única referencia que el autor cita con respecto al análisis de las revistas de la época- define a *Criterio*, como una publicación "de agitación política, de propaganda antiliberal y procorporativista" (cita del autor, p. 13), esta categoría prácticamente no es analizada en el trabajo.

(11) La permanencia de la categoría corporativismo deriva también de la posición fijada por la Iglesia Católica en las encíclicas *Rerum Novarum* (1891) y *Quadragesimo Anno* (1931), encíclicas que fundamentan la doctrina social de la Iglesia católica.

(12) Según Meinvielle se debe "fomentar el espíritu corporacionista, que es la única solución que cabe a la grave cuestión obrera (...). Las corporaciones deben ser organismos sociales no estatales. Pero el Estado debe auspiciarlas. Por el momento, en nuestro país, favoreciendo la creación de sindicatos inspirados en el doble principio de respeto a la propiedad y a la colaboración de clases." Meinvielle, Julio "El Estado gendarme" en *Criterio*, Nro. 149, 1ro de enero de 1931, p. 14.

(13) Ver, por ejemplo, Franceschi, Gustavo: "Guerra de clases" en *Criterio*, Nro. 771, 10 de diciembre de 1942, p. 341 y ss.

(14) *Manual de Acción Católica*, Buenos Aires, Junta Central, 1942; p. 8.

(15) Disertación del Dr. Juan Carlos Villagra, Secretario del Consejo Diocesano, Tema: "Formación integral de los hombres católicos", *Crónica, temas y conclusiones sancionadas*, en la Primera Asamblea Diocesana de la Asociación Nacional de Hombres Católicos, celebrada en Córdoba, junio de 1934.

(16) Laclau, Ernesto, "Hacia una teoría del populismo" en *Política e ideología en la teoría marxista, Capitalismo, fascismo, populismo*, México, Siglo XXI, 1980, p. 165.

(17) Como el trabajo carece de referencias, resulta imposible determinar si los distintos "sinónimos" que se construyen varían según los distintos períodos o se trata, como deja traslucir el texto, de un discurso que no sufre modificaciones ni adaptación a los cambios.

(18) Ver Ibarguren, Carlos: *En la penumbra de la historia argentina*, Buenos Aires, La Facultad, 1932.

(19) Ver por ejemplo, Navarro, Marysa: *Los Nacionalistas*, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1969; Zuleta Alvarez, Enrique: *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, La Bastilla, 1975; Barbero, María Inés y Fernando Devoto, *Los Nacionalistas*, CEAL, 1983; MacGee Deutsch, Sandra, *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1986; Buchrucker, Cristián: *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987; Rock, David, "Intellectual Precursors of Conservatism in Argentina, 1900-1927" en *Hispanic American Historical Review*, Vol. 67, Nro. 2, May 1987.

(20) Igualmente podrían ser objeto de análisis las afirmaciones implícitas tanto en su abundante adjetivación como en el empleo de ciertos términos. Por ejemplo, la caracterización de "colusión" (término de carga negativa) para referirse a la alianza "liberal-socialista" (p. 27); las cualidades de "vitalidad", "creatividad" (términos de connotación positiva) que atribuye al catolicismo integral (p. 5), o la caracterización de "comprometidos" que otorga a los católicos, sin especificar el sentido que el término adquiere en la década del 30 y que puede llevar a interpretaciones anacrónicas.

(21) Del Campo, Hugo, *Sindicalismo y peronismo* (y no *Peronismo y sindicalismo*, como cita el autor), Buenos Aires, CLACSO, 1983, pp. 89 y ss.; 94 y ss., y 108 y ss.

(22) Del Campo, Hugo, *Sindicalismo y peronismo...*, p. 93-94.

(23) "La disciplina se debería iniciar en el corazón del adolescente; así no harían falta luego las dictaduras para imponer orden a las masas sociales". Franceschi, Gustavo: "Por la disciplina escolar" en *Criterio*, Año IX, Nro 421, 26 de marzo de 1936, p. 296.

(24) *Aspirantes*, Nro. 24, 15 de mayo de 1938. Ver Rapalo, María Ester, *La Acción Católica Argentina (1928-1943)*, Buenos Aires, Informe a CONICET, 1988.

(25) Gramsci, Antonio: *Antología*, Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán, México, Siglo XXI, 1978, p. 371.

(26) Gramsci, Antonio, *Antología...*, p. 369.

(27) Gramsci, Antonio, *Antología...*, p. 369.

(28) Husserl, Edmund, *Ideas relativas a una fenomenología pura y a una filosofía fenomenológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949 (Primera edición en alemán, 1913).

(29) Harris, Marvin *El materialismo cultural*, Madrid, Alianza, 1982, p. 352.

(30) Harris, Marvin: *El materialismo cultural...*, p. 370.

3. Pág. 137. Adjuntamos Notas Bibliográficas al artículo sobre FUENTES DE ARCHIVO de Mirta Zaida Lobato y Fernando Rocchi.

(1) Adolfo Dorfman, *Historia de la industria argentina*, Bs. As. 1970.

(2) Juan Carlos Korol e Hilda Sabato, "La industrialización trunca: una obsesión argentina". Ponencia presentada al VIII Simposio de la Comisión de Historia Económica de CLACSO, Octubre de 1987.

(3) Ruth Sautu, "Poder económico y burguesía industrial en la Argentina, 1930-1954", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Bs. As., vol. IV, nov. 1968, Nº 3.

(4) Witold Kula, *Problemas y métodos de la historia económica*, Barcelona, Península, 1963-1977, por 183-185.

(5) Giorgio Mori, *Studi di storia dell' industria*, Roma, Editori Riuniti, 1976, p. 47.

(6) Kula, op. cit., p. 184.

(7) Mori, op. cit., p. 48.

(8) George David Smith y Laurence E. Steadman, "Present value of corporate history", Harvard University Press, Nov.-Dec. 1981, 169.

(9) Smith y Steadman, op. cit., p. 172.

(10) Mori, op. cit., p. 49 y Smith y Steadman, op. cit., pp. 170-171.

(11) Leslie Hannah, "New Issues in British Business History", *Business History Review*, Harvard, vol. LVII, Nº 2, summer 1983.

(12) Elisabeth Von der Weid y Ana Marta Rodrigues Bastos, *O fio da meada, Estratégia de expansao de uma industria textil*, Rio de Janeiro, Fundacao Casa de Rui Barbosa, Confederacao Nacional da Industria, 1986.

(13) Kula, op. cit., p. 184.

(14) Von der Weid y Rodrigues Bastos, op. cit., p. 19.

(15) Entre las más representativas de las historias del movimiento obrero y desde la óptica militante se pueden citar; Diego Abad de Santillán: *La FORA, ideología y trayectoria* (anarquista); Sebastián Marotta; *El movimiento sindical argentino* (sindicalista); Rubens Iscaro: *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino* (comunista). Jacinto Oddone: *Gremialismo proletario argentino* (socialista).

Un exámen de la producción bibliográfica en: Leandro Gutierrez y Luis Alberto Romero, "Los sectores populares y el movimiento obrero", presentado en el panel sobre Historia Social en las II Jornadas del

Comité Argentino de Ciencias Históricas, Paraná, Agosto de 1988 y Hector Cordone: "Apuntes sobre la evolución de la historia sindical argentina. Una aproximación bibliográfica", en Boletín Ceil, Año X, Nº XVI, diciembre de 1987.

(16) A título informativo se pueden mencionar los trabajos de Leandro Gutiérrez sobre las condiciones de vida de los sectores populares, los referidos a la cultura popular -del mismo autor y Luis Alberto Romero-, el tema de la vivienda y los conflictos del consumo de Juan Suriano, los referidos a la urbanización de Rosario y la salud de Diego Armus y aquellos vinculados a la evolución del mercado de trabajo como los de Ofelia Pianetto e Hilda Sabato.

(17) Roberto Cortés Conde, *El progreso argentino*, Sudamericana, Bs. As., 1979.

(18) Mirta Zaida Lobato, "El taylorismo en la gran industria exportadora argentina (1907-1945)", Conflictos y procesos de la Historia Argentina Contemporánea, Nº 16, CEAL, Bs. As., 1988; "Una visión del mundo del trabajo. Los trabajadores de la industria frigorífica, Berisso 1900-1930" en Diego Armus (comp) *Cultura, política y modos de vida. Ensayos de Historia social urbana*, (edit. Sudamericana (Bs. As., 1990); "Arqueología industrial: los espacios de Trabajo en la industria Frigorífica en la primera mitad del siglo XIX", en Anuario 13, Univ. Nacional de Rosario, (1989) y "Trabajadores y mercado de trabajo. Una aproximación a su estudio a partir de los archivos de fábricas", Primeras Jornadas para promover Investigadores en Historia Argentina, 27 y 28 de agosto de 1986, Universidad Nacional de Luján, Departamento de Ciencias Sociales.

(19) Leandro Gutiérrez y Juan Carlos Korol: "Crecimiento industrial e historia de empresas. El caso de la Fábrica Argentina de Alpargatas", en Desarrollo Económico, Nº 111, vol. 28, octubre-diciembre 1988 y Fernando Rocchi, "Una empresa industrial en el largo plazo: el caso de Bagley 1864-1944", Primeras Jornadas interescuelas/Dptos. de Historia, La Plata, Octubre de 1988.

Desde la perspectiva de los estudios sobre inmigración María Inés Barbero y Susana Felder analizan el caso de la empresa italiana Pirelli, Ponencia presentada a las Jornadas Internacionales sobre "Emigración Mediterránea, Asociacionismo y Movimiento Obrero en América Latina", Luján, septiembre de 1988.

(20) Giulio Einaudi editore: *Villaggi operai in Italia. La Val Padana e Crespi d'Adda*, G. Einaudi edit. s.p.a., Torino, 1981. En nuestro país y desde la antropología, Federico B. Neiburg, *Fábrica y Villa Obrera: historia social y antropología de los obreros del cemento*, CEAL, Buenos Aires, 1988 (Biblioteca Política Argentina, 237 y 238).

(21) "Historia & energía. A Light e A Revolucao de 24", Sao Paulo, Departamento de Patrimonio Histórico, Electropaulo Nº 4, sep. 1987.